D. AREVALO GONZALEZ

ESCOMBROS

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

PARTIAL TITLE

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.A673
E8

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418297

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Deferencia amistosa al Señor General Augusto Lytomsky.
R. Arévalo González.

ESCOMBROS!....

RC
C

Caracas: mayo/894.

NOVELA ORIGINAL

PQ8547
.A673
E8

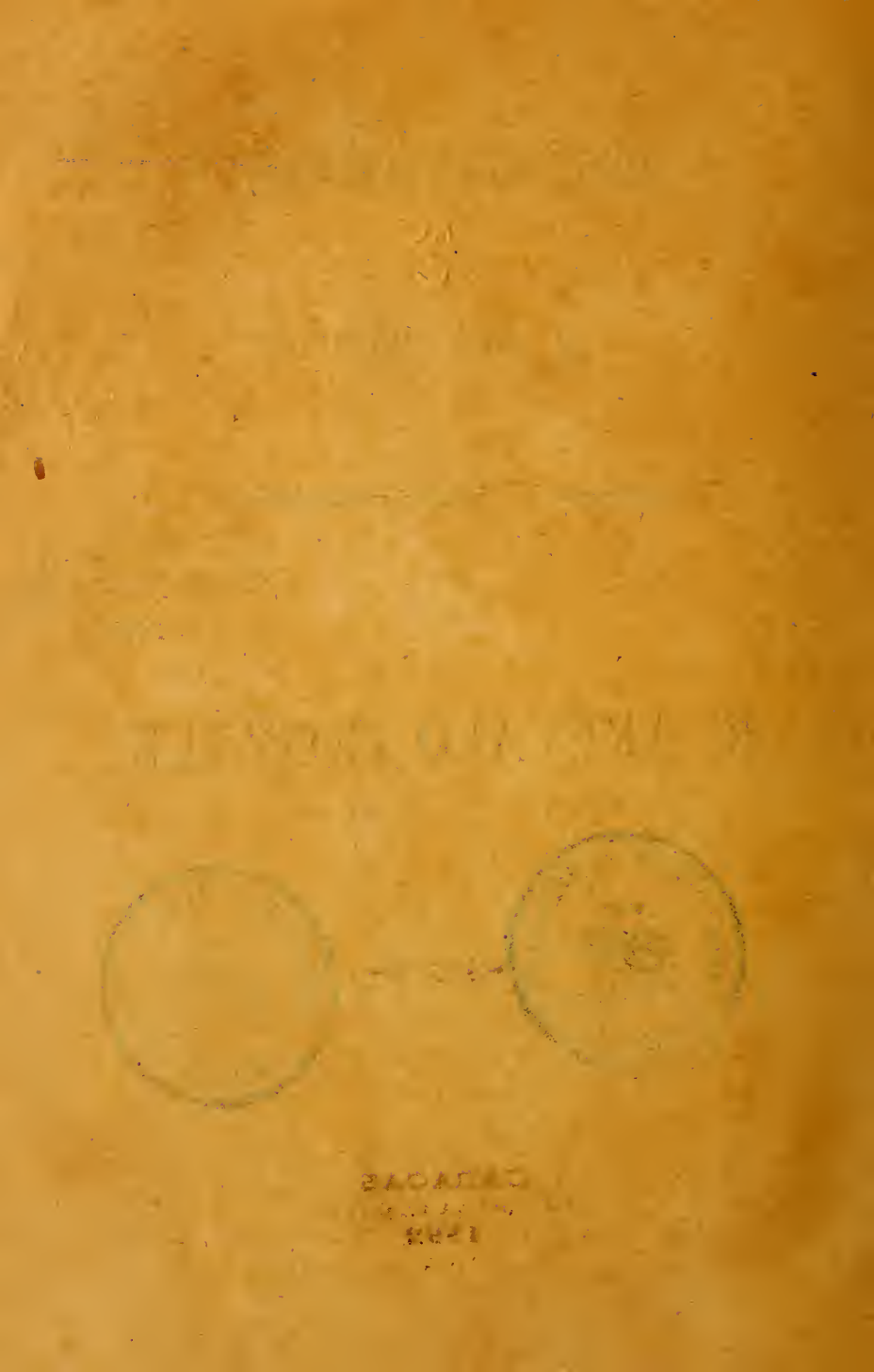
(Bosquejo de la época de Andueza Palacio)

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

POR

R. ARÉVALO GONZÁLEZ

CARACAS
TIP. DE "LA LEALTAD"
1892



DEDICATORIA

Á MI PADRE

Hasta de perseguirme, á mí, que nada valgo, se ocupó el execrable usurpador Andueza Palacio.

En el escondite á que me redujeron sus esbirros resolví bosquejar su malhadada época; por eso escribí esta obra, que dedico á Ud. como homenaje de filial afecto, y para la cual reclamo la benevolencia de mis innumerables coopartidarios en la triunfante Causa de la justicia y del honor nacional.

No dudo que ellos la otorgarán esa benevolencia, porque muy fácil les será imaginar el estado de ánimo de un legalista, perseguido por la usurpación, y que no pudo siempre sustraerse á la desalentadora influencia de los hacinamientos de mentiras, llamados *Boletines Oficiales*, con que los conculcadores de nuestros derechos pretendieron contrarrestar el prepotente empuje de la onda revolucionaria. Y bajo tal estado de ánimo, el más desfavorable para manejar la pluma, tracé las páginas siguientes.

Quiero exigirle aquí que adune su gratitud á la que de veras profeso á mi apreciado primo, señor Ricardo Ramos, por haberme dado en su hogar hospitalidad á la inglesa, cuando los sabuesos del usurpador me perseguían.

La seguridad y magnificencia de ella diéronme grandes alientos para acometer la para mí ruda empresa de escribir esta obra.

Su hijo

El Autor.

Octubre de 1892.

ESCOMBROS!....

I

Una de las últimas noches de noviembre de 1891, al salir del "Teatro Caracas," me dirijí á uno de los Cafés más cercanos. Esquivé el saludo de un conocido petardista que en él se hallaba; pues sabía que por lo menos habría de costarme el valor de otra cena, y fuí á sentarme junto á la mesita más distante de la que ocupaban tres jóvenes completamente beodos y capaces de hacer perder la paciencia al mismo Job, con sus insufribles impertinencias.

Uno de ellos pretendió que el dependiente que en el acto acudió á servirme me dejase para atenderles. Como no lo consiguió, arrojó al suelo tres copas, una tras otra, gritando:

—Vamos á ver si atienden con esta campanilla!

El dueño del establecimiento salió á reprender á los ebrios con la acritud merecida; todos tres sacaron sus revólveres, y un torrente de insolencias, capaz de hacer sonrojar las paredes de un cuartel, salió de aquellas bocas, insaciables sumideros de licor.

Los presentes acudimos á evitar un crimen, con exposición de nuestras vidas, pues aquellos calaveras parecían resueltos á agregar una página más á la historia de sus vergonzosas aventuras.

Acudió la policía, pero buen chasco recibimos los

que pensamos que los alborotadores de oficio serían conducidos á la Cárcel.

El que había roto las copas tenía uniforme, cuyas insignias no reconocí y los otros eran: uno, protegido de un alto personaje político y el tercero, hijo de un señor que toma siempre *la mañana* con el Presidente de la República y se sienta á su mesa, de donde se levanta para caer sobre un sofá.

La justicia ordinaria habría caído sobre el infeliz dueño del Café, si todos los espectadores no hubiésemos protestado contra la intención de prenderlo que tenían los agentes del orden público.

Apaciguáronse por fin los ánimos y vino la calma, á pesar de los esfuerzos de una ramera que acudió á última hora con el propósito de revivir el fuego de la discordia.

—El que manda, manda, ¿no es verdad, pichón? Tenemos el gobierno en la mano, y el que no coma avispas, *se enzanjona!*

Esto decía la ramera á uno de los escandalosos, mientras le tendía un brazo por los hombros.

Marcháronse los ebrios sin pagar ni las copas rotas, ni lo que se habían bebido y comido. Sin duda irían en busca de algún baile para quitarlo á garrotazos, si era de personas pobres, ó para tomar parte en él si era su dueño persona de respeto, es decir: de dinero.

En el primer caso, todos le celebrarían *la gracia* y les ratificarían el epíteto de *valerosos:* en el segundo, el dueño del baile no les reprobaría que sin invitación se presentasen frescamente á aumentar el número de los parejas y á entorpecer el goce de los convidados previamente; pues para tales jóvenes hay siempre excusas y exquisitas atenciones.

El mencionado suceso dió pábulo á una serie de me-

ditaciones en que se abismó mi mente.

¡Desgraciada juventud! pensaba. En tí vincula la patria sus mejores esperanzas, y yá muchos de tus miembros están corrompidos por el aliento pestilencial que sale de la Casa de Gobierno.

Todos los tiranos han ideado un medio para hacerte impotente: unos las férreas cadenas; otros la pasión por el lujo, y los más el servilismo y la abyección; pero los actuales han optado por el más inicuo de todos: por el vicio de la embriaguez. Esas báquicas excursiones, esos banquetes y orgías y tanto dinero ofrecido á los viciosos, no han tenido más objeto que arrojarte en los brazos de la depravación para que sea extrangulado tu espíritu de independencia.

Abre los ojos ¡oh juventud! y mira la sonrisa de los malvados al ver cuán lastimosamente tambaleas.

Sacude tu cabeza para que se disipen los vapores del licor y rompe la coyunda del despotismo que te tiene avasallada. Dí á esos gobernantes que sólo te ofrecen botellas de champagne y litros de brandy, que con sus corchos no puedes castigar á los usurpadores de nuestra Guayana. Pídeles fusiles y cañones, que no costarán tanto como los elementos de su despensa, y con los cuales podrás imitar la portentosa epopeya de nuestros mayores.

Adviérteles que no están allí para comer como Vitelio, para beber como Baco y para arrojar sobre el tapete verde los tesoros del pueblo, reunidos á costa de tantos sacrificios. Si no te escuchan, recuérdales que de la Casa Amarilla á la Rotunda la distancia es tan corta como del *Capitolio á la Roca Tarpeya.*

Puse punto y seguido á mi meditación para saldar la cuenta de la cena. Al pisar la calle fué reanudada.

Atravesé diagonalmente la Plaza Bolívar, y, al ver

la estatua del Libertador saludando hacia la Casa de Gobierno, exclamé:

—¡Saluda hacia el Avila, donde habitan las serpientes y los jaguares, si no quieres que te deshonren más!

El Padre de cinco naciones saludando una madriguera de vicios!.... ¡Que triste epílogo para tanta gloria!....

Seguí por el *boulevard* oriental del Capitolio y luego torcí hacia la derecha. Inpensadamente me detuve frente al Templo de las Leyes y miré sus artísticas molduras como pudiera hacerlo un extrangero recienllegado.

Parecíame que debía ver allí las manchas del lodo con que lo han salpicado los indignos Representantes del Pueblo, y las huellas de la vergüenza por no haberse venido abajo cuando los siervos del despotismo jugaron á los dados del interés personal, bajo sus bóvedas y sobre la desgarrada túnica de la República.

Diminutas me parecieron las puertas por donde han salido para la Patria tantas calamidades, innúmeras como la séptima plaga de Egipto, pero mucho más desastrosas.

Creyó distinguir mi oído que en el interior del Capitolio resonaba aún el chasquido del látigo dictatorial, y mi olfato se esforzaba en vano por recoger las emanaciones de la vertida sangre de algún César.

¡No estoy en la Roma viril! exclamé con amargura. Me encuentro en mi patria, muy niña aún!....

Un presentimiento, sinembargo, me decía que el Congreso del 92 era el Mesías destinado para realizar la redención del Poder Legislativo.

Los nombres de muchos de sus honorables miembros desfilaron por mi mente, llevando cada cual la aureola de sus republicanas virtudes, la inflexible espada del deber y el invulnerable escudo de su independencia para com-

batir y vencer al Poder Ejecutivo, que empuña ya las armas innobles del atentado y del cohecho.

Luego, á despecho mío, mi mente descendió hasta el estercolero de la depravación para contemplar, todos úlceras, los nombres de los que hoy forman la gleba del Poder, y que aumentarán mañana el número de los malditos de la Historia.

A mi espalda tenía la Universidad. Me volví para saludarla con el respeto digno de una venerable matrona.

Las sombras de la noche, que la envolvían, la daban el aspecto de una enlutada madre.

¡Y en verdad que está de duelo!....

Ella ha amamantado en su seno muchas hermosas inteligencias; pero ¡ay! ¡cuántas, al mirar la luz pública, han cegado y caminado á tientas hasta desaparecer en el abismo del deshonor!....

Hoy, bajo su manto maternal, se cobija nueva legión de soldados de las letras. ¿Pasará, por ventura, por el escenario de la vida como una procesión de fuegos fatuos de mentidas glorias, ó de espectros de infundadas esperanzas?

Lejos de combatir la tiranía, ¿irá á dormir sobre las gradas de su trono?

¿Los sacerdotes de Minerva serán más tarde siervos de la autocracia?

Cuando la mente, cansada de vagar por el yermo del presente, donde abundan las ortigas y zizañas, quiere solazarse, se detiene ante la Universidad y la contempla cual si fuere el semillero que ha de suministrar nuevas glorias y eternas bienandanzas para poblar el campo del porvenir de la Patria.

Si exclamamos con Dantón: *La estatua de la libertad no se ha fundido aún, pero el bronce está hirviendo,*

y álguien nos pregunta donde está la fragua, el pensamiento señala al punto el Templo de Minerva, donde la llama del saber comunica su calor y su luz al cerebro de la estudiosa juventud.

Felices aquellos que puedan reclinar la cabeza en tu regazo ¡oh Ilustre Universidad! pues serán nutridos con la preciosa leche de la instrucción.

Desgraciados los que desde tierna edad se ven oprimidos por el despiadado pulpo del trabajo material, pues sus inteligencias no podrán desarrollarse en el gimnasio del estudio.

Desgraciados. sí, porque el Estado, que cuando hombres les reclamará sus servicios y su sangre, no se ocupa de ellos cuando niños para darles la instrucción que necesitan y los vestidos y alimentos de que carecen por lógica consecuencia de nuestra organización social y política: organización que tiene la forma de un embudo.

Soy de los que razonablemente se resisten á conceder importancia alguna á nuestra decantada *Instrucción Popular*, pues ella es un mito, con engañadora apariencia solamente.

Fijémonos bien y no veremos en el *Decreto del 27 de junio* sino una puerta más para penetrar á hurtadillas en la Tesorería Nacional.

Esa farsa solemne cuesta mucho dinero á la nación, y son tan fugaces y despreciables los *beneficios* que reporta, que es tiempo ya de pedir el fin de especulación tan vergonzosa, ó reclamar que su no cumplido programa sea una realidad fructífera.

¿Qué se aprende en las Escuelas Federales? Nada y se pierde el tiempo. Los padres, se convencen al fin de esta triste verdad, y retiran á sus hijos, tan imbéciles como antes.

Los maestros de escuelas públicas en este país son aquellos que se ven forzados á refugiarse en la última trinchera de la necesidad: son los valetudinarios trabajadores de la cuadrilla del progreso.

Los cojos, los mancos, los paralíticos, ó los perseguidos tenazmente por los acreedores y por el hambre, son ¡oh mengua! los únicos que entre nosotros pueden ejercer la honrosa misión del profesorado.

¿Qué resultados puede dar un preceptor de escuela, peor remunerado que el portero de un Ministerio?

Es verdaderamente inconprensible é irritante que las porterías estén mejor dotadas que las cátedras donde debiera beber luz el cerebro del pueblo. No obstante, preceptores hay que gastan parte de sus sueldos protejiendo á aquellos niños que no tienen ni aún para comprar una pluma ó un lápiz.

La *Instrucción Pública*, además, no está al alcance de los infelices que se ven obligados á trabajar, porque sus padres no pueden alimentarlos y vestirlos.

¡Cuántas madres pierden la salud por trabajar excesivamente con el fin de que sus hijos se instruyan, y cuántos niños son rechazados en las Escuelas Federales por no tener apariencia de *señoritos !*.....

Las roturas de las alpargatas, los remiendos en la ropa, y el ser el sombrero de paja ordinaria, son impedimentos para que ciertos preceptores reciban en sus planteles á los hijos de la pobreza!.....

El Estado no ignora todo eso; pero, en tratándose de las necesidades de la plebe, el Estado, que sólo aprecia su sangre, finje no tener ojos ni oídos.

De los bancos de las Escuelas Federales sólo pasan los hijos de los casiques de los pueblos, á quienes tenga el Gobierno necesidad de halagar. Los demás irán á tra-

bajar para que gocen y se enriquezcan los mandatarios.

Conozco á un joven capaz de alcanzar la talla de Murillo, al cual el Gobierno ha negado su protección varias veces, y á un muchacho que dá los centavos que pide de ñapa en las bodegas á los niños de la casa donde sirve, para que lo enseñen á leer y á escribir.

A su deseo de aprender reune este muchacho una memoria prodigiosa. Basta que oiga dos ó tres veces pregonar una alocución oficial en las esquinas, para que la retenga fielmente. Para ese infeliz amante del saber no hay un asilo del educación: para esa inteligencia, oculta entre el cuarzo del pauperismo, no hay un cincel que la haga relucir.

En cambio, los actuales mandatarios tienen á su lado una inmoral *cajita*, contentiva de *fondos reservados*, con los cuales se quiere propagar por toda Venezuela la corrupción que fermenta en las regiones del poder.

Prosituir conciencias, alimentar vicios, derrochar el tesoro público y comprar esclavos: hé ahí la criminal tarea á que se han dedicado los que tendrían á menos salvar la República y honrar sus nombres difundiendo la instrucción en el pueblo.

II

Así meditaba yo mientras andaba hacia mi casa. Tan preocupado iba, que no advertía que una mujer se esforzaba por darme alcance, queriendo con sus voces llamar mi atención. Al fin escuché esta exclamación:

—¡ Caballero !.....

La calle en que me hallaba estaba desierta y algo os-

cura. Exaltado mi sistema nervioso, me hizo pensar, un tanto alarmado, en las apariciones de que nos hablan las viejas ; más bien pronto me cercioré de que lo que estaba en mi presencia era un sér humano.

Al sentir gran peso en mi bolsillo, sin duda me hubiera creído sorprendido por un ladrón, y esto me habría costado un desmayo, por lo menos, y una rotura en la cabeza al caer.

Esta es una de las pruebas de que á veces suele ser conveniente la pobreza. Vean los pobres si esta advertencia les sirve de píldora para facilitar la digestión de sus miserias.

Vuelto de mi sorpresa, ví más claro y pensé que quien me hacía detener era una tentadora hija de Venus; pero como oía la voz de Morfeo que á gritos me llamaba, y como no estaba para correr aventuras amorosas, ni para *brincar candeladas*, dí media vuelta en retirada.

—Perdone Ud, señor; tenga la bondad de atenderme.

La desconocida pronunció estas palabras con una entonación tan dulce y tan humilde, que me hizo conmover, predisponiéndome de la manera más favorable hacia ella.

Me le acerqué, y maquinalmente llevé la mano al bolsillo donde tenía el escasísimo dinero. Creíla una mendiga; más ella, conociendo mi intención, se apresuró á hacerme comprender que lo que de mí deseaba no era una limosna.

—¿Podrá usted informarme, caballero, por donde queda el camino de la Guaira?

Por toda contestación me la quedé mirando de arriba abajo. Entonces me fijé en el porte distinguido de aquella mujer y en el temblor febril de todo su cuerpo; pues antes, la lejana luz del farol, que me daba en los

ojos, no me permitía verla bien.

—Un misterio !..... pensé.—¿ Quién será ?—¿ Qué tendrá que hacer con el camino de La Guaira ?—¿ Pensará dirigirse á ese puerto á tales horas ?

Luego llegué á suponer que viviría cerca de la entrada de dicho camino y que se había extraviado.

Tuve curiosidad de examinar con detención sus facciones; pero el farol no me favorecía satisfactoriamente: su claridad apenas llegaba hasta nosotros.

Feliz idea! Torcí un cigarrillo, saqué la caja de cerillas y rasqué una.

¡ Qué sorpresa la mía al ver una belleza angelical en quien juzgué primero una ramera y luego una mendiga! Una belleza incomparable, que solo Rafael, en los éxtasis de su genio, hubiera podido imaginar; pero trasladar al lienzo.... nó.

Un abrigo de estambre cubría la cabeza de la desconocida, dejando ver unos gajitos de pelo negro y brillante que adornaban una frente donde me parecía leer un poema, escrito por el ángel de la pureza. Su frente convidaba al beso paternal, pero su boca al beso del amor. Sus cejas, pobladas y correctas, parecían trazadas por el pincel de un hábil pintor. Sus ojos.... al momento no pude contemplarlos, porque los tenía bajos. Más vale así! La primera y vivísima impresión que me hubiera causado la vista de tantas bellezas á un tiempo mismo, sin duda habría sido demasiado para hacerme perder el imperio sobre mí en aquella ocasión, de suyo tentadora.

Su nariz, sus labios, el hoyuelo que lucía en su barba, y todas sus facciones, eran admirables y perfectas.

Parecíame que algo extraño circulaba por mis venas; algo se me agolpaba á la garganta, y algo tenía mi corazón, pues violentamente me golpeaba las paredes del

pecho.

¡Qué de sensaciones me tuvieron largo rato como en suspenso, vacilante!

Ya me daban tentaciones de arrodillarme y adorar tanta beldad. Ya sentía ímpetus de arrojarme en sus brazos y besarla y estrecharla contra mi pecho para contener el desasosiego del corazón. Ya quería tomar sus mórbidas manos, con que sujetaba un pequeño lío, y llevarlas á mis labios, entre los cuales palpitaba la sed del beso.

Ahogaba los deseos; me los echaba en cara; me arrepentía por haberlos tenido, y luego los sentía de nuevo despertar y otra vez desaparecer.

Al frenesí sucedía el respeto, y á éste aquél.

Era mi cuerpo el palenque donde batallaban rudamente los arrebatos de la materia y las imposiciones de la conciencia.

Largo rato estuvo la lucha indecisa. Al fin las imposiciones de la conciencia alzaron en alto la palma de la victoria para ofrecerla á mi desconocida cómo prenda de seguridad.

Tenemos mucho de lodo; pero la conciencia es el molde donde son vaciadas nuestras acciones, y la mía no es, por cierto, tan frágil que pueda romperse por la presión de un capricho impuro....

Innumerables estrellas! viajeras incansables del espacio! ¿No es verdad que sería imposible describir fielmente aquella muda escena que vosotras presenciásteis y de la cual fuimos actores mi bella desconocida y yo?

Ya que os he recordado, concededme el perdón que os imploro por haberos maldecido aquella noche, al ver que vuestras débiles luces no eran poderosas á iluminar la hermosura que á mi lado estaba. Perdonadme también por haberme recreado en la humillación que sufrísteis

cuando ella alzó sus bellísimos ojos.

La cerilla prendida me quemó los dedos. Rasqué otra, y entonces, sin duda no pudiendo contener más la proverbial curiosidad mujeril, ó para leer en mis facciones las cualidades de mi alma, quiso verme á su vez, favorecida por la luz.

Cielos!..... qué ojos los suyos!.... Ternura, imperio, seducción, amor; todo lo grande, todo lo bello, todo lo sublime irradiaban aquellos hermosos diamantes negros.

En presencia de tan esplendorosa belleza, mi mente improvisó una historia amorosa de la cual hizo protagonista á aquella niña.

Pensé que ella podría haber abandonado su hogar por uno de esos motivos tan manoseados por la novela, y que, arrepentida ya, volvía á él. Me incliné, pues, ante aquella supuesta Magdalena y la indiqué la dirección que debía seguir para dar con el camino de La Guaira, á cuyas inmediaciones supuse que estaría su casa.

Después de recibir sus gracias, quedé un momento inmóvil contemplando el andar gracioso de la desconocida, que se alejaba precipitadamente.

Poco más de media cuadra había andado ella, cuando ocurrióseme la idea de seguirla á distancia. No sé si fué la curiosidad ú otra cosa la madre de esa idea; lo cierto es que la juzgué poderosa y la acepté incontinenti.

Tratando, pues, de que nos separase siempre una prudente distancia, de ir lo más cercano á la pared y de amortiguar en lo posible el ruido de mis pisadas, emprendí el resuelto seguimiento.

Anduvimos mucho: empecé á sentirme fatigado por la ascensión de tantas empinadas cuadras y deduje por el mío el estado jadeante en que debía hallarse la misteriosa

joven.

Esta dejó atrás las últimas y aisladas casas de la ciudad y atravesó sin detenerse los umbrales del despoblado.

Ora distinguiendo su blanquecina silueta, ora ocultándomela las espesas tinieblas, continué singiéndola aguijoneado cada vez más tenazmente por la curiosidad. De pronto la ví caer en tierra. Imaginé que las impresiones de su ánimo, la fatiga del tanto andar y el dañino relente de aquella noche vecina de diciembre la habían causado un desmayo.

Desaciéndome entonces de los brazos de la prudencia, avancé presuroso: el polvo del camino impedía el ruido de mis pisadas y pude llegar muy cerca de ella sin ser notado.

Arrodillada sobre la espesa alfombra de polvo, con la mirada vuelta hacia el cielo y con las manos, palma con palma, colocadas en el pecho, la desconocida oraba.

Pedía á su Dios fuerzas para proseguir en aquel camino, cuya verdadera longitud ignoraba sin duda.

Convencido de esto, quise retroceder, pero..... su oración había concluido. Púsose en pié, miró hacia atrás; vióme; lanzó un agudo grito y.... herida por la sorpresa, anonadada por el miedo, vaciló y cayó.

III

La escena subsiguiente se halla patéticamente grabada en mi memoria; mas me desespero al reconocer la tosquedad de mi pluma para acometer la empresa de trasladarla con fidelidad al papel.

Ensayaré, sinembargo.

Ambas rodillas en tierra y sosteniendo con el brazo izquierdo la preciosa cabeza de la inerte niña, estuve largo rato sin saber que partido tomar.

Los rayos de la luna por fin abriéronse paso por entre el cortinaje de nubes aglomeradas hacia el oriente é iluminaron el semblante de la desconocida, cuya palidez era mortal.

Ante tan perfecta imagen de la muerte me aterroricé profundamente, y ya temía cerciorarme de la realidad, ya ansiaba conocerla. Por fin apliqué el oído á su pecho: era un simple desmayo. Entonces sonreí y.... lo confieso avergonzado, llegué á desear que aquel desmayo fuese muy largo para recrearme más en la estática contemplación de aquellas facciones tan bellas, tan bellísimas.

La bestia humana apareció en mí y arrojó un erupto. La parte de lodo que mi cuerpo tiene dejó escapar una fétida emanación que me atosigó el cerebro.

Dejar un beso en su boca; deslizar mis labios por el finísimo terciopelo de sus mejillas y sentir en mi frente su perfumado y tibio aliento; he ahí lo que apetecí.

Ya el abuso me empujaba y la vileza me llevaba de la mano; mas de pronto la conciencia, severa, inflexible y colérica, recobrando su imperio sobre mí me impuso el respeto debido á aquella niña infeliz y desvalida.

La conciencia!.... Desgraciado aquel que no la tiene, ó desoye sus mandatos!....

La desconocida se estremeció; abrió los ojos paulatinamente; los fijó en mí; paseó una mirada por su redor, volviólos á cerrar para abrirlos otra vez, entonces con la certeza de que no dormía.

De un salto se puso en pié; yo hice lo mismo; me reconoció y....

—Ah!.... ¡Es usted!.... exclamó.

Estas palabras, pronunciadas con cierta entonación de complacencia, reveláronme que yo la inspiraba confianza y me hicieron arrepentir aún más vivamente de aquellos ruines deseos que me asaltaron.

—Soy yo, señorita; me he permitido seguir á usted con la esperanza de serla útil. ¿Es decir que pretende usted dirigirse á La Guaira, á pie?

—Sí, señor.

—Oh!.... Eso es imposible! Son muchas leguas. ¿Puedo conocer los motivos que la han obligado á formar tan disparatada resolución? Puede usted contar conmigo; utilice mis servicios, que serán sinceros.

Me tendió una mano; yo se la estreché cariñosamente y sorprendido por su excesivo calor, la dije:

—Señorita: usted tiene mucha fiebre. ¿Quiere dispensarme el honor de creerme su amigo y recibir un consejo?

Aún más ardientes que sus manos, cayeron sobre las mías varias lágrimas, chispas desprendidas de la llama de la gratitud que brotó en el pecho de aquella infeliz al verse tratada por un extraño con cariño tan vivo.

Aquellas lágrimas me emocionaron tanto, que sintiendo despertarse en mí un afecto paternal hacia ella, instintivamente la tutée enseguida.

—¿Por qué lloras? la pregunté. ¿Sufres mucho? ¿Tienes canfianza en mí?

Meditando luego sobre la índole del primer afecto que me inspiró la desconocida, me he explicado aquel tratamiento recordando que siempre me había creído desposado con la desgracia y siendo ella una hija de la desgracia, debía esperar de mí un afecto paternal. Más tarde, cuando me juzgué feliz, no creí lo mismo.

A mis preguntas respondió de esta manera, después

de estrechar nuevamente mis manos y mirar al cielo:

—Me llamo Panchita Céspedes. Soy una infeliz. Conozco que usted es muy bueno: protéjame; me siento muy mal; el Cielo le premiará lo que haga por mí.

Otra lágrima y luego muchas más, cayeron sobre mis manos.

—¿A dónde te dirijías?

—Quería alejarme de Caracas y llegar á Maiquetía ó á Macuto para refugiarme en alguna casa donde no hallase tantas amarguras como en la mía, que acabo de abandonar.

Tan extraña y conmovedora respuesta afianzóme en mi creencia de que aquella joven era virtuosa.

—Sígueme, la dije. Te llevaré á una casa donde serás bien atendida y hallarás consuelo para tus penas.

Me siguió sin vacilar; lo que probaba la generosidad de su alma y la confianza que yo la inspiraba.

Pocos pasos habíamos andado, cuando Panchita notó la falta del pequeño lío que llevaba: me devolví á buscarlo. Cuando estuve á su lado, me dijo:

—Ay!.... señor: no sé cómo he podido venir sola hasta aquí. Ahora que usted se separó de mí, sentí miedo; antes no lo había sentido; sin duda era la violenta excitación de la fiebre lo que juzgué valor.

Recordando yo entonces que, en efecto, ella era presa de fortísima fiebre, me quité el sobretodo y se lo eché por los hombros.

—Qué bueno es usted! me dijo. En este mundo hay muchos séres desgraciados; pero hay muchos buenos también. Nosotros somos dos ejemplos.

Atravesamos algunas calles sin dirigirnos la palabra. Ella parecía abstraída en tristísima meditación y yo reproducía en mi mente las escenas descritas.

En una esquina encontramos un pequeño grupo de condiscípulos míos, quienes, engañados, tan pronto como me vieron empezaron á aclararse el pecho y á dirigirme bromas.

—¿No necesitas padrinos? preguntóme uno.

—No tengo inconveniente en disfrazarme de mujer para servir de camarera á la novia, dijo otro.

—Ya que Dios te la dió, san Pedro te la bendiga, añadió un tercero.

Cada cual me dirigió lo que creyó ingeniosa ocurrencia, todas muy propias de esos vagos nocturnos que tienen á menos acostarse antes de las tres ó las cuatro de la madrugada, porque suponen que eso no es propio de los hombres y porque, contemporáneos quijotes, andan en busca de aventuras, de las cuales las más ruidosas son, el echar abajo la puerta de alguna casa de rameras, romperle la cabeza y molerle las costillas al primer pobre diablo que caiga en sus manos, ú otras por el estilo.

Al oir las bromas de aquellos jóvenes, Panchita, con ambas manos me tomó del brazo y me lo apretó con ese sobrecojimiento con que la mansa tórtola se refugia en el regazo de su dueña, á vista del ave de rapiña.

Detalles semejantes, al parecer sin importancia alguna, son bases para el juicio que de otras personas nos formamos. Para creer en la virtud de aquella niña, ya de nada necesitaba yo; pero me hubiera bastado aquel incidente para juzgarla merecidamente.

Sin saludar siquiera al retén de la vagabundería nocturna, lo dejamos atrás. Según supe después, uno de aquellos jóvenes hirió gravemente á otro, en el mismo sitio donde los vimos, no recuerdo porqué fútil motivo.

Continuamos callados, atravesando las calles de la ciudad, en las cuales sólo se veían grupitos como el an-

terior; uno que otro ebrio tendido en las aceras, y serenos departiendo gozosamente con las hijas del vicio y de la noche que detenían al pasar.

Muchos coches encontramos; quise alquilar uno para evitar á Panchita el cansancio, pero en los que estaban descubiertos, hombres de levita y pumpá entonaban en *dó sostenido* báquicas canciones, y en cada uno de los otros se hallaba una pareja compuesta de un joven de aristocrática familia y de una mujer de la vida airada, que iban camino de Pompeya.

IV

Misea Josefa de Burguillos es el nombre de la inmejorable señora que regenta la casa de pensionistas donde habito.

Es una viuda sin hijos; tiene sesenta años, poco más ó menos; pero está muy conservada y robusta, gracias á la buena salud de que siempre goza. Tiene una fisonomía franca y benévola, ojos pequeños y brillantes, barba doble, labios delgados, nariz grande, aunque bien formada, y su abundante cabellera, que semeja un haz de largos hilos de marfil. En esto finca su vanidad, que alguna había de tener, como mujer al fin.

Como se recrea el armiño en la limpieza de su piel, así se recrea misea Josefa en la blancura de su cabello.

Varias veces la he sorprendido con las clinejas en ambas manos, haciéndolas ondear para mirar sus visos, ó ante un espejo de cuerpo entero, con ellas destrenzadas y cambiando á cada instante de posición para contemplar mejor la cascada de nieve tendida sobre su espalda.

Cuando esto ha sucedido, no he pedido dejar de sonreirme, y élla entonces me ha dicho con suma naturalidad:

—¿Te causa risa la coquetería de las viejas?

Cuidadosamente se escudriña á menudo la cabellera, y si por casualidad encuentra alguna hebra no muy blanca, se la arranca con indignación.

Su cabellera y el orden de su casa parece ser lo único que la preocupa.

Es acérrima enemiga de chismes y enredos, cosa rara en toda mujer que pase de los treinta.

—No me ligo con *gente cuentera*, dice á menudo.

Siempre que se presenta la ocasión, refiere que una vez, antes de enviudar, puso en la puerta de la calle á uno que fué á decirla que su marido tenía relaciones amorosas con otras mujeres, y que después se convenció de que el chismoso lo que andaba buscando era *otra cosa.*

Su narración la concluye irremisiblemente con las siguientes observaciones filosóficas:

—El chismoso es el reptil más peligroso que hay. Cuídense más de ellos que de los asesinos y ladrones. Todo lo que oyen lo alteran y sueltan más adelante. Si yo hubiera sido otra, presto oídos á aquel chismoso (dice aludiendo al de su historieta) peleo con mi marido, me dejo arrastrar por el despecho, pago tales chismes con *mis favores*, y hoy estaría viendo por todas partes la sombra de mi esposo pidiéndome cuenta de mi adulterio.

Misea Josefa se ha puesto al frente de una casa de pensionistas, no por el deseo de especulár, sino por el de no verse sola en su hogar y prodigár sus maternales cuidados aunque sea á jóvenes extraños. No los escoje entre los ricos, sino entre los de mejor conducta y que sean capaces de corresponder con gran docis de cariño las atenciones que reciban. A todos atiende; por todos

vela, y aún no es parca en sesudas amonestaciones para aquellos que las han menester.

Yo soy uno de los más favorecidos con su afecto. Siempre que me enfermo, ella vela á la cabecera de mi cama con la acuciosidad y contracción de una madre.

Cuando, queriendo economizarla molestias, pego yo mismo lo botones de mi ropa, tomo antes las mayores precauciones para no ser sorprendido por ella; pues una vez que lo fuí, me convencí de que su cara, de ordinario bonachona y animada por una bondadosa sonrisita, es capaz de atemorizar á cualquiera, cuando el furor desplega en ella sus alas en batalla.

No hubiera reprendido más acerbamente el cura al sacristán cojido *infraganti* bebiéndose el vino de la consagración, que como lo hizo conmigo la excelente patrona.

Me preocupó tanto su disgusto, que me dí con tesón á idear el medio de obtener su perdón. Al fin encontré uno felicísimo.

Ella siempre preside nuestra mesa. En la tarde del mismo día del suceso, poco antes de ocupar nuestros respectivos puestos, aproveché el momento en que se hallaba distante del comedor y cubrí con su servilleta un objeto que los otros comensales deseaban ver, á pesar de mi oposición.

Al llegar ella, alzó la servilleta y ante su vista apareció la venerable figura del LEÓN DE PAYARA.

Páez, para misea Josefa, es un semidiós.

Yo había visto al pasar por delante de una quincalla, un bonito cromo que lo representa y que tiene abajo el aplaudido soneto de nuestro Andrés Bello á la batalla de Bailén. Me golpée la frente y exclamé: *¡Eureka!* Entré; lo compré sin perder tiempo en regatear y me dirijí á casa, lisonjeándome con la reconciliación de que sería

mediador el retrato del Esclarecido Ciudadano.

Esto me sucedió; mas, ¿cómo podré describir fielmente lo que pasó por la idólatra paecista?

Lo primero que hizo, fué pasarnos revista con una lenta mirada.

Yo quedaba inmediatamente á su izquierda y ella comenzó por la derecha.

Cuando fijó sus ojos en mí, prorrumpí recitando el soneto:

Rompe el león soberbio la cadena
Con que atarle pensó la felonía, etc. etc.

Al concluir, mis compañeros me aplaudieron, dando golpes sobre la mesa que hacían saltar las copas y chocar los platos.

Misea Josefa, no pudiéndose contener, me tendió los brazos diciendo:

—¡Ah! zaramullo; ya te conozco.

Para completar mi victoria, eché vino en las copas y alzando la mía exclamé:

—Por las glorias de Páez, para quien ha sido ingrata la generación que se ha postrado ante las estatuas del moderno Nabucodonosor, y porque las generaciones del porvenir le hagan justicia, como se la han hecho nuestras matronas, únicas en cuyos corazones alienta la debida veneración hacia el héroe que dejó atrás con sus hazañas las concepciones más osadas de la fábula.

***

Yo pensé, muy acertadamente, que tan excelente señora acojería bajo su protección á la pobre Panchita.

Llegamos á la casa, y al atravesar el primer corre-

dor, uno de los huéspedes, que acababa de entrar, me gritó por la ventana de su cuarto:

—¡*Epa!* socio: y ese contrabando?

Panchita quiso retroceder. Quizás pensó que allí no moraban sino hombres, y por primera y última vez dudó de mí. Esto no me incomodó; era muy natural y disculpable.

Dimos unos pasos más y toqué en la ventana de la pieza donde dormía misea Josefa.

—¿Quién llama? preguntó sobresaltada.

—Hágame el favor de atenderme, señora.

Apenas hube dicho estas palabras cuando ya estaba abierto uno de los postigos y asomado el rostro de ella, revelando una gran ansiedad por recibir la contestación á la serie de preguntas que, una tras otra, me dirigió sin darme tiempo para responder:

—Qué tienes?—Qué te ha pasado?—Estás herido? Quién fué?—Responde, niño.

—Estoy bueno y sano, misea Josefa; no se angustie y escúcheme.

—Ay!.... qué susto me has dado!.... Creí que te había sucedido alguna desgracia. Estoy tan nerviosa!... y como ahora no se oye hablar sino de muertos y heridos y hay por esas calles tántos vagabundos y borrachos protegidos por el Gobierno!..... Habla, pues: qué quieres?

—Perdóneme usted el susto y la molestia. He hallado en la calle una desgraciada joven, sin amparo y virtuosa (el corazón me decía que era asì). He recordado la bondad de usted y como la creo digna de su protección, la invité para que me acompañara. Usted la protejerá; verdad, señora?

—Y en dónde está?

Panchita se había arrimado á la pared; entonces se presentó, y con humilde voz, que hizo gran efecto en el ánimo de misea Josefa, la dió las buenas noches, agregando:

—Soy muy desgraciada; compadézcase de mí, señora.

Estas palabras de Panchita la captaron en el acto las simpatías de misea Josefa. Esta nos hizo esperar un momento, mientras se vestía. Luego abrió la puerta del cuarto inmediato, que se comunicaba con su dormitorio y que la servía de salita, y nos hizo entrar.

En pocas palabras la referí nuestro encuentro. El cariño que ella me tiene y el concepto que la merezco desde que para mi bien la conocí, no le permitieron la más ligera duda sobre la sinceridad de mis palabras.

Miró con detención á Panchita, revelando en su semblante el interés y compasión que la infeliz la inspiraba. La acarició maternalmente y la quitó el abrigo con que cubría su cabeza, á la cual estaba atado un pañuelo manchado de sangre. Misea Josefa exclamó con indecible sorpresa.

—¿Qué es esto, hija mía? ¡Estás herida!!....

Por toda contestación, ella se arrojó en su brazos sollozando.

—Vamos, vamos; tranquilízate, la dijo misea Josefa, como arrepentida de haber pronunciado las palabras que provocaron las lágrimas de la desgraciada niña.

Habiendo notado entonces que ésta era presa de fortísima fiebre, me invitó á salir de la pieza para acostar á la enferma, después de hacerla tomar un sudorífico: híceme el desentendido, resuelto á permanecer allí hasta que fuese absolutamente necesaria mi salida.

En el acto se puso á arreglar otra cama, rehusando

mi ayuda cada vez que se la ofrecía, pues es de esas amas de casa acostumbradas más á hacer las cosas que á mandarlas á hacer. Después, sacando de un cajoncito varios paquetes de hojas secas y medicinales, se dió á leer sus rótulos. Para esto si se vió obligada á acudir á mí, por no tener á la mano los espejuelos; por cierto que lo sentí, pues en ese momento empezaba á contemplar á Panchita. Misea Josefa tomó varias hojas, encendió el reverbero y puso á hervir la tisana.

Reanudé mi contemplación. Panchita estaba sentada en el borde de una cama y con la mirada fija en una Virgen del Rosario que tenía al frente. Yo, recostado de un escaparate, quedé extasiado ante aquel rostro angelical, bañado de lleno por la luz de la vela.

De sus ojos brotaba un resplandor divino, que me parecía la aureola refulgente de su alma pura; veía su frente ceñida por la diadema de la virtud y sus labios moviéndose ligeramente para dirigir al cielo fervorosa oración.

Una niña, bella y desgraciada, orando, es sublime.

Mi alma quedó abstraída en su contemplación; mas no llegó á comprender que pisaba ya una de las sendas por donde el progreso podía aproximarla á la *perfección:* á Dios.

La satisfacción de la conciencia y las gratísimas fruiciones que se desprenden del bien que hacemos, una vez experimentadas, nos atraen más poderosamente que á los creyentes las delicias de la gloria que les prometen las religiones reveladas, tentáculos del pulpo ignorancia.

Ser el protector de la infortunada Panchita; no haber abusado de su desamparo; haber cumplido el mandato de mi honor, sofrenando los ímpetus de la materia, y tener conquistados su aprecio y gratitud, todo por ca-

ballerosidad y por deber de conciencia, sin interés alguno de recompensas divinas ni humanas, me causaron una complacencia que mucho se parece á la verdadera felicidad, si no lo es.

Como exhala la flor su primer perfume al entreabrir su corola, y una onda del aire lo arrebata, así mi alma exhaló allí su primera ilusión, que fué en el acto desvanecida por esta voz salida de mi interior: *Profanación!....*

Un golpecito que me dió en el hombro misea Josefa me hizo salir de aquel arrobamiento.

Hìzome una seña; me despedí de ambas y salí.

V

Al llegar á mi cuarto me dejé caer en una silla, cual si fuese un peregrino, rendido por el cansancio. Puse los codos sobre una mesa y apoyé la cabeza en ambas manos.

Repasé varias veces por mi mente los pormenores de mi encuentro con Panchita: sentía vibrar nuevamente en mi oído su armonioso acento; estremecíame, creyendo que estrechaba aún su caliente mano, y el corazón me palpitaba con violencia cuando me parecía estar bajo su mirada, y suspiraba mi pecho, al contemplar con los ojos del alma su celestial belleza.

Fijaba los ojos en algún punto, que no miraba, y así permanecía, como un idiota, hasta que, cansada la vista, la necesidad de despabilar hacíame recobrar la conciencia de mí mismo.

Entonces volvía á pensar en Panchita, y se apoderaba de mi espíritu una inquietud tan viva como profunda

había sido su precedente abstracción.

No podía explicarme lo que por mí pasaba y deploraba aquel cambio, bastante extraño en quien hasta entonces sólo había meditado en presencia de los libros y no se había inquietado sino por las miserias de la especie humana.

Panchita, indudablemente, era también víctima de esas miserias; pero..... no podía comprenderlo bien, mas presentía que no era su infortunio la causa principal de mi preocupación.

No era llorosa, ni triste como la recordaba, sino radiante de belleza y con una expresión de candidez que parecía ser la fotografía de un alma aún más bella que su rostro.

En mi oído no vibraban sus sollozos, ni sus tristísimas palabras que tan dolorosa impresión me causaron. Dulce, ternísimo y aún con cierta entonación de alegría, el eco de su voz me hacía estremecer.

No podía explicarme, cuando me fijaba en ello, por qué mi mente se representaba arbitrariamente á Panchita, no desgraciada como era, sino feliz y risueña.

Parece que se resistía á convencerse de que para tan preciosa niña tuviese también penalidades este mundo.

Parece que, saltando por sobre la realidad, quería halagarme, representándomela como debiera de ser.

Bien pronto hube de explicármelo todo.

Cinco campanadas que dió un reloj despertador que sobre la mesa estaba, pusieron fin á mi abstracción.

Sacudí la cabeza como para advertirla que debía recobrar su imperio. Entonces comprendí que debía acostarme cuanto antes para dormir algo; pues muy temprano tenía que levantarme para dar un repaso á mis lecciones é irme á las clases de la Universidad.

Puse el despertador en la hora en que debía levantarme y empecé á desvestirme: quitábame las piezas de mi traje con no acostumbrada lentitud y á veces me quedaba como en suspenso, sin saber ni en qué pensaba.

Al fin me acosté.

La almohada, inagotable surtidora de pensamientos, parece que se complace siempre en desesperar los espìritus inquietos que apetecen el reposo. La mía suministró á mi mente innumerables pensamientos que ocudieron en tropel para fatigarla. Los rechazaba, pero volvían, para ser de nuevo rechazados con indignación.

Cuando se me aparecía la imagen de Panchita, siempre alegre y radiante, la contemplaba gozoso y.... ¡ay! con cuánto dolor me resolvía á alejarla!....

Me esforcé por tener presente que debía dormir, pues convenía á mi salud, y me dormí al cabo.

***

Ah!.... si tuviera razón el dualismo!.... Si el espíritu, separado del cuerpo conservara sus facultades, después de nuestra muerte, soñaría, como sueña cuando dormimos. Y si fuera así, con los ensueños eternos serían premiados los justos y castigados los perversos.

"La verdadera felicidad está en el cielo," dice la religión. "La verdadera felicidad consiste en creerse feliz," dijo alguien.

Siendo esto último exacto, y creyéndose un enamorado, por ejemplo, incomparablemente feliz gozando con su amada la luna de miel, ¿con qué delicias se le podría recompensar por sus virtudes, en la *otra vida*, que fuesen superiores á las que gozaría con el eterno ensueño de

una luna de miel ?

Si para un avaro no puede haber desgracia más grande que el verse despojado de sus tesoros, ni con llamas, ni con pailas, ni con aceite hirviendo, ni con demonios armados de rojos tridentes, podríamos imaginar mayor castigo para él que su condenación á soñar eternamente que se halla amordazado y atado de pies y manos, mientras en su presencia unos ladrones desentierran y se llevan su talegos de oro ?

¡Cuántas veces, al despertar, hemos maldecido al imprudente rayo de sol que penetró por el entreabierto postigo para poner fin al sueño que hubiérámos deseado fuese eterno, aunque se corrompiese nuestro cuerpo y perdiese sus formas la materia !

Otras, por el contrario, hemos dado gracias al zancudo que, clavándonos su aguijón, nos libertó de una horrible pesadilla.

A las seis y media desperté sobresaltado.

—¡ Maldito reloj ! exclamé y lo batí contra el suelo.

¡ Excelente hazaña ! El cumplió fielmente la consigna armando gran ruido á aquella hora, y sinembargo, lo recompensé haciéndolo pedazos.

Qué miserables somos ! Hasta la lealtad de los débiles nos parece reprensible á veces.

No les concedemos ni aún el cumplimiento del deber cuando nos cuadra.

Era natural que me mortificara el ver desvanecida la dicha que gozaba en sueños ; ¿ pero qué culpa tenía el maltratado reloj de que yo lo hubiese dispuesto para que me despertara á las seis y media ?

—Todo era sueño !.... me dije, y pasé del furor á la profunda tristeza.

El despertar era horrendo para mí, después de ha-

berme visto arrodillado ante Panchita, quien se hallaba sentada, ensortijando mis cabellos, acariciándome la frente, mirándose en mis pupilas y sonriendo con la pureza y dulzura de la infancia.

—Maldito reloj ! repetí.

¿Cómo no desear la eternidad de semejante sueño, aunque no fuese en mi cama, sino en la tumba ?

Mas, era justo que terminara pronto. Tan delicioso ensueño no era sino el premio por mi buena acción, y harto recompensado estaba ya.

Cuando procedemos bien, una gran satisfacción se apodera de nuestro espíritu, reclinamos en la almohada la cabeza, cargada de bellos pensamientos, y gozamos en ensueños la felicidad mayor que pudiéramos desear.

Ah!.... si el espíritu no fuese sino una consecuencia, y nada más, eso mismo sucedería á los que desde el borde de la tumba tienden complacidos la mirada por el recorrido sendero de la vida y se rinden al yugo de la muerte.

¡ Qué de horribles pesadillas atormentan por la noche á los que se duermen entre los recuerdos de sus malas acciones !

¡ Si el sueño eterno tuviera también sus pesadillas!..

Reflexiones semejantes deberían ser suficientes para que modificaran ventajosamente su sistema los que para extirpar el mal y fomentar el bien han optado por el medio de atemorizar las inteligencias infantiles con espantosos tormentos, y estimularlas con halagadoras promesas, asegurando que serán sufridos aquellos y cumplidas estas más allá de los linderos de la vida.

Más difícil es hacer creer en un exacto paralelo entre el sueño y la muerte, que en ciertas absurdas y ridículas concepciones de la fantasía, aceptadas únicamente por

aquellos que creen todo, á manera de como tragan los pavos.

Nunca habíame vestido tan á prisa como ese día, ni me había, sinembargo, retorcido tanto el bigote, ondeado el cabello y puesto más esmero en que el lazo de mi corbata fuese irreprochable ante los ojos de los cupidos que han hecho de ello una ciencia.

Salí en busca de misea Josefa, quien estaba en la cocina dando sus ordinarias instrucciones á los sirvientes. Al verme salióme al encuentro y tomándome del brazo nos encaminamos al comedor.

—Está dormida, me dijo. Ha delirado mucho; pero ya la fiebre ha bajado. Es necesario pensar alguna explicación para dársela á los otros pensionistas, á fin de evitar malas suposiciones y conversaciones atrevidas. ¿Sabe alguno que esa niña está aquí?

—Solo Estrada nos vió cuando entramos.

—Ah!..... bien: de él nada temo, y como es médico, le diremos la verdad, pues él correrá con su curación y debe estar en cuenta de todo. A los demás diremos....

Quedóse un rato pensativa y luego continuó:

—A los demás diremos que es una sobrina mía, que padece de ataques, en uno de los cuales, al caer, se rompió la cabeza; que me la han enviado de Guarenas para que aquí la haga curar, y que vino anoche.

En ese momento el Doctor Estrada salió de su pieza; misea Josefa lo llamó; le refirió lo que sabíamos y lo ensayó sobre lo que á los demás debía decirse.

Es Carlos Manuel Estrada un perfecto caballero, discreto como pocos. No hace mucho tiempo que recibió su grado; pero, favorecido por una gran inteligencia y gracias á su ejemplar perseverancia en el estudio, ha

conquistado una reputación que envidian muchos médicos antiguos.

Sus enfermos se reaniman cuando le ven; pues siempre se les aparece con una alegría en el rostro que ellos juzgan consecuencia de la plena confianza que él tiene en su ciencia y de las seguridades de alcanzar el triunfo.

Por regla general, los médicos, después de examinar con misteriosa minuciosidad al paciente, haciendo al mismo tiempo desconsoladoras muecas; aunque solo le encuentren un ligero quebranto catarral, exclaman en tono sentencioso y solemne:

—Esto es grave; gravísimo. Si no me llama tan á tiempo, dentro de una hora usted sería cadáver.

Estrada es una de las excepciones de esa regla.

—Eso no es nada: eso no vale nada: pronto estará usted bueno.

He ahí las primeras palabras que dirije á todo enfermo, aunque tenga una tisis galopante.

Sabido es que las enfermedades de los ricos son siempre más largas que las de los pobres; no obstante la carencia de recursos de éstos; pero, precisamente, en ello está el busilis del enigma.

Para Estrada, lo aseguro, no existe paralelo alguno entre un enfermo rico y una mina, ni tiene negocio con los boticarios, ni es otro su interés que el devolver pronto la salud á sus clientes, para satisfacción de su conciencia y honra de su nombre.

Es de regular estatura, de treinta años, poco más ó menos, muy simpático, excelente amigo, y muy dado á la política.

Por lo general, su conversación es siempre festiva; pero no desperdicia la ocasión de espetarnos serias diser-

taciones, que son siempre oídas con agrado.

Después que misea Josefa lo hubo impuesto de cuanto sabíamos referente á Panchita, nos prometió sus servicios y su discreción. Esta promesa tenía para nosotros gran valor.

Otro, que no hubiera sido como Estrada ¡quién sabe de qué modo nos habría juzgado!

En seguida de haberme desayunado púseme á dar paseos por el primer corredor de la casa, repasando mis lecciones.

Las aprendí? Me daba cuenta de lo que leía?

Una hora después me preguntaba el catedrático:

—Pero, qué tiene usted?—No me oye?

VI

Ya presumía yo que no era un simple interés de protector lo que sentía por Panchita, ni la generosa compasión que la desgracia inspira lo único que ella debía esperar de mí.

Mi corazón abrigaba algo no sentido hasta entonces, y que se había primero manifestado en el éxtasis de mi contemplación mientras oraba, y luego en la inquietud que se apoderó de mi espíritu antes de acostarme.

Mi inolvidable sueño, además, me había impresionado mucho, haciendo germinar y desarrollar rápidamente en mi alma una viva aspiración por la realidad de tanta dicha.

Así como al que viaja en un tren á toda máquina parécele que ante su vista corren impetuosos los árboles, las llanuras y los montes, ante mi alma, viajera en el

tren del amor, con impetuosidad semejante las ilusiones cruzaban en tropel.

Para hablar de la belleza de esas ilusiones, bástame decir que todas me hacían creer dueño del corazón de Panchita; pero, ¿hacia dónde viajaba mi alma? Hacia un imposible talvez: hacia el profundo dolor probablemente.

Confieso que entonces no consideré seriamente esa pregunta y su respuesta: forjar ilusiones era todo el afán de mi mente.

Ya no las rechazaba como rechacé la primera, ni la voz *profanación!* salía de mi interior.

No recuerdo qué respuesta dí esa mañana al catedrático de Derecho; tan disparatada, tan propia de los que despiertan sobresaltados, que mis condiscípulos se mofaron de mí y aquél me preguntó:

—Estaba usted durmiendo? De qué feliz encuentro me habla?

Abrumado por las reprensiones de mis maestros, terminé las clases. Fueron esas reprensiones las primeras que recibí.

Con los libros bajo el brazo fuí hasta el último cuarto de la casa en busca de misea Josefa.

—¿Cómo sigue nuestra enferma? la dije.

—Me preguntó por tí. El Doctor la hizo tomar unos medicamentos que la han calmado más. No la encuentra muy mala; pero sospecho que teme algo en lo adelante.

Aquel *me preguntó por tí*, me hizo saltar el corazón de júbilo; pero luego sentí en él como el contacto de un dedo helado al revelarme en seguida misea Josefa su funesta sospecha. Temiendo que ella sorprendiera mis impresiones, repuse incontinenti:

—Hágame el favor de solicitar su permiso para verla.

—Puedes entrar, me dijo, después de haber cumplido mi encargo.

Panchita estaba sentada en un mecedor, abrigada cuidadosamente por misea Josefa con una manta de lana, y descansando los pies sobre un pequeño taburete que la misma señora, para su mayor comodidad, la había puesto delante.

Al verla me estremecí y me detuve, con esa vacilación del tímido criado que en presencia de su amo espera orden para avanzar.

Ella también debió sentir alguna sensación extraordinaria, pues noté que una de sus manos se movía bajo la manta, para aplicarla al corazón.

Dí algunos pasos más: al estar cercano á ella, solamente la hice una cortesía, cual si hubiese olvidado la fórmula del saludo. Después, para sorpresa de misea Josefa, quien algún tiempo más tarde me habló de ello, quedé largo rato mudo é inmóvil.

Así como el viajero, apasionado del arte, se detiene ante la Concepción de Murillo, ó ante la Venus de Milo y la contempla detenidamente, como queriendo grabar en su mente, de manera indeleble, todas las bellezas brotadas al conjuro de la paleta ó del cincel del genio, yo, extasiasiado, miraba y remiraba las perfectas facciones de Panchita, cual si pretendiera que me revelasen el nombre de algún sublime artista, cuya gloria irradiaba tan divinos destellos.

La noche anterior había juzgado su belleza imponderable y la encontraba ahora mucho más bella y, alucinado talvez, á causa de la poderosa sensación que padecía, muy claramente ví una aureola refulgente que cir-

cundaba su preciosa cabeza y una vivísima lumbre que despedían sus ojos y que se mostraba á mi alma cual otra escala de Jacob para ascender al cielo de la dicha.

Cuando pude volver en mí, hice un violento esfuerzo para entablar conversación con ella.

En verdad, no puedo decir cómo empecé, y de su exordio sólo hago memoria de lo mucho que celebró nuestro encuentro y de estas palabras que agregó con expresión indescriptible:

—¡Quién sabe lo que hubiera sido de mí, si Dios no lo interpone á usted en mi camino!

Después elogió mis sentimientos y mi noble conducta para con ella, y con voz enternecida me habló de su inmensa gratitud.

Por primera vez encontré demasiada hueca la palabra *gratitud.*

Nos invitó á sentarnos cerca de ella y nos dijo:

Permítanme ustedes que dé comienzo á la narración de mis desventuras.

—Oh! nó, la interrumpí prontamente. No se ocupe usted de eso ahora: no nos faltará tiempo para oírlas, usted debe tratar de distraerse y alejar los tristes recuerdos, porque así lo ha recomendado el médico.

La noche anterior la había tuteado; ¿por qué ahora la trataba de usted? Era muy fácil explicármelo: una gran variación se había efectuado en mí. Las ínfulas del protector habían desaparecido y en su lugar quedaba el tono comedido y respetuoso del admirador ó idólatra.

Si no hubiese llegado tan á tiempo el Doctor Estrada, habríamos accedido á las exigencias de Panchita, quien persistía en su empeño.

—Vamos á ver como están ese pulso y ese rasguño. Dicho ésto, Estrada pulsó á la enferma, en seguida curó-

la nuevamente la herida de la cabeza y luego repuso:

—Es conveniente cubrir con papeles las rendijas de la ventana, misea Josefa.

—Muy bien, Doctor: ya se me había ocurrido tal idea, pero me distraje.

—Permítame un momento, señora, dije entonces. En mi cuarto tengo varios periódicos gobiernistas que me mandan gratis y que no servirían para nada mejor. Voy á buscarlos.

—No te molestes, hijo; aquí hay bastante papel.

Esto diciendo, misea Josefa deshojaba un gran libro con carátula amarilla.

—¡Cómo destroza usted ese libro, señora! ¿Qué título tiene?

—¡Bah!.... ¡Para lo que sirve el tal libro! Se titula: VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Á LOS ESTADOS LARA Y CARABOBO. Supe que lo regalaban á todo el que lo pedía y mandé ocho veces á un muchacho para conseguir ocho ejemplares. Ya he invertido dos envolviendo especies, poniendo tapones á las botellas, haciendo candela en la cocina y en otras cosas más. Todavía me quedan seis: cuando se me acaben esos, ya tendré los que se publiquen con motivo del paseo que se proyecta al Estado Bermúdez y de las terneras que se comieron en El Valle y en Sabana Grande.

—¡Por Dios!! misea Josefa—la interrumpió Estrada, quien solía acordarse del naturalismo—No recuerde usted las terneras de Sabana Grande y El Valle, porque nos descompone el estómago el hedor del maíz nacido.

—Pues sí, señor—continuó la señora, después de celebrar la ocurrencia de Estrada—cada cual pezca lo que puede en los ríos revueltos, y del charco de esta Administración [que el diablo se lleve] las mujeres no pode-

mos sacar más sardinas que estos librazos.

—¿Y sabe usted de otras mujeres que hayan hecho lo mismo? la preguntó Estrada.

—Válgame Dios!.... Esa coquetísima que vive enfrente, y á quien algunos de ustedes hacen carantoñas, le rompía al padre todos los periódicos para hacerse crespos la *pollina*. Como á él le interesa coleccionar sus periódicos, porque no está suscrito sino á los independientes y ha suplicado á los redactores de los gobiernistas que no se los manden ni de balde, como lo hacían, siempre regañaba á su hija, pero ésta.... maldito el caso que hacía! Su *pollina* antes que todo. Por fin al padre se le ocurre traerle un libro igual á éstos, y así ha podido salvar sus periódicos. ¿Saben ustedes cuántos ha mandado á buscar esa niña?..... ¡Catorce!.....

—Esa *pollina* come mucho papel, objetó sonriendo Estrada.

—Como no se le vaya á envenenar, dijo misea Josefa, porque esos papeles son capaces de envenenar hasta las pollinas de cabello. ¿Y cuántos libros de esos creen ustedes que tiene la vieja que vive al lado? Esa tiene un rimero, y dice que los va á vender en las bodegas, cuando este Gobierno caiga, á razón de cuatro centavos la libra.

—¿Qué te parece, querido Doctor? le pregunté entonces. ¿Cuánto dinero nos habrá costado la publicación de ese libro que regalan á todo el mundo y que para nada sirve? Lo que hace misea Josefa lo hacen todos los que se han tomado la molestia de solicitarlo. Y en verdad que no merece más. Telegramas insulsos, brindis imprudentes, revistas pagadas, discursos huecos ó degradantes, necedades, adulaciones, humillaciones: he ahí lo que contienen esos grandes volúmenes. Y para publicar-

los por millares, se han extraído millares de pesos del Tesoro de la Nación !.... ¿Qué utilidad recibe, en cambio, el pueblo de semejante recopilación? Ninguna, toda vez que al pueblo nada le interesa que sea halagada la vanidad de su Presidente. Nuestra patria tiene hijos que mucho la enaltecen, que han dedicado los mejores años de su vida al estudio; que han profundizado varias materias del saber humano, y cuyas inteligencias, cultivadas notablemente, han dado frutos que alimentarían el espíritu del progreso, si pudieran gustarlos los hambrientos de instrucción. Esos frutos son valiosas obras que duermen y dormirán bajo el ala de la miseria, hasta que la protección de un Gobierno, no estúpido como éste, ó de una generación menos ingrata les diga: *Levantaos.*

—Uno de nuestros sabios, dijo Estrada, tiene ochenta y pico de obras inéditas.

—Ese es el Doctor Núñez Cáseres. Lo sabía y era su nombre el que tenía más presente. Ese atleta del trabajo intelectual; ese Lope de Vega moderno; ese profundo poligloto; ese que todos los días compra el mucho papel que ha de iluminar con la brillantísima luz de su cerebro, primero que el escaso pan que ha de llevar á la boca, ha formado, cuartilla sobre cuartilla, un tesoro inestimable, que el mundo no conoce y del cual no espera dicho Doctor satisfacciones en el ingrato presente; pero sí inmensa gloria en el porvenir, cuando la Patria quiera exhibir ante el mundo la ilustre grandeza de tan modesto hijo sobre el grandioso pedestal de sus obras.

—Todos esos telegramas y revistas, proseguí; tantos brindis y discursos como contienen esos libros, no valen lo que una octava de las "*Metamorfosis,*" de Núñez Cáseres, ni lo que cualquiera de sus pensamientos; y, sinembargo, sus obras no ven la luz pública por falta de

protección, mientras que el Gobierno apesta á Venezuela, dando á los cuatro vientos de la publicidad el incienso que le queman los aduladores de oficio.

—Es verdad todo eso, agregó Estrada. Nuestras notabilidades en las ciencias y en las letras escriben obra tras obra, sin que sea parte para infundirles el desaliento, la injusticia de un Gobierno que estima y acata á los que besan el polvo que pisa todo poderoso, y desprecia á los ilustres ciudadanos que con la altiva frente tocan el cielo de la inmortalidad.

—Y lo peor es que si alguien dice al Gobierno, objeté: *Voy á establecer una cantina, protéjame*, en el acto recibirá trescientos ó quinientos pesos, y si otro le anuncia que desea publicar una obra, útil para la humanidad y honrosa para la patria, ó no recibe contestación, ó es calificado de majadero.

—Perfectamente, dijo Estrada. Este Gobierno está muy lejos de ser un Mecenas para los hijos de Minerva y de las Musas. Es un banquete de donde caen huesos y migajas para los perros de la adulación. *El Tribuno* es un periódico que nadie lée, que nadie acepta, ni aún gratis, como es, porque solo contiene majaderías; sinembargo, según me aseguró persona fidedigna, recibe del Tesoro Público la subvención de noventa pesos diarios....

—¡Cómo !!.... exclamamos á un tiempo misea Josefa y yo. Noventa pesos diarios?

—Sí; sí; *noventa pesos*, ó sean *trescientos sesenta bolívares* diarios; es decir: *todos los días;* si lo quieren más claro....

—¡Pero entonces *El Pueblo*, y *El Intransigente*, y *La Opinión Nacional*, y *La Rehabilitación*, y *El Padre Cobos*, y los demás de la República, que son incensarios del Gobierno, se llevarán, por lo menos, la cuarta parte de

nuestro tesoro !

—Indudablemente. Setecientos veinte pesos quincenales recibe *El Campeón Liberal*, de Valencia, por insultar á la actual Administración del Estado Carabobo.

—¡ Cielo santo !.... exclamó misea Josefa, haciéndose la señal de la cruz. ¿Pero qué clase de gobernantes son estos? ¡Ave María Purísima!.... Y todo eso es para parrandas y borracheras!.... Dios mío de mi alma!.... Y el pueblo tiene hambre!..... Alabado sea el Santísimo !....

Continuó la buena señora con una larga serie de exclamaciones por el estilo, y yo, indignado, corrí á mi habitación para quemar todo cuanto periódico asalariado la infestaba.

Ah !.... si hubiera podido quemar también las plumas que los escribieron y fundir los tipos que los imprimieron !....

Por primera vez me compadecí entonces de los sabios de mi patria.

Yo los creía dichosos, porque llevan un mundo de ideas en el cerebro; porque honran á la nación que los llama *hijos*, y porque son artistas que con el poderoso cincel del genio tallan el magnífico grupo *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*, ante el cual, como símbolo divino, se prosternará la conciencia de las felices generaciones del porvenir.

Creía dichosos á mis ilustrados compatriotas, porque sé que es la vida el crisol que probará los quilates de sus almas, para que la posteridad las admire, irradiando los esplendores de la gloria. Pero al medir la tamaña injusticia de que son víctimas, comprendí que deben sufrir horriblemente, viéndose menospreciados por los que podrían protejerlos, si aspirasen al verdadero progreso y si

desearan ver enaltecido el nombre de la patria, y el de ellos mismos pasar á la posteridad, rodeado por la atmósfera de simpatía entre la cual viven el de Mecenas, el de Augusto, el del Duque de Béjar y el del Conde de Lemos.

¡Con cuánto dolor no contemplarán nuestros hombres de letras sus obras, inéditas por falta de recursos, mientras que el Gobierno invierte un caudal en periódicos asalariados y en recopilaciones de telegramas insulsos y necedades sin cuento, que sólo sirven para dar una idea tristísima de los que están al frente de la Administración Pública, y para exhibir á Venezuela ante el extrangero como una madriguera de vanidosos y aduladores !

Sinembargo, los amantes y sacerdotes del saber no desmayan: terminan una obra, la archivan, y en el acto comienzan otra.

La perseverancia es la tercera potencia de esos hombres. Las dos primeras son: la inteligencia y el amor á la gloria.

Yo os saludo, hijos ilustres de esta patria, infortunada hoy; pero que, quizás no muy tarde, llegará á la tierra de promisión, conducida por vosotros y por todos aquellos que con vosotros formarán la magnífica constelación que lucirá Venezuela como gloriosa y eternal diadema.

Trabajad incansablemente, sin que sea parte á desalentaros la indiferencia de gobernantes que tienden los brazos á los que llevan la bacanal corona de pámpanos, y vuelven las espaldas á los que ciñen los divinos laureles de Apolo y de Minerva. Ya llegará el día en que esos cerdos, que hoy se alimentan con las bellotas de las lisonjas, se revolcarán en el cenagoso charco del oprobio, y para vosotros entonces habrá un trono en el corazón del

pueblo, por cuyo bienestar os desvelais, y su admiración será la atmósfera que alentará eternamenre vuestros ilustres nombres.

Dejad dormir en los pupitres vuestras obras inéditas, ya que los que debían ser vuestros principales protectores, duermen también el profundo sueño producido por los vapores de la orgía y por el humo esparcido por el pebetero de la adulación.

Ellos despertarán muy pronto, porque no ha de ser muy duradero el sopor enervante que priva al pueblo de la virilidad manifestada en otros días, y sufrirán el condigno castigo, que evitará que sus sucesores elijan la misma funesta senda que han trillado los que comparecerán ante el tribunal augusto de la Historia, cargados con el enorme fardo de la ignominia y azotados por la terrible granizada de los anatemas del pueblo.

Entonces habrá protección para las preciosas hijas de vuestras inteligencias ¡oh filósofos y poetas de mi patria! Entonces, cuando tengamos gobierno y no un inmoral *Cán-cán*, bailado en la Casa Amarilla, los poseídos del espíritu alcohólico cederán el puesto á los asistidos por el espíritu del patriotismo.

Las copas, musas de los actuales gobernantes, serán pulverizadas y el polvo de esas copas servirá de arenilla para vuestros escritos, con los cuales educareis el corazón del pueblo, enriquecereis su cerebro y aumentareis el brillo del nombre de la amada patria.

VII

Después que concluí la tarea de quemar todos los números de periódicos asalariados que tenía en mi cuarto, envié á cada uno de sus redactores una tarjeta, suplicándoles que no me los enviasen más; pues, aunque nada pagaba por la suscrición, me repugnaba verlos, mucho más que antes de la conversación y meditación que he consignado en las anteriores páginas.

Tentaciones me dieron después del almuerzo de no ir á la Universidad, pues mucho temía que, como en la mañana, quedase deslucido; pero la voz del deber me hablaba con imperio y al fin hube de acatar su mandato.

¡Con cuánta dificultad entra una lección en la cabeza que tiene entre ceja y ceja la imagen de una niña encantadora!

El recuerdo de Panchita era señor de mi memoria, y gracia que fuera en ella reconocida la redondez de la *o*.

En vano las estudiadas materias reclamaban el puesto que habían conquistado en mi cerebro. Allí no había lugar sino para el coro de pensamientos, delirios é ilusiones que, innumerables como los pajarillos del bosque, dirigían un himno de salutación á la alborada precursora del astro del amor, cuyos esplendores luchaban ya contra las sombras de la indiferencia, que cual noche sombría arropaba á mi alma.

Sentado ya sobre los bancos de la Universidad, po-

tros de tormento para unos y caballos de batalla para otros, apelé al recurso de los estudiantes pésimos.

Tuve el cuidado de que á derecha é izquierda me quedasen los más aventajados y con el descaro de los que engañan á sus padres, quienes sacrifican su salud trabajando para que sus hijos aprendan algo, les dije:

—Hoy no sé la lección: espero que ustedes me soplarán todo lo que deba responder.

Regresé á casa pensando en los que hacen de ordinario lo que yo aquel día hice por primera y última vez.

Engañar á los padres, burlar á los maestros, es, verdaderamente, criminal.

Quien no desea saber, debe decir con franqueza á su padre:

—Aquí tiene usted los libros que me ha comprado; déme una vara de medir y unas tijeras para vender géneros, ó un azadón para cultivar la tierra; pues no quiero que usted trabaje más para sostener á un ocioso que ni quiere, ni logrará aprender nada.

No hacerlo así y engañarlo, es no tener conciencia; es no sentir ni siquiera compasión por aquél á quien debemos la vida.

Yo he conocido estudiantes que ni aún abrían los libros y que respondían siempre fonográficamente á sus maestros. Los he conocido robustos y gozando de envidiable salud, mientras que sus padres, ancianos y achacosos, sucumbían ante el peso del trabajo material que se habían impuesto para poder atender á la educación de sus hijos.

Despues, llegado el día del examen, he visto á los pobres viejos subir gozosos y con casi juvenil ligereza las escaleras de la Universidad, creyendo que iban á ver á la justicia ciñendo con el lauro de Minerva la cabeza

de sus hijos, tantas veces besada por ellos con lágrimas en los ojos.

Pero ¡ay!.... ¡Cuánto he sufrido al verlos cabizbajos y abatidos, detenerse, al bajar, en los descansos de las mismas escaleras, para pasarse las manos por la vista, como queriendo apartar de ella el vergonzoso estigma que había sido justamente impreso en la frente del objeto de sus desvelos.

¡Reprobado!....

Un hijo reprobado, después de ser la causa de tantos paternales sacrificios, es un espectáculo desgarrador para quien ha cifrado en él sus mejores esperanzas.

Sin embargo; es tan frecuente!....

Llegué á casa; me dirigí al comedor, y allí encontré á misea Josefa, batiendo con una cucharilla un caratillo de arroz que había preparado para la enferma.

—Podré entrar con usted? la pregunté.

—Sí: vente.

Entramos. La pobre niña acababa de pasar la fiebre; pero tenía, muy fuerte aún, el dolor de cabeza que se le había unido.

Tomando el caratillo, más de una vez se detuvo para despejar la garganta de los sollozos que la obstruían, ó para recojer en el pañuelo las lágrimas que pretendian mezclarse con la bebida.

Por último, no pudiendo contenerse más, alargó la tasa á misea Josefa y prorrumpió á llorar.

—¿Y eso qué es, hija mía? la preguntó la buena señora con voz cariñosa y conmovida.

Ella guardó silencio largo rato, porque le era imposible hablar.

—Ustedes son muy buenos, dijo al fin; pero yo les causo demasiadas molestias. ¡Ay, Dios mìo!.... ¿Por

qué no tienes piedad de tu desgraciada hija?

Perla tras perla rodaron por sus mejillas, haciendo recordar las gotas de rocío resbalando por los blanquísimos pétalos del jazmín del malabar, y sus hermosos ojos, nublados por el llanto, dirigieron sus miradas á lo alto, cual si esperasen leer en lo desconocido la promesa del impetrado consuelo.

Misea Josefa, después de acariciarla en la frente y moverla suavemente la barba con dos dedos, díjola en el tono que juzgó más adecuado para tranquilizarla:

—Esos lloriqueos no están bien. Quiero verte contenta. Serte útil no es molestia para ninguno de nosotros, sino motivo de verdadera complacencia.

—Ah! señora, dijo Panchita. Qué corazones tan nobles tienen ustedes!..... Pero yo estoy de más en este mundo, donde sólo sufro y hago sufrir. Mil veces he ofrecido á Dios mi vida, que es una carga insoportable para mí; no ha querido aceptarla, para que ahora venga á serlo también para ustedes.

—Escúchame: repuso misea Josefa. Hazte el cargo que eres mi hija, pues si en realidad lo fueras, no te querría más. Por este afecto y por lo que hago por tí, no puede haber mejor recompensa para esta pobre vieja que tu cariño. Quiéreme como á una madre y no me hagas sufrir más con tu llanto y tus escrúpulos.

Antes de que pudiera evitarlo la buena señora, Panchita se apoderó de sus manos y se la besó repetidas veces con ese frenesí del que teme ser privado del placer que saborea al fin, después de haberlo deseado con vivísima ansiedad.

Aquella mano fué bañada también con el rocío de la gratitud.

—Ah!..... yo no suponía, dijo, que hubiese séres

tan generosos en este mundo donde he sido tan maltrada. Yo creí que el egoísmo era dueño de todos los corazones; pero veo que en los de ustedes hay compasión y bondad para los que padecen. El mío les pagará con cariño y gratitud, y mi alma encargará en sus plegarias á mi difunta madre que pida á Dios la felicidad de ustedes.

Misea Josefa poco á poco fué alejando la conversación de aquel tema, tan perjudicial para la enferma, por lo mucho que la hacía sufrir, y sobre el cual no quise proferir palabra, porque cuando no se puede hablar libremente, vale más no intentarlo, y mi corazón temía hacerse traición.

La pobre Panchita nos confesó qne, á causa del llanto, su dolor de cabeza había aumentado. Misea Josefa la untó láudano en las sienes y ciñó á ellas un pañuelito blanco doblado en cuatro.

¡Cuán bella quedó! Yo no puedo decir qué gracia, qué encantos añadió á su rostro aquella especie de diadema blanca, emblema de su inocencia; lo cierto es que sufrí mucho al verla tan seductora... sin ser mía!...

¡La ambición de poseerla!..... Hé ahí la hija que aquel sufrimiento engendró en mi alma, y queriendo sufocarla, antes de que tomase creces, resolví alejarme de aquella belleza, cuya fascinadora influencia enardecía mis sentidos, y á la cual no servía aún de contrapeso la grandiosa veneración que bien pronto debía surgir en mí ante el poder fascinador de un alma no menos bella que el cuerpo en cuyo consorcio vivía.

Salí de la estancia; pero antes de traspasar el umbral de la puerta, dirigí una mirada á Panchita, mirada que se encontró con otra ternísima de sus hermosos ojos, los cuales se bajaron, como avergonzados por haber sido sorprendidos siguiendo mis pasos

El deseo de volver á entrar, de verla otra vez, de no alejarme de aquella encantadora niña, que tanto me interesaba, era el imperioso mandato que me dictaba el corazón.

¡Qué esfuerzo tan sobrehumano nos vemos obligados á hacer para desobedecer al tirano que llevamos dentro del pecho!

VIII

Entre todos los pensionistas de la casa de misea Josefa el Doctor Estrada me distingue invitándome á pasear de vez en cuando. Con ninguno de los otros le gusta hacerlo, y esta distinción es debidamente apreciada por mí.

Por este motivo, la noche de aquel día, en que me prometía visitar otra vez á Panchita, tuve que renunciar á tan acariciado proyecto y complacer al Doctor, si bien con la intención de regresar temprano.

Después de la comida nos dimos á vagar por las calles de la ciudad, hablando, ora de la enferma, ora de las calamidades de la patria y de las juveniles esperanzas, y muchas veces de la injusticia é ineptitud de los gobernantes.

De pronto, al pasar por una casa, en cuya sala y á través de la celosía había visto un joven, que conozco de vista, una señora como de veinte y ocho años y una niña de nueve, poco más ó menos, me detuve y pregunté á Estrada:

—¿Quién vive en esa casa?

—El señor X....

—Es casado?

—Con una mujer encantadora. Me parece que la ví sentada junto á la mesa redonda, jugando á las *damas* con un joven.

—Pues yo, como traía la acera, he visto más: he visto la mano del joven colocada sobre la rodilla de la señora.

—Cómo!.... exclamó mi amigo. ¿Has visto bien? Esa señora pasa por ser una de las más respetables de esta sociedad. A quien la conozca le es difícil, muy difícil creer lo que dices.

—Pues entonces no es ella; pues he visto bien, y no digo mentira. Continuemos.

—No; devolvámonos; quiero saber si es la misma señora á quien he hecho tantas respetuosas cortesías. Sígueme.

Retrocedimos y.... ¡que claramente vimos el adulterio de la señora X....!

La niñita había sido alejada, sin duda intencionalmente, para que no presenciara el lúbrico beso que la adúltera daba á quien tal vez pasaba por el mejor amigo de la casa.

Nosotros vimos á la culpable, medio tapándose con el abanico, inclinarse para que el joven imprimiese en su rostro, quizás por centésima vez, este sello terrible: *¡Adúltera!*

Por un momento parecióme que era yo el marido engañado y mi sangre hirvió.

¡Qué horrorosa escena!....

El martirio de Cimodocea; el suplicio de Galileo y el más horripilante de los bárbaros *autos de fe* con que la Inquisición manchó para siempre la historia de la Iglesia, no hubieran causado en mí impresión de más vivo

furor.

Las carnicerías de Boves; las iniquidades de Zoazola y los inhumanos festines de los antropófagos, no sublevan tanto el espíritu como una escena de adulterio.

Nada es comparable en crueldad á las puñaladas que dá una mujer al honor de quien la alimenta; de quien se afana por hacerla feliz, y de quien ha recibido sus juramentos de fidelidad ante la sociedad y al pié de los altares de su Dios.

Estrada y yo nos alejamos, silenciosos, del profanado hogar.

Ambos meditábamos.

Llegué á formar el propósito de poner un anónimo al cómplice de la adúltera, asegurándole que el esposo conocía ya el crimen y se preparaba para castigarlos merecidamente. Quería evitar de esta manera que continuase el criminal comercio.

Andando á la ventura, llegamos á la puerta del "Café Milanés."

—Mira, me dijo de pronto Estrada. Aquel que conversa con aquella meretriz, en la última mesita, es el señor X....

—¡Oh!.... exclamé retrocediendo. ¡Cuánto descaro en un padre de familia!.... ¡Qué tamaña impudencia!

—Has de saber, me dijo mi amigo, que lo que vimos hace poco, no es otra cosa sino el castigo que merece ese hombre. Jamás se le encuentra en su casa; disipa su fortuna dándose una vida de libertino; sostiene á dos ó tres queridas en casas lujosamente amuebladas, y cuando no está con ellas, está en los Cafés, ó entre los bastidores de los teatros. Su esposa sabe todo esto, y ya has visto cómo se desquita. En pago de su

buen comportamiento, le ha puesto una diadema de cuernos !.... ¿A cuál de los dos arrojas la primera piedra ?

—A quien la merece, respondí. Al marido que no cumple sus sagrados deberes, que ha sido el primero en faltar á la fe jurada y que tan villanamente ofende á la sociedad en que vive.

—Has contestado muy bien, porque el adulterio de aquella señora no es sino un efecto: la causa es la depravación de ese hombre. Este ha la herido la fibra más delicada de toda mujer: su amor propio. Y élla, despreciada y abandonada, no ha podido resignarse á cargar el pesado fardo de la humillación, sin protestar de la manera tan terrible como lo ha hecho. Que una mujer mantenga incólume el honor que le ha confiado el hombre que le destroza el corazón y pisotea su orgullo, me parece que es pretender casi un imposible. Cuando el esposo hace girones el alma de la esposa, lo factible es que la esposa haga girones la honra del esposo. Sin mayor violencia puede una niña pasar del hogar de sus padres á un convento. El velo de las religiosas no es más tupido que el de las vestales del templo social, y este velo no fué rasgado para contemplar la esplendorosa luna de miel, y ese jardín de delicias que se llama *imperio de Himeneo.* Pero, ¿puede la despojada del velo virginal resignarse á ver trocada su cámara nupcial en solitaria celda de convento? Nó; cuando recline la cabeza sobre la almohada, abandonada por el marido infiel, recibirá consejos de venganza, y visiones criminales, pero tentadoras, surjirán de esa almohada.

—Estás hablando brillantemente, amigo Estrada. Pocos minutos antes, la señora de X.... era en mi concepto el sér más odioso; ahora, más que esto, me parece desgraciada. ¿Y ese infortunado matrimonio tiene hijos ?

—Tiene tres. La primogénita es la niña que vimos al pasar la primera vez.

—Y ni aún los hijos, objeté, hacen reflexionar á este hombre !.... Verdaderamente, es imperdonable. Famoso ejemplo les está dando !.... Por supuesto, nada sorprendente sería que sus queridas lo arruinasen, y que á sus hijos llegase á faltarles el pan y los medios de educarse. ¿Para qué se casarán ciertos hombres? Si tienen mucho dinero y sólo gustan del libertinaje, ¿por qué no se irán á Turquía, para pasar la vida en un serrallo?

—Porque nuestra sociedad no es severa para con ellos, dijo Estrada, sino la principal alcahueta. Cualquiera, con casaca, puede arrojar sus salivas á la sociedad y pretender que le rían la *gracia.* ¿Quieres ser respetado? Usa *pumpá* ó solideo. La mano más ensangrentada y enlodada se estrecha siempre con agrado, si lleva guante, ó si luce un hermoso solitario.

Cuando la sociedad expulse de su seno á todos los vagabuudos; cuando establezca la sanción moral y sean merecidamente despreciados esos séres, asquerosas lepras sociales, habrá moralidad, y no estaremos metidos en el fango hasta la garganta. Pero, dime: ¿te ha causado gran asombro lo que hemos visto?

—No solamente asombro, sino indignación también.

—Bah !.... Ya veo que has mirado el mundo desde la luna. Dos ó tres escenas semejantes se representan á un mismo tiempo entre nosotros, y el intervalo mayor entre una tanda y otra no dura más de cinco minutos.

—¡Oh !.... qué exagerado ! exclamé.

—Exagerado? No parece sino que estás reciennacido. Si no me das la razón, he de creerte la personificación de Adán, el protagonista de *El Diablo Mundo.* Pensaré que has visto las casas, las iglesias, los teatros,

las alamedas, los bosques, los ríos, los cerros; es decir: las decoraciones; pero no la comedia social: muy ocurrente, por cierto!

—Hay en tus palabras, amigo Estrada, una naturalidad que desconcierta.

—Y cierto sabor de persuación. Verdad? Escucha: tú me crees un hombre de conciencia; lo sé; pero lo que no conoces, son los quilates de mi conciencia. Vas á apreciarlos, porque te voy á hacer una revelación, y te la haré, porque lo que otro juzgaría una solemne tontería, tú lo aplaudirás como un rasgo caballerezco. Así me lo hace pensar el concepto que me mereces.

—Mil gracias, amigo mío.

—Cierta ocasión fuí llamado por una señora, cuya virtud consideraba de buen temple, para que le dispensase mis servicios profesionales. Antes de explicarme sus padecimientos, la dió por imponerme detenidamente del culpable proceder de su marido. Que si era *esto*, que si era *aquello*; que la veía con la mayor indiferencia; que ella antes lo quería muchísimo, pero que ya sentía por él una repulsión invencible; que hacía tiempo que estaban completamente divorciados, aunque continuaban viviendo bajo el mismo techo. Hé ahì lo que, entre otras cosas, me dijo. Al fin logré que pusiera punto á tales revelaciones y hablase al médico; pues suponía que como á tal me había llamado. Seguramente no se tomó el cuidado de ensayar bien el ardid que había elegido, pues no supo decir lo que sentía, y cada explicación contradecía la anterior. Ya yo había sospechado el fingimiento de aquella señora, y al fin lo ví palpable. No le dolía nada; absolutamente nada. Su propósito fué advertirme que su marido le había sido infiel, que le odioba, que estaban divorciados y que ella alimentaba la intención de

vengarse. Lo demás correría por mi cuenta. Después de la consulta médica, que dió por resultado una receta que extendí por llenar la fórmula, y que ella rompería por innecesaria, impuso por tema de conversación el recientemente público adulterio de otra mujer. No habló de él con severidad, como era de esperarse: al contrario, estas palabras, que me pasmaron de asombro, salieron de sus labios: *¿Pero con esposos como el de Fulana y el mío, quién no vá á aceptar un amante?*

—Eso dijo, amigo Estrada?

—Son sus mismas palabras. Ella pensó que yo no había comprendido su plan, ó que por timidez no sacaba partido de sus revelaciones, y quiso cantar más claro aún. Debo advertirte que es bellísima y voluptuosa en alto grado, y ese día, como debes suponer, se había ataviado de modo que el poder de sus encantos fuese avasallante. Figúrate en el extremo de una larga sala, á esa hora en que el sol enardece más nuestra sangre, solo con una mujer elegante, de formas correctas y admirables, vestida con una bata blanca, cuyos calados dejaban entrever unos brazos redondos y provocativos, y cuyo primer botón se separó de su ojal para permitir galantemente que fuese contemplada una garganta que habla muy alto de otros mundos de belleza.

Imagínate un pié pequeño, calzado por un zapatito corte-bajo, asomando indiscretamente hasta dejar ver el redondo empeine, cubierto con seda encarnada y moviéndose ligeramente para hacerte cosquillas en el sistema nervioso. Y luego, piensa que esa mujer quiere ser tuya; que sus preciosos brazos pueden estrecharte; que puedes reclinar la cabeza sobre su seno tentador, y que te será fácil acariciar su garganta, ser el Colón de otros mundos, y juguetear con el travieso pié. Dime ahora

¿caerías de rodillas, rendido por la emoción, ó te lanzarías á la calle, aconsejado por la conciencia? ¿Serías capaz de imitar á José ante la mujer de Putifar ?

—Depende de las circunstancias que mediasen, querido Doctor.

—Bien: esa respuesta me convence más de que podrías hacer lo que hice yo. Un libertino la hubiera respetado sólo en el caso de ser su hermana. Para todo caballero, hay otras consideraciones tan poderosas como el lazo fraternal. Yo compadecí á aquella señora; pero no acepté el papel de cómplice de su venganza que me tenía reservado; porque es la depositaria del honor de un amigo que me distingue, con quien tengo serios deberes, y á quien aprecio de veras. Sé que en el concepto de esa señora no soy sino un fatuo; pero la opinión que me merece ella, no es, por cierto, preferible.

—En verdad, querido amigo, puedes vanagloriarte de esa acción. Admiro tu conciencia

—Que libró una verdadera batalla contra una legión de demonios. Cuando salí de aquella casa, me dije: *me he salvado*, como el náufrago que alcanza la orilla, después de luchar largamente con las olas. Ah!.... Si pudieras comprender cómo nadó mi alma en el mar de las pasiones!..... Muchos días me inquietó el recuerdo de aquella mujer tentadora, y hasta una idea, perteneciente á la lógica de los malvados, cruzó por mi mente: ¿Habré evitado, pensé, la deshonra de mi amigo? Su esposa elegirá otro cómplice y nada se habrá ganado. ¿Por qué no he hecho, pues, lo que otro hará? Pero entonces recordaba que había logrado la tranquilidad de mi conciencia é inmensa satisfacción por haber cumplido mi deber, y quedaban disipadas todas las ideas de arrepentimiento. Además, quien como yo piensa ca-

sarse pronto, no puede echarse á cuestas un delito, cuyo castigo puede emanar de la ley del talión. Sé que mi prometida no es de la madera de la señora en cuestión; pero la imaginación de los culpables suele delirar y la mía podría más tarde torturarme, concibiendo visiones horribles y escenas en mi hogar como las que quería la despechada esposa que representásemos en el de mi amigo. Este suceso me ha enseñado cómo debo conducirme con la que será mi esposa y cuál es la causa principal de los nó escasos delitos de adulterio. Nuestras querellas domésticas, si las hubiere, no durarán un día completo; y, puesto que no me agradan las flores marchitas, me abstendré de marchitar la que embalsamará con su perfume el resto de mi vida. Saca tú también partido de la revelación que te he hecho, querido amigo, y no olvides que, como á los niños, tenemos el deber de arrullar las pasiones que despertamos.

Las últimas palabras me las dijo Estrada detenidos ya ante la puerta de nuestra morada.

El se dirigió á su pieza y yo á la ventana de la de misea Josefa. Una vez que me convencí de que aún no se habían acostado, dando un golpecito en la madera, pregunté:

—Misea Josefa: ¿cómo sigue la enferma?

—Sigo mejor; muchas gracias, me contestó la misma Panchita.

Tuve la intención de dirigirle otras preguntas, por el deseo de oír su tierna voz que, sin estar viendo el movimiento de sus labios, me parecía descendida del cielo; pero pensé en las lecciones que debía aprender; la dí las "buenas noches" y me retiré á mi cuarto, á estudiar hasta que el sueño me rindiese.

IX

En la mañana del día siguiente, al regresar de la Universidad, donde había cumplido mi deber, encargué á misea Josefa que pidiera permiso á Panchita para visitarla.

—Está empeñada, me dijo, en que oigamos su historia y me exigió que cuando vinieras te hiciera la invitación á nombre de ella.

—Pues bien; vamos á complacerla, porque mientras no quede satisfecha estará intranquila, y esto puede hacerla peor efecto que la relación de sus sufrimientos.

De acuerdo ambos en esto, poco rato después prestábamos atención á Panchita, quien comenzó su historia diciendo:

—Soy la segunda y última hija de Cipriano Céspedes: la primera, de nombre Rosaura, está casada y actualmente ausente de Venezuela. Mi madre murió, dejándome de cinco años de edad. Ah!.... si ella viviera, no sería yo tan desgraciada!.....

Aquí hubo una pausa. Los bellos ojos de Panchita llenáronse de lágrimas y yo hice inútiles esfuerzos para rogarla que no continuase, pues me había enternecido mucho el vivo sufrimiento que revelaba en su semblante.

—Mi padre, prosiguió, á quien Dios perdone todo el mal que me ha hecho, tiene más afecto al dinero que á sus hijas. Le satisfacen más los halagos de la riqueza, que las sonrisas de los séres cuya felicidad debería de

ser su única ambición; su mayor placer es invertir un capital en un pomposo baile; no pierde una función de teatro; pasea á menudo en coche y en cada mes ha de comprar un nuevo flux. He resuelto decir á ustedes toda la verdad; no extrañen, pues, ninguna de mis palabras. Teniendo tal carácter y siendo pobre, mi padre resolvió casarnos con hombres ricos, aunque ésto fuera para nosotros un inaceptable sacrificio. ¿Verdad, señores, que son muy culpables los padres que hacen desgraciadas á su hijas por amor al dinero? ¡Qué horrible es considerarse una hija víctima de la ambición de su padre!.... El mío sacrificó á mi hermana Rosaura, obligándola á dar su mano de esposa á un hombre estúpido, ordinario, antipático é incapaz de todo noble sentimiento. Ella se resistió mucho y sufrió más. A cada paso recibía reprensiones y golpes que ni las esclavas deben recibir. Mientras no se resignó á acatar la injusta voluntad paternal, ni siquiera á la ventana pudo asomarse: la infeliz no hacía sino llorar, llamar á nuestra madre en su auxilio y suplicarla que intercediera por ella allá en el cielo; pero ¡ay!.... mi padre probó que cuando el demonio de la avaricia se apodera de un hombre, no hay poder alguno que lo ahuyente. Después de varios meses de constante sufrir, Rosaura se resolvió á concederle el placer, solicitado por tan brutales medios. "Presiento que en cualquiera de sus arrebatos puede usted matarme, le dijo. Deseo la muerte; mil veces la he pedido á Dios; pero quiero evitarle un filicidio, el implacable remordimiento que le llevaría á la tumba y la eterna condenación de su alma. Acepto, pues, el sacrificio que usted me impone y.... el Cielo le perdone." Tan conmovedoras palabras no tuvieron resonancia en la conciencia de mi padre; penetraron en su corazón; pero no como los

gemidos de la moribunda felicidad de su hija, sino como los víctores de su despiadada ambición. Un mes más tarde la pobre Rosaura había dejado de ser mártir para ser esclava!..... Siempre que nos veíamos después de su matrimonio, me decía al oído al abrazarme: *¡Qué desgraciada soy, hermana mía!*..... Y ambas sollozábamos sin añadir palabra. Al despedirse, otra vez me abrazaba, y entonces me repetía dos ó tres veces: *No te sacrifiques jamás.* Mi padre comprendió que había hecho desgraciada á Rosaura. Ella, siempre tan alegre y robusta, se había vuelto triste y enfermisa; pero mi padre no se arrepintió al verla así. Ay!..... si lo hubiera querido el Cielo. Yo no sé cómo debo juzgarlo: me parece muy culpable, pero no quiero medir su culpa en toda su extensión. En el corazón de la buena hija hay algo que sostiene la inviolabilidad del padre, aunque él haya sido el causante de su desgracia. Yo amo al mío, á pesar de lo mucho que me ha hecho sufrir. Dios le perdone! El ha sido siempre inclinado al lujo y los placeres; pero la amistad con varios personajes políticos, á quienes no les duele botar el dinero á manos llenas, porque es robado al pueblo, lo ha perjudicado mucho, convirtiéndolo en un derrochador desenfrenado, como lo son todos ellos.

En mala hora vino del Yuruary y resolvió establecerse en Caracas Don Cristóbal Saltrón, un vejete pequeño, flaco, bilioso, encorvado y necio, que se ahorca siempre con la corbata, que sólo se abotona el primero y último botón del chaleco, y que á menudo llama la atención hacia el enorme brillante que luce en la pechera de la camisa, salpicada casi siempre de amarillenta grasa. Sus visitas son tan largas como fastidiosas y su pausada conversación versa invariablemente sobre sus acciones de

minas, sobre sus hatos y sobre sus qué sé yo cuantas casas que posée. Mi padre lo recibe en el primer corredor de la casa, en prueba de que es considerado como amigo de confianza, y después de su despedida, yo llamaba á la sirviente para que barriera los pozos de saliva que de ambos lados de la silla dejaba el asqueroso viejo, consecuente mascador de tabaco.

—¡Y pensar que con semejante hombre quiere casarme mi padre!.....

La infeliz Panchita llevóse las manos á la cara y comenzó á sollozar. Misea Josefa aplicaba á sus ojos las puntas de un pañuelo de madrás que llevaba á guisa de manteleta, y yo, que no puedo ver una lágrima, ni oír un sollozo sin conmoverme, no era dueño de mí.

Siempre que he asistido á un entierro, me he abstenido de penetrar en la casa mortuoria, ó he tenido el cuidado de salirme al llegar el sacerdote; pues de lo contrario, me expondría á ser el blanco de las burlas de los indiferentes, á quienes esta confesión parecerá una puerilidad imperdonable.

Siendo aquellas lágrimas y sollozos de Panchita, ¿cómo no llorar también?

Sí, lloré mucho; y entonces comprendí cuán profundamente pueden conmover las lágrimas de una niña á quien piensa que no debe haber música más deliciosa que el chisporroteo de la incineración de un tirano ó el chocar de su cráneo con el empedrado de las calles.

Yo estaba sentado muy cerca de ella y dominado por mi emoción, me incliné hacia adelante y separé las manos de su rostro. Al ver que yo también lloraba (¡quién sabe lo que pasó por ella!) sin darse cuenta de lo que hacía, libertó una de sus manos y la pasó por mi frente.

Entonces, volviendo en sí y toda azorada, exclamó:

—¡ Dios mío !.... qué he hecho?....

Cubrióse el rostro nuevamente y agregó:

—Perdone usted.

El roce de aquella delicada mano despertó en mi mente el recuerdo de mi ensueño, y perplejo me pregunté si otra vez soñaría.

En aquel momento de confusión para Panchita y de sublimidad y eterna recordación para mí, el amor sentó sus reales en mi corazón.

Mi espìritu salió de la penumbra y se hallaba en arrobamiento, como el soldado de la leyenda de Damasco, inundado por una refulgente claridad.

Fué entonces cuando por primera vez me dije: *amo!* y cuando comprendí que no hay nada más grandioso.

La belleza incomparable de Panchita desde un principio me había profundamente impresionado, y después, cuando valoré los quilates de su alma, cuando me sorprendió con el cariño y respeto que aún profesaba á su padre, mejor dicho: á su verdugo, sentí esa veneración, esa seducción que al alma imponen las nobles y generosas almas.

La conjunción de esos dos sentimientos se había efectuado en mí.

A un tiempo mismo la suave mano de Panchita había acariciado mi frente y el ángel de la dicha, con la punta de sus alas, tocó mi corazón para decirle:—Despierta !

Así como quien ha estado mucho tiempo rodeado por las espesas tinieblas de un antro no podrá explicar la impresión que le causó la primera luz del sol meridiano, mi corazón tampoco puede describir su primera sensación en la vida del amor.

Panchita quería continuar su historia; misea Josefa y yo nos oponíamos, advirtiéndola que habría sobrado lugar para concluirla y que no se debía desobedecer al médico por más tiempo.

Ella alegaba que se sentía bien; que temía que la volviese la fiebre y que deseaba que cuanto antes conociéramos todo su infortunio.

Se hubiera salido con las suyas si en ese momento no toca á la puerta el Doctor Estrada, preguntando:

—Se puede?

—Adelante! respondió misea Josefa.

Entró el Doctor, con su perenne sonrisita y su andar algo atolondrado, que revelan su característica jovialidad.

—Hola! Por aquí como que no me necesitan ya. Aunque mucho me place la visita, me alegraría que estuviese demás, pues en el imperio de la buena salud, los médicos están como los turcos en Venezuela.

—Pero el generoso amigo, dijo Panchita, será siempre bienvenido; y cuando se le profesa aprecio y gratitud, no solamente se desean sus visitas, sino que se suplican también.

—Debo advertirla, señorita, dijo sonriendo Estrada, que la gratitud está de sobra en las personas que, como usted, tienen un acento tan melodioso.

—Exquisitas galanterías malgasta usted, señor Doctor.

—Qué!.... Ingenuamente: siempre que al entrar á esta pieza me dice usted: "buen día;" "buenas tardes," ó "buenas noches, Doctor," me digo: ya me pagó anticipadamente la visita, y al salir, me considero deudor de usted por el placer que me haya causado con todo lo demás que agregara.

—Pues me veré obligada á no hablarle nunca, contestó Panchita, para poder tener el derecho de profesarle gratitud.

—Le participo, señorita, que yo no he estudiado para curar estatuas, por bellas que sean.

Una sonrisa en un semblante hermoso y triste, es algo así como un lucero entre los pálidos arreboles del ocaso.

Las últimas palabras de Estrada merecieron una sonrisa de Panchita, la primera que me dió una exacta idea de la sublimidad.

El Doctor tomó el pulso á la enferma: la encontró mejor y la prescribió buena alimentación y distracción.

Dejamos á misea Josefa rogando á Panchita que no desairase las finezas que la había preparado; elogiando el caldo de gallina, ponderando el muslo asado y asegurándola que el arroz provocaba comerlo.

La tierna solicitud de mi buena patrona trasformó el afecto que yo la profesaba. La aureola maternal divinizaba su cabeza.

Mi madre, de quien digo con Acuña:

....la que vive todavía,
Puesto que vivo yó,

estaba representada por aquella buena señora. Ella también hubiera querido mucho á la bella criatura que saliéndome al encuentro en el fragoso camino de la vida, me prometía, como Beatriz al Dante, guiarme al imperio de la dicha.

Ah sí; si la inflexible ley de morir no la hubiese herido, la habría dado el nombre de *hija*, depositando en su pura frente besos tan amorosos como los que me daba.

Tanto Panchita como yo, buscábamos inútilmente el regazo maternal para apoyar la cabeza, cuando se ren-

día al yugo de abrumante dolor.

Doce años hacía que ella lloraba las lágrimas de la horfandad y yo..... diez y seis!

Ambos recordamos á nuestras madres queridas, cuando vimos la cariñosa acuciosidad de misea Josefa.

Por eso Panchita aplicaba un pañuelito á sus ojos y yo salí conmovido de la estancia.

X

Un cuarto de hora después nos sentamos á la mesa. Todos almorzaron con apetito de estudiante, menos yo. El Doctor Estrada, mientras llegaban los demás comensales, me dijo que algunos síntomas que había notado en la enferma lo tenían muy preocupado, y que temía ciertas complicaciones, que me explicó, pero que yo apenas oí, pues quedé como anonadado desde que pronunció sus primeras palabras.

Ya misea Josefa me había abierto la herida al comunicarme la sospecha de Estrada, y éste ahora la profundizaba más.

Morir Panchita! Morir cuando la amaba tanto!.... Ah!.... pensando en esto, las manos y el corazón se me helaban, mientras que á mi cabeza agolpábase toda la sangre.

Recordaba á su padre, y en mis labios espiraba una maldición.

Había oído decir á ella que para su alma, su padre era inviolable. También debía serlo para mí.

Al levantarme de la mesa me pregunté: ¿Para qué ir á la Universidad?

Con tan inmensa pena en el pecho y una viva inquietud en el cerebro, me era imposible aprender una lección y me expondría á sufrir la vergüenza y amonestaciones del día anterior.

Me fuí á mi cuarto; me encerré en él y tendíme en la cama para dejar al corazón gemir libremente, y al pensamiento volar impetuoso hasta golpear la puerta de lo desconocido, intentando apoderarse de la clave de mi porvenir.

Pensé mucho; mas, ¿qué fué lo que pensé?

Un laberinto, del cual me sacaron tres golpecitos dados á la puerta.

—Qué se ofrece? pregunté enojado.

—No duermas más y ven á atender á Panchita, que me ha encargado que te llame, dijo misea Josefa, aplicando los labios á la boca-llave.

Salté de la cama; me acerqué al espejo, arreglé mi traje y me pasé un peine con no acostumbrado esmero, porque ya sentía la presunción de todo enamorado.

—Aquí me tiene usted, Panchita, la dije tan alegre como si el Doctor no me hubiese comunicado su terrible sospecha.

Mi alegría por ser llamado por ella, me hacía olvidarlo todo.

Además; en el corto trayecto de mi cuarto á donde ella estaba, había cruzado con rapidez una idea por mi mente.

—Será que no puede estar sin verme? pensé. ¡Oh vanidad, compañera del amor!.....

Después de hacernos tomar asiento, nos dijo Panchita:

—Suplico á ustedes que oigan lo restante de mi historia.

—Ahora sí que no estamos dispuestos á complacer-

la, señorita; con que así, elija otro tema y charlemos cuanto guste, la contesté.

—Y Estrada, agregó misea Josefa, lo primero que ha encargado es que tratemos de distraerte. ¿Cómo vá á ser posible que te complazcas recordando tus sufrimientos ?

—Créanme ustedes, dijo la joven con voz suplicante: me darán un gran placer si me permiten concluirla. No estaré tranquila hasta que ustedes no puedan juzgarme tal cual soy. Por otra parte, ¿de qué mejor modo podría probarles la gratitud y estimación que les profeso, sino refiriéndoles mis pesares y confiándoles un gran secreto? Permítanme, por Dios, que así lo haga.

En vano nos esforzamos por lograr siquiera que esperase el día siguiente; tuvimos que ceder.

—Ya les he dicho, continuó Panchita, que con Don Cristóbal Saltrón quiere casarme mi padre. Cuando me comunicó su propósito, me arrojé en sus brazos llorando.

—Qué! me dijo. ¿Serás tan necia que deseches semejante partido? ¿Quieres que cerremos la puerta á tan inmensa fortuna? Atrás las preocupaciones infantiles y prepárate á ser millonaria. La vida sin dinero es insoportable, y yo, lo sabes bien, soy pobre y me intereso mucho por tu porvenir, que si no tiene el brillo del oro, será una noche á través de la cual caminarás á tientas y cayendo á cada paso.

—Pero, padre, exclamé. Casarme con Don Cristóbal!.....

—Sí: con Don Cristóbal; con el millonario Don Cristóbal; y no tolero objeciones, dijo con furia desprendiéndose de mis brazos.

—Pero.... si es muy viejo; si puede ser mi abuelo, y es muy despreciable, padre mío!

Ah !.... yo no quiero recordar las terribles imprecaciones que llovieron sobre mí. Me postré á sus piés; estreché sus rodillas y agoté las súplicas. Nada conseguía. ¿Cómo iba á conmover á quien no habían conmovido las lágrimas y los sufrimientos de Rosaura? Desde ese día comenzó para mí el más tremendo de los martirios. Ay !.... el Cielo no debería ser sordo para los que con tantas ansias le piden la muerte !.... No pude comer nada en todo el día, y ya en la noche tenía tan fuerte dolor de cabeza, que me parecía que estallarían mis sienes. Por tentación, ó de acuerdo con mi padre, el maldito viejo fué á visitarnos. Aquél entró á mi pieza, donde me había retirado y sin piedad alguna me obligó á salir. Al verme Don Cristóbal, se levantó para darme la mano; yo le hice una ligera cortesía. Al principio me dirigió una serie de preguntas que yo, ó no contestaba, ó lo hacía con monosílabos. Después se ocupó de su tema favorito: sus cupones, sus hatos y sus casas. Es lo único que ha hecho de mi agrado. No quedé en paz cuando tan impertinente visita se fué; pues mi padre me insultó de malcriada y de que sé yo cuantas cosas más. No referiré punto por punto todas mis penalidades. Ustedes se habrán formado una idea del carácter de mi padre y se imaginarán fácilmente los tormentos á que me sometió, cuando sepan que yo no cedí un palmo, pues siempre resonaban en mi oído aquellas amargas frases de Rosaura: *Qué desgraciada soy! No te sacrifiques jamás!* Lo mismo que hizo con mi hermana, lo puso en práctica conmigo. Creyó que amaba á otro y me prohibió salir á la calle y asomarme á la ventana. Siempre que llegaba el odioso viejo, me resistía á recibirlo; pero con mi resistencia sólo ganaba golpes y empujones. Qué padre! amigos míos. Cuando lo recuerdo en su actitud furiosa;

brotando chispas por los ojos, amoratado el rostro, henchidas las venas de la frente, pálidos los labios y con el puño alzado para descargarlo sobre mí, se me hiela la sangre y un estremecimiento nervioso se apodera de mi cuerpo. Dios mío! Perdónalo!.... Varias veces estuve, como mi hermana, á punto de ceder; pero recordaba sus frases y también que Don Cristóbal es más viejo y despreciable que el esposo de ella, y entonces juraba esperar la muerte que debía venir en pos de tanto padecer. Como supo que Rosaura estaba enferma, me permitió ir á verla cierta mañana de un día terrible. Su marido está en La Habana desde hace algunos meses arreglando asuntos mercantiles. Me encaminé directamente á su alcoba y.... (con la revelación de este horrible secreto quiero probar á ustedes la estimación que les profeso.)

—No; no, Panchita, la interrumpí. No necesitamos pruebas para creer en su generoso sentimiento. Evítese usted el pesar que le causará una confidencia innecesaria y dolorosa.

—Es muy grande, en verdad, objetó ella, la pena que me causa el fijar mi recuerdo en la horrorosa página que voy á mostrarles; pero la complacencia de un corazón que ofrece tan importante testimonio de amistad, es aún mucho mayor. Permítanme que continúe.

Sin darnos tiempo para replicarle nuevamente, prosiguió:

—Cuando penetré en la alcoba, ví á Rosaura tendida sobre su cama. En el acto comprendí que no dormía, por la lividez de su rostro, por sus ojos entreabiertos y sin brillo y por su posición incómoda y forzada. Me abalancé hacia ella; la toqué: estaba fría; sacudíla con fuerza; quise gritar, pero la voz espiró en mi garganta. Tampoco podía dar un paso, é intenté hacerla volver con

mis repetidos besos. Estará muerta? me pregunté. Para salir de tan tremenda ansiedad, apliqué el oído á su pecho y los latidos de su corazón me dieron un gran consuelo. En la mano derecha Rosaura tenía una carta muy arrugada. No sé qué demonio me tentó á leer tal papel. Estaba fuera de mí; no me daba cuenta de nada y la voz de la desesperación me decía que allí estaba la clave de la situación de mi hermana. Lo leí varias veces, y estas fueron suficientes para que en mi memoria quedasen grabados con fidelidad todos sus caracteres. La carta decía así:

"*Honorable* señora: (La palabra *honorable* estaba
" subrayada) He tenido la honra y complacencia de re-
" cibir su *fina* felicitación por mi próximo enlace con una
" señorita que no me jugará, por más que usted tan viva-
" mente lo desee, la partida que entre los dos hemos ju-
" gado á su desgraciado esposo.

" Confieso de buen grado que tiene usted mucho ta-
" lento para dirigir felicitaciones cáusticas, *honorable* se-
" ñora; pero quiero probarle que yo no tengo menos pa-
" ra componer *Rimas* candentes.

" Vea la muestra que le envío, escojida entre muchas
" inspiradas por días que, sin duda alguna, no recordará
" usted con tanta complacencia como yo:

Tú te pones los lentes del cinismo
Cuando á mirarme vas;
Yo de la desvergüenza la careta
Para mirar tu faz.

Es por eso que en público nos vemos
Impávidos los dos.
¿Dónde hallaremos máscaras y lentes
Cuando nos llame Dios?

—

Cuando me juras eternal amor,
No extrañes que me ría.
A tu esposo también, ante el altar,
Se lo juraste un día.

—

—"*Mi corazón, primero que olvidarte,*
Se romperá en pedazos."
Me repites lo dicho á tu marido,
¡¡Y te hallas en mis brazos!!....

—

De la pasión el infernal incendio
Tu conciencia inflamó:
Por acercarme á tí, también el fuego
La mía devoró.

—

"¿Qué tal, *honorable* señora? ¿Le parecen bien ins-
" piradas esas *Rimas?* Lo fueron, como ya la he dicho,
" por *aquellos días*..... Aprovecho la ocasión para de-
" clararle que reconozco que debo á usted algunos servi-
" cillos; pero.... confíe en que oportunamente sabré
" pagárselos, escribiéndola una necrologia, en la cual pien-
" so llamarla "*matrona honorabilísima,*" "*virtud tres seis,*"
" *modelo de esposas,*" "*fidelidad de veinte y un quilates,*"
" *Gibraltrar del deber conyugal,*" etc. etc.

B. S. P. su ex-suyo.—*Jacinto.*"

Esta carta era para mi hermana y la firma pertenece á un libertino que ha dado mucho qué hacer á la policía. Burlarse de las crédulas mujeres, jugar y beber, es todo su oficio. Sinembargo, en todos los salonos es bien recibido, porque á menudo se le mira pasear en coche, porque tiene fama de rico y por no sé qué raíces de su árbol genealógico. Leí aquella carta muchas veces. Al terminar, contemplé á Rosaura y no me atreví á dar crédito

aún á lo que tan claramente veía. ¡ Mi hermana adúltera, Dios mío! exclamé por último, y me dejé caer en una butaca anonadada por el dolor. Rosaura comenzó á volver de su desmayo. Abrió los ojos, extraviados, como los de un demente: se fijó en mí, y recobrando entonces el uso de razón, buscó, toda azorada, la malhadada carta. Yo se la alargué llorando; lo comprendió todo y se arrojó en mis brazos exclamando:

—Perdóname! Perdóname, hermana mía! Nuestro despótico padre es el primer culpable!....

¡ Qué verdad tan grande había dicho!.... Rosaura no ama; por el contrario, detesta mucho á su comprador, que no otra cosa es quien la llama *su esposa.* Sintió necesidad de amar y ser amada; buscaba las delicias con que ha soñado su alma impresionable y se dejó guiar por un seductor, que la ha arrojado en el abismo del adulterio, para luego, después de verla encenagada, burlarse de ella é insultarla despiadadamente. El segundo culpable es su marido. El sabía que Rosaura no lo quería, ni podía quererlo jamás. ¿ Por qué confió su honor á quien no le importaba nada de lo suyo? Después de éstas y otras reflexiones por el estilo, Rosaura me pareció menos delincuente que desdichada. Puede decirse que la han obligado á cometer tan abominable delito. Me refirió los pormenores de su criminal amor y yo hice lo posible por consolarla.

—Tú no sabes, hermana mía, me dijo, el horrible suplicio que es verse úna casada con un hombre detestable, sobre todo, cuando no trata de captarse siquiera nuestra consideración, sino que, por el contrario, nos juzga un mueble ó una esclava que solo le ha costado su dinero. Al primero que nos trate entonces con delicadeza, le profesamos gratitud; notamos el contraste en-

tre sus exquisitas atenciones y la brutal conducta de nuestro marido; ponemos en parangón su simpática figura y la aborrecible de quien nos trata como dueño y señor, y..... un ángel debe ser la que no sucumba! Ningún hombre debe conformarse con la mano de una mujer, si á la vez no le entrega su corazón, porque el día menos pensado un seductor se apoderará de éste, y conducidas por el corazón, con mucha facilidad se nos arrastra hasta el abismo del crimen. Perdone Dios á los que me cegaron para hacerme caminar por entre las tinieblas del infortunio, hasta tropezar con la desesperación y caer en el lodo!....

Bañada en llanto pronunció Rosaura estas palabras. Abrazadas y gimiendo permanecimos largo rato sin hablarnos, hasta que resolví retirarme á mi casa, porque se me había advertido que debía regresar pronto. Rosaura me exigió, y así se lo prometí, no decir nada de lo que sabía, ni á nuestro padre, ni á su esposo. La aconsejé que pusiera un calograma á éste pidiéndole permiso para irse á su lado, pretextando trastornos de salud y la opinión de los médicos de que debía pasar el mar. Pocos días después se embarcó para La Habana. Cuando regresé á mi casa me dije:—Jamás me casaré con Don Cristóbal. Esta frase la pronuncié con mayor energía. La desgracia de Rosaura era el espejo en que veía mi porvenir, si acatase la voluntad de mi padre, y su delito un fantasma amenazador que me hacía estremecer. Mi padre redobló sus hostilidades al apercibirse de que algo sostenía mi firmeza. Mis padecimientos se hacían cada día más horribles, pero no por eso flaqueaba mi resolución.

—Ya que quieres ser pobre, trabajarás como pobre, me dijo cierto día.

Despidió todos los sirvientes, menos un muchachito

que hacía los mandados, y me obligó á barrer, á cocinar, á fregar, á hacer, en fin, lo que hacían dos sirvientes. Cuántos gajos de mi pelo han quedado en sus manos! Cuántas veces me ha tirado los zapatos, porque no he tenido tiempo para limpiarlos, y cuántas he caído, y al levantarme he esputado sangre!..... Cualquier cosa era un pretexto para atropellarme, como talvez no lo hubiera hecho con una esclava.

¡Ese es mi padre!..... ¿Habrá desgracia mayor que la de ver que no tiene compasión de nosotros quien nos dió el sér?.....

Panchita se había fatigado demasiado con la relación de tantas desventuras. Sus últimas palabras fueron acompañadas por sollozos; la rogamos que suspendiese su historia, á lo cual accedió, después de recibir nuestra promesa de oirla pronto lo restante, y misea Josefa salió á buscarla la comida.

Quedamos solos. Tomé la mano que en la mañana acarició mi frente, y la besé respetuosamente, pero con toda el alma.

—Esto es en señal de reconocimiento, la dije.

Panchita clavó en mí sus hermosas pupilas como queriendo descifrar en mi semblante la sensación que me animaba, ó para dejar que á través de su mirada contemplase la huella que aquel beso había dejado en su alma.

Dulzura y no severidad; destellos de alegría y no sombras de disgusto, había en sus ojos, luceros generosos que me invitaban á orientar la nave de mi vida, impulsada por el soplo de una misteriosa aspiración; pero desprovista del ancla de la esperanza y de la alentadora brújula de la fé.

Misea Josefa regresó á la habitación, prodigando elogios á las viandas que traía, con el fin de despertar el apetito de la enferma, y yo me alejé.

XI

Después de la comida quise volver al lado de Panchita; pero, comprendiendo que le era menester el reposo y que indudablemente se empeñaría en proseguir su triste historia, hice un violento esfuerzo y salí de aquella casa, que empezaba ya á considerar como templo de mi alma.

Anduve maquinalmente largo rato, ocupado sólo de mis pensamientos que parecían los hilos de una madeja enredada y me detuve al pié de la escalinata del Calvario.

Ya el sol se había ocultado tras la hermosa colina; pero quedaba aún la huella de su magestuoso paseo por nuestro cielo.

La odalisca del Avila comenzaba á engalanarse con multitud de luces, que semejaban brillantes pedrerías, para recibir la noche, trasunto ó asociada del crimen, á la cual se le rinde homenaje, como también se le rinde á aquel.

Lentamente subí la escalinata, cual si esperase que sobreviniera algo que me hiciese aproximar otra vez á Panchita.

Al llegar á su término, lo primero que hice fué buscar con la mirada el techo de aquella casa que ausente de ella, era para mi pensamiento lo que el polo boreal para la aguja imantada.

En aquella altura, recostado de un árbol, con la cabeza descubierta para que fuese refrescada por la agra-

dable brisa y con la vista fija en el techo con tanto afán buscado, pensé otra vez:—Si Panchita me amara!.... Si nuestras almas se fundieran en una!.... Si tanta dicha me estuviese reservada!.....

Y con desenvoltura hasta entonces no acostumbrada forjó mi mente ilusiones bellísimas y sin cuento; imaginó apasionadas escenas y coloquios sublimes y éxtasis indescriptibles y deliquios de amor y juramentos é impresiones y delicias que me sumieron en una alucinación profunda, haciéndome creer el más feliz de los mortales.

Ay!..... si esa alucinación hubiera sido eterna!.. Pero un prolongado suspiro, acompañado de un sacudimiento nervioso, se escapó de mi pecho, poniendo fin á tanta dicha.

Estuve contemplando el amado techo hasta que fué completamente envuelto por las espesas sombras de la noche. Proseguí mi ascención, atravesando por entre los jardines, tan mimados antes, tan descuidados hoy, y me detuve frente á frente de la mole que sirvió de pedestal á la estatua de Guzmán Blanco.

Acudió á mi mente el recuerdo de aquellos grandiosos días en que el noble pueblo de Caracas, desasiéndose de su enervamiento gritó:—*¡No más tiranía! ¡No más servilismo!* Grito que resonó en el confin de la República, despertando á todos los ciudadanos que durante veinte años durmieron el sueño de la inercia; pero que, sintiendo al fin hervir en sus venas la sangre de nuestros libertadores, juraron no ser más esclavos, sino de la ley, ni idólatras, sino de la libertad.

Me pareció ver otra vez rodar por las calles de la egregia ciudad las efigies del autócrata, hechas pedazos, que se han debido conservar para fundir su bronce y darlo á beber á los mandatarios que en el porvenir sien-

tan sed de la sangre del pueblo.

Caracas! Tú también has derribado tu Bastilla. Tú has penetrado también audazmente en la cripta donde se hallaba enterrado el derecho de la ciudadanía venezolana, lo hiciste levantar, y sepultaste luego, para siempre, la satánica grandeza de la pasada autocracia.

Jura: jura siempre que veas asomar en el Oriente el sol que admiró tu altivez el 26 de octubre y el 20 de mayo, que no permitirás jamás que el despotismo aplaste bajo su trono tu valeroso corazón.

Recuerda, ciudad ilustre, que los puñales que se hunden en el pecho de los tiranos son los de la libertad, y los relámpagos de los puñales de la libertad son destellos sublimes de la gloria de los pueblos.

Bruto y Casio son unos redentores: son los hijos más amados de la antigua Roma.

Todo corazón que lata por la libertad y que á la libertad venere, bendice sus manes, que deben ser los manes tutelares de los pueblos libres.

Los que maldicen sus nombres, los que tienen horror á la sangre que gotea de sus puñales y que cae sobre la frente de los pueblos como óleo santo de la libertad; los que no se prosternan ante la memoria de esos magníficos romanos, no profesan la sublime religión del derecho humano, única que no deprime la conciencia, ni atrofia el corazón.

Religiones hay que nos dicen que *toda autoridad es emanada de Dios;* pero aunque también lo sea la autoridad de los tiranos, en sus propios pechos debe cavársele una sepultura con los puñales que divinizaron Harmodio y Bruto.

Predicar el tiranicidio es predicar la justicia, y entre nosotros es una necesidad; porque entre nosotros el ma-

tador de un tirano, el libertador de un pueblo con un solo golpe, no encontraría protectores, ni refugio alguno, ni alabanzas; sino delatores, sacrificadores y, lo que es peor aún, imprecaciones ó desprecio de los mismos á quienes libertó del férreo yugo del despotismo.

Aquí todos se creen honrados por estrechar la mano de un déspota; pero sentirían asco para estrechar la que derramase la sangre de algún déspota.

No debe ser asì; pues la sangre de los inocentes es la que tiene un hedor insoportable en las manos de los asesinos, mientras que la sangre de los tiranos tiene un olor delicioso en las manos de los sacrificadores ante el ara de la Diosa Libertad.

Unas cuantas gotas de la sangre de un déspota economizan arroyos de la del pueblo.

Si Chile, entre tantos valerosísimos hijos hubiese tenido un Marco Bruto, no se hubieran sembrado de cadáveres sus campiñas y sus montes, ni el agua de sus mares se hubiese enrojecido.

El tiranicidio es una virtud de que deben ser sacerdotisas todas las conciencias: es un deber que todo pueblo debe consignar en su Decálogo.

Cuando no se les puede enjaular, se mata á los dementes y á las fieras, y los tiranos son, ó locos como Calígula, ó tigres como Rosas.

Matar, antes que nos maten: hé ahí un consejo de la prudencia.

La mano sacrílega que ose desgarrar las sagradas Instituciones de los pueblos, debe ser cortada, y herido todo pecho que sea caverna del odio al derecho humano.

Los usurpadores, que hieden á carniceros, deben ser olfateados, para abrirles las entrañas antes que, como Nerón, se recreen en la contemplación satánica de las des-

garradas entrañas de la Patria.

Para los buitres del despotismo no debe haber compasión, sino afilados aceros.

Qué salte hecho fragmentos todo cráneo que aspire á ceñir la corona del cesarismo! Que muerda el polvo la boca de los gobernantes perjuros!.....

***

En presencia de lo que fué pedestal de una de las estatuas de Guzmán Blanco, salieron de mis labios estos versos, que copio por tener para mí el *mérito* de ser los únicos que con facilidad he improvisado.

Eso que allí se mira es una tumba
De la increible vanidad de un hombre ;
Y ella afirma que todo se derrumba
Si de un pueblo valiente mancha el nombre.

Después me senté en un banco colocado al pié de una frondosa cepa de bambú; recliné la cabeza en su espaldar y á los recuerdos del pasado de la patria sucediéronse las apreciaciones del presente y luego las congeturas sobre el porvenir que la espera.

Estas, en verdad, no fueron muy halagadoras.

Con la mente pasé revista á la conducta de varios jóvenes, preciosas esperanzas de otros días, y un presentimiento tristísimo torturó mi espíritu.

¿En dónde está tu vigor, ¡oh juventud? exclamé.

Muchas frentes que rompieron la coyunda del despotismo se han rendido al yugo del vicio.

Muchos corazones de los libres de ayer han perdido ya la pista de la gloria y corren ¡insensatos! en pos de vanos placeres.

Almas que fueron sacerdotisas de la libertad y que entonaban la marsellesa sublime del derecho, se han dormido, arrulladas por el chocar de las copas de la orgía.

Todos exclamamos con profunda amargura:—Ved á ese: su pluma era antes el cortante escalpelo que descubría toda la podredumbre del Cuerpo Ejecutivo; ahora es la lengua vil que lame los pies del poderoso.—Mirad á aquél. Su boca era el clarín que llamaba á los ciudadanos á batallar bizarramente en las incruentas luchas del civismo en defensa de sus amenazados ó conculcados derechos: hoy es un insensario que despide el humo de la lisonja para adormecer al mandatario que por un plato de lentejas le ha comprado su independencia.

Recordaba también que varias veces, cuando he hablado de dignidad, me han señalado con zumbante ironía á uno que fué, por su fogosidad y altivez, tipo de la juventud independiente; pero que más tarde ha llevado su inaudita desvergüenza hasta el punto de jactarse públicamente por la *habilidad*, según él, con que ha logrado unos miles de bolívares, en cambio de su conciencia y de su honor.

Sinembargo; cruzaban por mi memoria los nombres de unos cuantos jóvenes que se han conservado dignos y pátriotas, y ésto disminuía la tristeza de mi alma.

Me parecía verlos con la cerviz erguida, desafiando los atentados del Poder; con la sonrisa desdeñosa en los labios, como respuesta única á las promesas de los mercaderes políticos, y lanzando una mirada aterradora que pudiera traducirse con las misteriosas palabras que turbaron los orgiásticos placeres de Baltazar.

—"Esos jóvenes salvarán la República", me decía la voz, talvez engañadora, de mi deseo.

Ah!..... Si los extraviados volviesen á la senda donde cosecharon tantos aplausos, donde conquistaron el aprecio general y fueron confirmados *esperanzas de la Patria*!

Si rompieran las ligaduras del vicio, como rompieron las cadenas del despotismo!.....

Si se libraran de las garras del peculado, para volver al regazo de la dignidad!.....

Aliento de la libertad! Arranca de sus cabezas la corona de pámpanos de los bacantes, ó la gorra con cascabeles de los juglares palaciegos, y despierta en ellas las dormidas ideas de patriotismo y honra.

Infunde en los corazones de esos jóvenes que hicieron concebir tantas esperanzas, ya burladas, eterno odio á los cínicos vagabundos de la Casa Amarilla que se han propuesto corromper la nación entera y volver escombros la moral pública, para poderse entregar á la satisfacción de sus vicios con el desenfreno de los habitantes de Pompeya y Herculano.

Sí; odio implacable para esos gobernantes—vómitos de las tabernas—que desprecian á los altivos y ejemplares ciudadanos y halagan y protegen con los caudales del pueblo á los que viven ó quieren vivir en brazos de la crápula.

Veía tan oscuro el porvenir de mi desgraciada patria, que no quise pensar tan continuadamente en él por temor de caer en el paroxismo de la tristeza.

Puse atento el oído á las cadenciosas notas que arrancaba la brisa á las delgadas hojas del bambú, y poco á poco me fuí librando de aquellos pensamientos.

El vacío se hizo en mi mente. Mi imaginación quedó envuelta entre tinieblas.

Semejante á los destellos precursores de la aurora, una claridad despuntó en el horizonte de mi espíritu. Era la aureola que circunda la divina imagen de Panchita.

No es más bella la sonrisa de la rubia hija del sol que la que plegaba los coralinos labios de la encantadora visión.

Ella venía á borrar de mi frente las huellas del pesar y á ofrecer á mi corazón el cáliz del consuelo.

—Benditas seas! exclamé, y la contemplé extasiado y feliz.

Ya no me quedaba la menor duda de que yo amaba con delirio, y para el que ama así, tiene su espíritu días y noches, como la vida universal. A la tristeza sucede la alegría, y ésta, solo momentáneamente le cede el puesto á aquella.

El amor es un beso que la dicha nos dá en el corazón, ó el sello con que la desgracia marca sus futuras víctimas.

Mientras el amor pueda cultivar ilusiones, preciosas flores del alma, el mundo nos parece un paraíso. Todo es alegría á nuestro redor, solo perfumes aspiramos, y nos parece que es para celebrar nuestra dicha que los inquietos pajarillos modulan sus incensantes gorgeos.

Pero ¡ay!....si falta el rocío de la esperanza, donde lucieron flores, brotan zarzas y abrojos, entre los cuales van quedando los girones de nuestra vida.

Terminó al cabo el delicioso éxtasis en que me había sumido la aparición de la encantadora imagen de Panchita; pues un recuerdo, terrorìfico como el graznido de un buho para los supersticiosos, cruzó por mi memoria.

Había oido decir á Panchita que su padre *creyó que ella amaba á otro*, y esta frase hizo una impresión en mi alma que despertó entonces más violenta, pues había quedado adormecida por la tranquila mirada de sus ojos.

¿ Amará á otro ?

La pregunta solamente me horrorizaba. Nó ; no quiero creerlo, me dije. El tesoro de su amor me está reservado : si nó ; ¿ para qué se ha interpuesto en mi camino? Sus preciosos labios no han pronunciado nunca juramentos de amor. En sus negras pupilas no se ha mirado aún algún afortunado amante, ni su pecho ha suspirado, envolviendo un nombre en el suspiro.

Panchita me amará : será mía, dije en mi delirio.

Columpiado mi espíritu por tan gratas ilusiones, me creía el más feliz de los mortales ; más la destemplada voz de la duda me gritaba luego : ¿ Pero, si ama á otro ?

Entonces me golpeaba la frente ; mesábame los cabellos y se me agolpaba la sangre á la cabeza.

Un rayo de luna que, atravesando el follaje del bambú fué á herirme la vista, puso fin á la contienda empeñada entre la duda tenaz y mis bellas ilusiones.

Saqué el reloj : era tardísimo.

Me puse en marcha con rapidez y atravesando la esplanada del "Calvario", brillantemente iluminada por la luna, pensé en Panchita ; después en los alegres paseos que, favorecidos por el fanal de la noche dán los recien-llegados al reino de Himeneo, y luego en el andar acompasado de los que llevan camino de la paternidad.

¡ Cómo delira la mente de los enamorados !

Llegué á casa : todo estaba en silencio.

¡ Cómo no he llegado á tiempo para verla ó para preguntar por ella á misea Josefa !.. Cómo habrá seguido ? ¡ Soy un imbécil !!.... ¿ He de acostarme sin saber cómo

está ?

Así me reproché por mi descuido. Tentaciones me dieron de llamar á misea Josefa ; pero podía estar dormida Panchita y despertarla mi imprudencia.

Entré á mi cuarto y me tendí vestido sobre la cama para pasar una noche horrible.

XII

A las seis de la mañana siguiente, al salir misea Josefa de su cuarto, salíla al encuentro. Estaba asechándola hacía rato.

—Cómo sigue? la pregunté.

La buena señora dió un salto : salía encandilada y la sorprendí.

—Niño!.... Qué susto me has dado!.... dijo llevándose una mano al corazón, y después de haberse serenado, agregó con esa alegría que sucede siempre á los sustos :

—¿Has pasado la noche de centinela? Pues señor!... *ya apareció el peine!*..... Ahora sí que la compusimos!..

Sin hacer caso de estas palabras, la volví á preguntar con muestras de mal contenida impaciencia :

—¿Cómo sigue Panchita?

—Descuida, sereno del amor, me contestó riendo. La encantadora, la adorable Panchita sigue bien.

Quise hablar, pero misea Josefa me interrumpió :

—Qué es eso? ¿Te has metido á *coqueto?* ¿Ahora te pintas *chapas* y ojeras, como la damisela de enfrente?.... Ah! no : es el carmín del sonrojo y las huellas del insomnio.

—Amanece usted de muy buen humor, señora.

—Cómo no! hijo mío, si he visto resucitar tu corazón? Eso me ha complacido mucho. Y en verdad que tienes excelente gusto!..... Esa niña es un ángel por lo bella y por lo buena. ¿Sabes que ha extrañado mucho que no hubieses entrado anoche á verla?

—Cierto? la pregunté alborozado.

—Guá! Por qué lo dudas? Se te atraca en la garganta esa píldora de placer?

¡Qué necios son los enamorados! pensé.

¿Qué cosa más natural que su extrañeza? Cuando el amor se anida en nuestro pecho, nos convertimos en niños, y entonces..... ¡qué de tonterías cometemos y cuántas necedades decimos!

Yo me he reído muchas veces de jóvenes que presumían de perspicaces, pero que luego, al hacer la corte á alguna dama, han dado la diversión á los demás como cualquier simple.

Y los viejos? Ah!.... no provoca más hilaridad un mono tití de las selvas del Río Negro que un viejo enamorado de una niña de diez y seis á veinte primaveras.

Con teñirse el cabello y la barba; con abandonar el proverbial tabaco y fumar cigarrillos en pinzas de oro; con dejar en un rincón el pesado bastón para jugar con la flexible varita, y con empapar el pañuelo en corilópsis y andar para arriba y para abajo con una rosa gigante en la mano, todo viejo se cree convertido en un conquistador de corazones.

Aunque las ridiculeces de los jóvenes enamorados son de menores proporciones que las de los viejos, ya empezaba á temer por mí, pues no me quedaba la menor duda de que estaba frenéticamente enamorado, y misea Josefa había comenzado á divertirse con el papel que es-

taba á mi cargo.

Afortunadamente Panchita no tenía hermanitos que me arruinasen pidiéndome dulces y pesetas, ni me vería obligado, para seguir la moda establecida por los que no han encontrado otra manera de congraciarse con las futuras suegras, á sacar á paseo á los chiquitines, sentarlos en mis rodillas y soportar que me hicieran *sus gracias*, arrugasen mi sombrero, reventasen mi leontina y dejasen impresas en la pechera de mi camisa las manecitas con que al gatear por los corredores de la casa recogieran tanto sucio.

Amar y no tener un confidente debe ser, ó un imposible, ó un tormento.

Nuestras dudas é ilusiones, nuestras esperanzas y temores, y todos nuestras impresiones necesitamos confiarlas á un pecho amigo.

Misea Josefa, quien es para mí como una madre, tiene títulos bastantes para ser mi confidente. Mi deber era abrirle el libro de mi alma y decirla:—*Leed.*

En efecto, la referí todo; todo lo que había sentido y pensado. Cuando concluí mi relato, me dijo:

—O soy una imbécil, ó ha de llegar el día en que los llame *mis ahijados.*

—¿Por qué lo dice usted, señora?

—Porque cada uno lée en su libro; y yo he leído en el libro de la experiencia. ¿Te figuras que lo que me has dicho es nuevo para mí? Yo había sorprendido tu secreto y el de Panchita también.

—Es decir que usted cree que ella....

—Te ama.

Alegre, como el niño á quien se acaba de ofrecer un vestido nuevo, me arrojé en los brazos de misea Josefa; pero otra vez sentí el aguijón de la duda; por eso contesté

con una sonrisa, que tenía un marcado tinte de amargura, á la siguiente ocurrencia de ella:

—Mira, *ahijado*, te advierto que me prometo además el *comadrasto*.

—Yo no sé por qué me atormenta tanto la voz de un fatal presentimiento; pues no soy supersticioso. Creo que no disfrutaré la dicha que anhelo y temo que Panchita ame á otro.

—No lo creas: ella te corresponde. Si tuviese un amante, se hubiera hecho depositar por él.

Tal idea, que no se me había ocurrido, me llenó de gozo, aunque fugaz, pues la duda, fantasma pavoroso de los que aman y no han recibido un juramento de amor, otra vez me decía:—quién sabe!....

Resolví exigir á Panchita que me sacase de tan horrible incertidumbre y esperé la hora oportuna para entrar, presa de una inquietud más viva que la de un general en jefe la víspera de una batalla decisiva.

Misea Josefa dejóme sólo con mi duda.

Qué tremenda fué mi ansiedad!....

Violentos calofríos sacudían mi sér, y ya encendía un cigarro, creyendo que mi inquietud disiparíase como su humo; ya balanceábame con ahinco en el mecedor que ocupaba, como intentando dar mayor movimiento al reloj del tiempo; ya quedábame inmóvil con la mirada clavada en el techo, y hasta llegué á hacer objeto de distracción la escena de una araña devorando una mosca.

Al fin oí estas deseadas palabras de misea Josefa.

—Puedes entrar.

Panchita, como siempre que la fiebre no la postraba, se hallaba sentada en un mecedor; muy pálida, pero bellísima. Al verme me dijo sonriendo ligeramente:

—Creí que usted se había olvidado de mí.

—Oh !.... no insulte usted mi corazón. Olvidarla ? Solo sería posible perdiendo el uso de razón....

—Lo cual yo sé de quien depende, interrumpió misea Josefa, tosiendo maliciosamente mientras ponía en orden los objetos colocados sobre el alféizar de una ventana.

Panchita se estremeció ; bajó los ojos, y coloreáronse sus pálidas mejillas.

—Habré dicho demasiado ? pensé.

Tomé asiento junto á ella, y estuve largo rato sin saber cómo romper el silencio.

¿ Qué interpretación habrá dado á mis palabras y á las complementarias de misea Josefa ? ¿ Qué impresión la habrán causado ? Será de desagrado ? Si es así, ama á otro hombre.

Estos pensamientos y la favorable circunstancia de habernos dejado sólos la inteligente vieja, me decidieron á abordar de frente la cuestión.

—Panchita : la dije. Ya que usted me ha dado pruebas de su generoso aprecio hacia mí, haciéndome delicadas revelaciones y confiándome el importantísimo secreto sobre su hermana Rosaura, voy á permitirme hacerla una pregunta.

—Las que usted guste, me respondió con voz emocionada, cual si presintiera algo grave.

—No ha dicho usted que su padre creía que usted amaba á alguien ? No se ha engañado al pensar tal cosa?

—Oh ! sí, sí, respondió prontamente, inclinándose hacia adelante y alzando la mano como para impedirme que continuase. No lo dude usted, por Dios ; no tenía razón : yo no amaba á nadie.

Aquel *tenía* y este *amaba*, pronunciados descuidadamente por Panchita, resonaron en mi alma de una manera gratísima. Me lisonjeaba creyendo que su corazón

la había hecho traición. No amaba entonces y daba á comprender que ahora sí; ¿á quién podría ser?

Además, su visible azoramiento y el tan marcado empeño en impedirme que continuase exponiéndole mis dudas y en hacerme creer en la sinrazón de su padre; eran las manifestaciones ingenuas de un corazón virgen para el amor, ó interesado en que yo no le creyese unido á otro.

Impulsado por poderosa emoción, tomé la mano que ella suspendiera para imponerme silencio, y la dije con insegura voz:

—Gracias, Panchita. Su respuesta me ha hecho mucho bien. La duda me mataba por..... porque la adoro, concluí bajando la voz.

Luego, cual si hubiera dicho una heregía, ó cual si la hubiera dirigido una ofensa imperdonable, agregué presuroso y en tono suplicante:

—Perdóneme, perdóneme usted esta confesión que era ya una inaplazable necesidad de mi alma.

Quedéme, todo azorado, trémulos los labios y entreabiertos, y con la mirada fija en sus párpados, que eclipsaban la lumbre de sus ojos en aquellos instantes en que deseaba leer en ellos lo que sus labios no podrían decirme.

Ni yo podía comprender la situacióu de Panchita, ni á ella la era posible imaginar lo que por mí pasaba.

Varias veces ví agitarse ligeramente los delgados corales de su boca; creía que iba á decirme algo; ansioso me aprestaba á recojer en mi oído todas sus palabras; pero, para aumentar mi ansiedad y mi tortura, permanecía muda.

Como relámpago ví dos veces la luz de su mirada, pues sus ojos se alzaron y se bajaron incontinenti.

Por tercera vez fijáronse en mí; pero entonces se

detuvieron á contemplarme á través de una lágrima, con una ternura tan grande, que juzgué tristeza.

Creyendo yo que su pesar lo causaba el verse amada por quien habitaba bajo el mismo techo que ella, me apresuré á volver á su corazón la confianza en mi lealtad de caballero, diciéndola:

—¿Ha disgustado á usted mi confesión, Panchita? Me ha animado á hacérsela el pensar que usted me juzga un caballero de quien nada debe temer, por mucho que la ame y aunque vivamos bajo el mismo techo.

—Usted ha pensado muy bien, señor; me contestó. ¿Cómo voy á temer á quien acaba de darme una prueba más de su generosidad?

—Y entonces, esas lágrimas? la interrumpí al ver que lloraba.

—No son de enojo, me respondió haciendo un esfuerzo para que la última sílaba venciera la resistencia que un sollozo le oponía.

—Luego, ¿me permite usted que la ame? Sea indulgente con el corazón que no ha podido disimular su pasión, ni sufrir por más tiempo las torturas de la duda. Calcule la inmensidad de ambas cuando no he podido ocultarlas.

La pobre niña temblaba y el rubor había vencido la palidez de azucena de sus mejillas. Repuesta algo durante un corto silencio, me dijo conmovida:

—Usted es demasiado bueno conmigo. Yo no soy sino una desgraciada que solo merece compasión. El corazón me dice que jamás dejaré de serlo, y me mortifica la idea de que su noble alma participe del infortunio á que estoy condenada para siempre.

Después de oir estas palabras de Panchita, yo he debido quedar conforme por lo pronto, y no estrecharla aún

más en su difícil situación; mas no fué así; antes por el contrario, tomando aliento al ver que mi revelación no la había desagradado, exclamé:

—Ah! nó; si nuestras almas se unen serán dichosas.

Me detuve, porque una nube de tristeza, más densa aún, apareció en el rostro de mi amada; pero, como al deseo satisfecho sucede otro, aún más imperioso, yo, que primero deseaba solamente saber si ella tenía libre el corazón, luego declararla mi amor, y enseguida saber si ésto la había enojado, sentí por último el anhelo de escuchar mi sentencia. Por eso la dije:

—¿Qué debo esperar de su corazón, Panchita, en cambio de mi amor? Gratitud solamente?..... Deje usted que sus labios interpreten la voz de su corazón. ¿Me ama usted, Panchita?.... Respóndame, por favor, y perdone mi locura.....

Una mano que tiembla y que á otra estrecha; unos labios que se agitan sin articular palabra, y unas lágrimas que nublan las pupilas que con ternura angelical nos miran ¿qué dirán?

Las lágrimas, próximas á caer, los labios temblorosos y mudos, y la convulsa mano de Panchita estrechando la mía, decían que su corazón me amaba.

Me sentí feliz, como jamás pensé que se pudiera serlo.

Más elocuentemente no hubiera podido hablar un corazón y confesar su amor, que como lo hizo el de mi amada; sinembargo, como quise gozar la celestial delicia de oír apasionadas frases de su armonioso acento, me propuse conseguirla, dirigiéndola preguntas que contestaba con monosílabos, con un movimiento de cabeza, ó con elocuente silencio.

Por fin, no pudiendo contenerse más, é instada por mi anhelo, me dijo con aquella candidez que tantas veces

me sirvió de prisma para contemplar y apreciar debidamente la nobleza de su alma.

—No es sólo gratitud lo que siento por usted; anoche presentí que era algo más, cuando noté la gran falta que me hizo su visita; pero, amigo mío, á pesar de saber ésto, no sé por qué deploro en mi interior que usted me ame.

—Amándome usted, Panchita, debe serla grata mi declaración.

—Talvez sucede lo contrario porque temo mucho que sea usted desgraciado por mi culpa.

—¿Pero cómo he de serlo, si usted me ama?

—Hay séres nacidos para la desgracia y para hacer desgraciados á cuantos se interesen por ellos: yo soy uno de esos.

—Nó; nó, Panchita; seremos felices porque la adoro y porque usted me ama..... ¿Verdad que usted me ama?

—Sí; respondió con voz casi perceptible y bajando la mirada.

En presencia de tanta dicha, en cuyos brazos creí atravesar el porvenir; al oír aquella sublime palabra, exclamé alborozado:

—¡Qué feliz me has hecho, vida mía!.... Ámame mucho y repíteme que me amas..... Te adoro, Panchita. Nuestras almas se buscaban y se han hallado para ser dichosas. Hemos nacido el uno para el otro. Seremos felices, muy felices.....

Su preciosa cabeza hizo un ligero movimiento de derecha á izquierda y viceversa, y luego se inclinó, como abatida por abrumadores pensamientos.

Iba á preguntarla en qué pensaba; pero en ese instante entró misea Josefa y dijo:

—Aquí está el Doctor

La buena vieja, sonriendo maliciosamente, me examinó el semblante y luego hizo lo mismo con Panchita. Después largó esta exclamación, aislada, pero significativa para nosotros :

—Ay, hombre!.....

Mientras Estrada examinaba á la enferma, me puse á meditar sobre el movimiento de cabeza con que ella contestó mis últimas palabras.

La infeliz ni creía en la felicidad, ni la esperaba. Tenía razón, pues no la encontró en su hogar y sólo sufrimientos había recibido de la mano paternal.

Ella se creía desposada para siempre con el infortunio.

Pobre Panchita!.....

Cuando me he preguntado en mis elucubraciones filosóficas si *Dios* es un sér consciente, me ha golpeado la mente el recuerdo de los sufrimientos de mi amada, y entonces no he podido comprender el por qué, siendo posible evitarlo, ha permitido que padeciera tanto la pura niña que sólo merecía ser colmada de felicidades.

Para ganar la gloria? (Sé que estoy pisando la movediza arena de las metáforas). ¿Luego los felices en este mundo no podrán serlo en el otro, aunque sólo sean ejemplares de justicia? ¿La felicidad terrenal es un crimen?

¿Las lágrimas y los ayes son las monedas con que anticipadamente se paga *aquí* la felicidad de *allá?*

Convengo en que tales suposiciones suelen ser consoladoras para unos pocos desgraciados ; pero los que á ellas acuden ponen, en sentir de otros, un ceño de ociosa crueldad en la frente de su Dios.

Por otra parte : ya es tiempo de que trabajemos de consuno y esforzadamente, á fin de evitar ó disminuir nuestros males, y abandonemos la ridícula tarea de con-

solarnos mutuamente con imaginarias recompensas.

Nada de sufrir con resignación. Mientras haya quien sufra con resignación é indebidamente, habrá serviles, y mientras haya serviles, la humanidad estará tiranizada por el vicio y por el crimen.

Tratemos de que desaparezcan las causas de nuestras penalidades, y no nos crucemos de brazos indignamente para soportar sus efectos, creyendo meritorio el ser cómplices y víctimas á la vez de la injusticia que en el mundo campea.

Presentemos el pecho á esa injusticia; no la rindamos el cuello.

Combatámosla; no la suframos.

Desengañémonos: *los que lloran no serán consolados*, sino secando los manantiales de sus lágrimas; y los manantiales de sus lágrimas son las pésimas leyes de la asociación universal.

Mientras los que sufren estén lisonjeados por recompensas imposibles, no pretenderán sacudir el yugo de la injusticia, y mientras los que nos hacen sufrir se crean instrumentos de alguna *Divinidad* para castigarnos ó someternos á prueba, lejos de horrorizarse por su crueldad, se juzgarán altamente honrados por haber recaído sobre ellos la elección para ser los esbirros de un dios á quién, sin saberlo, representan despótico y pigmeo.

Yo, pobre Panchita, te considero una víctima de la tiranía paternal, que también tiene su trono, y á esa tiranía, consecuencia de la idolatría del oro y de la pasión por el lujo, emanaciones pestilenciales de nuestro canceroso cuerpo social.

Los que quieran emprender una obra humanitaria, que derriben aquel trono, que extingan aquellos miasmas y sanen ese cuerpo.

Cómo ?

No por cierto diciéndonos que suframos con resignación, por ser ésto meritorio; ni divinizando la injusticia, llamándola crisol donde nos prueba Dios.

No haciendo de las penas letras de cambio, pagaderas en *otra vida*, y de los pecados instrumentos de tortura que el moribundo entrega al confesor para que los pulverice, después de haber *probado con ellos la fé de los predestinados*.

XIII

Recordando mi primer amoroso diálogo con Panchita, caí en que la había tuteado nuevamente.

Porqué ? Porque el *usted* debe proscribirse cuando dos corazones se hablan al oído. En el lenguaje de la ternura el *tú* es indispensable.

Cada cual tutea á su dios, ¿y qué otra cosa es el sér amado y que nos ama ?

Lo divino, lo sublime, eso es *Dios*, y el objeto de nuestra idolatría es divino, y en él encontramos la sublimidad.

Si toda la humanidad estuviese unida por un sentimiento tan sublime como el amor perfecto, la humanidad sería un dios, cuyos átomos serían dioses también.

Cada cual amado por los demás, amando á los demás y pronto á sacrificarse por los demás; hé ahí lo necesario para que la humanidad se atavíe con el desocupado ropaje de la Divinidad.

¡Oh grandioso ideal!.. Tú tienes más poder que todos los dogmas religiosos para hacer marchar por la recta senda á las conciencias libres !.. Yo estoy enamorado de tí : yo te busco ; yo te persigo con más insistencia que otros

las egoístas recompensas de ultratumba....

Después que el Doctor Estrada tomó el pulso á la enferma y examinó su herida de la cabeza, aplicóle el oído á la espalda, diciendo que era para que el corazón le revelase sus secretos. Al terminar su examen dijo:

—Ya no está usted tan impresionada; su corazón palpita con firmeza. Pronto estará completamente buena.

Comprendí que estas palabras tenían por objeto disipar todo temor en la enferma. Cierta contracción de desagrado en las facciones de Estrada me decían que sus labios mentían.

Una nube negra y fatídica cruzó por el cielo de mi fantasía, segundos antes tachonado por hermosas ilusiones, estrellas fulgurantes que escribían el grandioso poema de mi soñada ventura.

Yo deseaba que Estrada saliese cuanto antes para preguntarle confidencialmente su opinión sobre la enferma pero, para suplicio mío, se dió á hablar del Gobierno, que habìa ordenado ese día la prisión de un amigo muy querido de él, por el solo motivo de ser Redactor de un periódico, que ni recibía consigna oficial, ni vendía lo que decía.

—¿Háse visto, señores, dijo Estrada con énfasis oratorio, atentado más inaudito? ¿Qué liberalismo del infierno es éste? ¿En dónde está la libertad de la prensa que la Constitución consagra y cuya reivindicación selló el pueblo en la cívica jornada del 20 de mayo? El liberalismo de esos hombres es una irritante mentira y la única libertad de que podemos gozar es la libertad de adular.

Comparad sus palabras de ayer con sus actos de hoy y tendreis una idea del *máximun* de hipocresía que puede contener el pecho un felón. Pedidles una prueba de su

democracia y os alargarán una copa con cuatro dedos de brandi. Decidles que quereis servir á la República y os preguntarán si vuestra conciencia está dispuesta á ocupar el lecho de la prostitución. Si teneis hambre; si deseais ganar dinero y ocurrís á ellos, pretenderán que vuestra lengua se convierta en cepillo limpia-botas. La tiranía, que creíamos muerta para siempre, ha renacido, pero degenerada: si tiene alguna grandeza, es la grandeza del cinismo y del ridículo. En la Rotunda gimen varios periodistas; sinembargo, nos aturden con el retintín de la *fulana Rehabilitación*, palabra tan hueca como sus cráneos, y se llaman liberales, é insultan á los godos, y hablan de libertades que son para ellos lo que los fulgores del sol para los buhos. Si aparece un periódico con este lema: ALTIVEZ Y HONRADEZ, inmediatamente escucha su Redactor el *maraqueo* de una *cajita* que contiene el dinero con que el Poder compra sus esclavos: si no se vende, vá á parar á la cárcel, para oír la música de sus cadenas y del manojo de llaves del brutal carcelero. Por eso, muchos han empuñado la pluma, no como piqueta para golpear el trono del despotismo, sino como martillo de subasta para rematar la conciencia y el honor. Prostituir la prensa es más odioso que encadenarla. Detesto más á los tiranos que aplican al periodista una mordaza de oro, que los que le ponen un grillete de hierro. Los escritores que consignan sus ideas hasta en las paredes de un calabozo, dan al civilizador poder de la prensa la magestad del martirio: los que escriben sus nombres en la nómina de la asalariada jauría del poderoso, prostituyen imperdonablemente su sublime misión.

¡Cuándo tendremos República!

¡Cuándo tendremos Gobierno que moralice y no corrompa!

A mi amigo le propusieron comprar su silencio; como les respondió lo que la dignidad le dictó, lo han prendido esos infames hipócritas. Ahora lo tendrán así meses y meses sin ocuparse, siquiera por vergüenza, de llenar las fórmulas de un juicio, como ha sucedido con otros muchos. Pero lo más irritante de todo ésto es que esos señores que así proceden, no se llaman absolutistas, ni godos, ni visigodos, ni ostrogodos, ni vándalos, ni hunos, sino ¡LIBERALES!!!....

¡Malditas sean las lenguas que profanan tan hermosa palabra!!!.....

Hablando así, estaba el Doctor Estrada hecho una furia. Su sonora voz era el termómetro que indicaba el aumento de su cólera.

Estaba hermoso.

Con las venas de su frente henchidas y resaltantes; con la sangre agolpada á la cabeza y queriendo brotar por los poros; con los ojos inyectados y centelleantes; temblándole los labios y golpeándose las piernas en su violento accionar, parecía la personificación de la ultrajada libertad lanzando su enérgica protesta á la faz del despotismo.

Estrada es incorruptible y talentoso. Escribe para el público con la misma independencia con que habla en privado. Ha podido hacerse rico, rompiendo ó esclavizando su pluma; pero ha insultado debidamente á los que se lo han propuesto.

No me sorprenderá la noticia de su prisión, puesto que es digno, y hoy, como ayer, si queremos encontrar la dignidad, debemos buscarla en la Rotunda.

Patria mía! ¿Porqué no das muchos Estradas?....

Continuó el austero Doctor, después de tomar aliento; increpando severamente á los compradores de concien-

cias con los dineros del pueblo, y á los que las venden. Protestó contra los atentados del Poder y maldijo la indiferencia de los que llevarían á las mil maravillas las faldas mujeriles. Encomió merecidamente al señor Michelena, á los jóvenes Marquíz, á Vargas Vila, á Montaña, á Baptista, y á los Redactores de "El Partido Democrático," de "El Criterio" y de "El Carácter," apellidándolos HONOR DE NUESTRA PRENSA. Impetró del cielo un cólico miserere para Echeverría, quién empezó dirigiendo al Gobierno las invectivas y denuestos acostumbrados por Rochefort, y de la noche á la mañana se convirtió en su perró faldero, y para todos los que, como Sederstrong, Peraza y los Aldrey, reciben del Poder un mendrugo de pan por cada editorial que escriban.

—Malditos sean esos canallas, exclamó finalmente, que vejan á los hombres dignos y se rodean de mercenarios escritores que consumen en la crápula caudales que cuestan al pueblo arroyos de sudor y penalidades infinitas.

Habiendo llegado su furor á su último grado, me tomó del brazo diciéndome:

—Vayámonos: no quiero hablar más sobre ésto.

Nos dirigimos á la puerta; pero antes de llegar á ella Panchita me preguntó:

—¿Volverá usted después de almuerzo?

—Indudablemente. Cómo nó!.. la respondí lleno de gozo.

XIV

La voz de los libres es siempre seductora.

Mucho me gustaba oír hablar á Estrada como acababa de hacerlo; sinembargo, cuando me invitó á salir se lo agradecí inmensamente, pues anhelaba conocer su opinión sobre el estado de la enferma.

Lo guié á mi cuarto y ofreciéndole una silla y un cigarrillo, le pregunté:

—Panchita sigue mal ¿verdad, amigo mío? ¿Se han convertido en certidumbre tus sospechas?

—Así es: sus pulmones no están sanos: los crueles padecimientos que han mimado su salud y el sereno de la fría noche en que la hallaste, la han puesto en un camino muy corto y que conduce al sepulcro.

La impresión que estas palabras me causaron fué terrible, como la que produce en el buen hijo la repentina noticia de la muerte de la idolatrada madre.

Mi amigo se extendió en otras explicaciones que, como las de la mañana anterior, no pude comprender, por el anonadamiento de mi espíritu.

Él conoció en seguida todo el mal que me había hecho con su franca revelación, y trató de consolarme; pero sus esfuerzos para conseguirlo fueron inútiles.

Me habló de los recursos de la ciencia; prometióme que consultaría con otros facultativos más competentes, y tomó á empeño el hacerme creer en la posibilidad de una equivocación por parte suya. Todo fué en vano. Más

fácilmente creemos en la fatalidad que en la dicha.

La muerte de Panchita! He ahí una idea que me causaba torturas más horribles que las que un condenado á la horca experimenta en sus últimos momentos.

Ni la boca de una pistola amenazando nuestro pecho; ni la fría punta de un puñal en contacto con nuestra garganta; ni el hallarnos colocados en medio de una sabana, cuya tostada yerba arda por los cuatro costados, será un suplicio tan grande como el saber que nuestra amada morirá muy pronto.

Nó; no hay angustia mayor.

Ah! si mi buen amigo Estrada hubiera sabido lo que era Panchita para mí, no habría desgarrado el corazón que le profesa tan sincera amistad.

Una éra de sufrimientos comenzaba para mì; muy bien lo comprendí, y no tenía siquiera el consuelo de creer que mis pesares serían títulos para merecer en *otra vida* una felicidad superior á la que me prometía el amor de Panchita.

Bien; sufriré, me dije, y luego, después de haber recibido el último suspiro de mi amada, me burlaré de quien me dirija la tan gastada letanía del consuelo.

Las voces de misea Josefa, avisándonos que el almuerzo estaba servido, pusieron fin á la disertación de Estrada y á mi tristísima meditación.

Yo tenía siempre buen apetito; pero en esos días lo había casi perdido, lo cual estaba ya notado por mis comensales.

Aquella vez no tenía absolutamente alguno; pero resolví comer á la fuerza para no llamar la atención y por parecerme consolador el siguiente raciocinio: *El camino de la apoplegía y el de la tisis conducen á un mismo punto.*

Deseaba que cuanto antes terminase el almuerzo pa-

ra que se marchasen mis compañeros, pues si me veían entrar á la habitación de la enferma, era capaz alguno de seguirme.

Concluyeron de comer, pero comenzaron á charlar de sobremesa.

¡Qué necios y pesados me parecieron ese día!

Verdad que algunos lo son siempre.

Jacobo R.... sacaba el pecho, repleto de vanidad, cual si luciese allí el profanado *Busto del Libertador*, que, por lo pronto, lo tiene media humanidad; pero él solalamente tenía en el ojal de la solapa un macito de violetas que se empeñaba en hacer pasar por la prueba amorosa que le había dado una rubia, más linda de lo que pintan á María Santísima, si hemos de deducir por la descripción que de ella nos hizo.

Adolfo le dijo con zumbante risa que lo había visto en el mercado comprando las violetas á una vieja isleña, y concluyó con estas palabras:

—¿Es esa tu Dulcinea, querido? Pues á fé que la celebérrima del Toboso ha hallado su rival; no en la belleza, sino en la habilidad para sazonar el mondongo.

Fué digna de verse la furia del presuntuoso petimetre al oír tales frases.

Con el rostro amoratado, pálidos los labios y los ojos centelleantes como ascuas, se puso en pié y desafió á todos los presentes.

—¿De dónde has sacado tales bríos, le preguntó Carlos, cuando ayer no más te faltaron para castigar debidamente al insolente que te dijo que ahora meses, antes de ausentarse de Caracas tu familia, tu madre mandaba á su hija mayor á hacer á Andueza no sé qué reclamaciones, para ver si su belleza lo tentaba y concedía más de lo pedido? ¿Por qué no desafiaste, como lo has hecho con

nosotros, á quien atrevidamente te preguntó si no te había quedado un sobrinito de esas reclamaciones?

Amostazado por estas tremendas preguntas de Carlos y por las rechiflas y *cigarroneo* que á ellas sucedieron, Jacobo se dirigió á su cuarto.

—Véte con Dios, buen muchacho, dijo el implacable Carlos: si te agarras á pelear con alguno de nosotros, se te deshojan las violetas, y esto sólo bastaría para hacerte llorar.

Después de reirse todos, hasta más no poder y prolongar largo rato el *cigarroneo*, de que tanto gustan los estudiantes, aquellos jóvenes escogieron nuevos temas de conversación.

—¿Recuerdan ustedes, dijo Carlos D...., la bíblica ocurrencia de una mujer bautizando con agua sucia á su marido, desde lo alto de un balcón?

—¡Cállate, por Dios, chico! exclamó Felipe L....

—No, no; gritaron todos. Continúa: sí la recordamos.

—Pues bien; algo parecido sucedió anoche.

—Te suplico que calles, volvió á interrumpir Felipe.

—Lo que resuelva la mayoría. Qué dice? Se sigue la historia ó no se sigue?

—Sí; sí: adelante, respondieron todos, con excepción de Felipe.

—Cállate, si no quieres perder mi amistad.

—Me importa un bledo la amistad de los bautizados con *amoniaco animal.* Y allá vá la anécdota, pésele á quien le pesare: *Este era* un caballerito, que ni visita á sus amigas, que se mueren de fastidio en las ventanas contando y recontando las estrellas; ni vá al teatro, á pesar de que tiene con qué; ni se queda en casa aprendiendo

las lecciones que nunca sabe, para formar corrillo con otros camaradas en cierta esquina, desde las siete, hasta las doce de la noche, sin falta alguna. Y es el caso, que no pudiendo soportar más las serenatas de gritos, carcajadas é interjecciones cuarteleras, anoche, desde un balcón, tuvo á bien una vieja bautizar al tal caballerito y compañeros con..... que sé yo con qué.

Cuando terminó de hablar Carlos, todos se aplicaron el pañuelo á la nariz y Felipe, comprendiendo la burla y no pudiendo contenerse más, alejóse entre una lluvia de peloticas de pan, acompañadas de estas exclamaciones: *fó! fó!*

Los pañuelos fueron nuevamente guardados, las risas cesaron, se olvidó á Felipe y otra vez sobrevino la calma.

Entonces dijo Mendoza:

—Saben ustedes que se me ha presentado la ocasión de comprar un magnífico reloj y una gruesa leontina de oro por la cuarta parte de su valor?

—Y por qué no la aprovechaste? preguntaron todos.

—Supónganse que se me aparece un sujeto con dichas prendas diciéndome:—Tengo urgente necesidad de dinero; ¿quiere usted darme por esto doscientos pesos? (valdrían cuatrocientos.) Le fuí regateando hasta que quedamos en cien. Malicié que eran robadas; entramos al botiquín de Scofet y le propuse que me esperase mientras volvía con la suma convenida. Regresé muy pronto, pero acompañado de un Jefe de policía. Traigo este señor, le advertí, como testigo de la compra que voy á hacer á usted. El individuo manifestó entonces que desistía del negocio y hasta se negó á sacar las prendas; pero instado y amenazado por mi acompañante para que se las mostrara, tuvo al fin que obedecer y, por las señales que aquél tenía

anotadas en su cartera, reconoció las que la noche anterior le fueron robadas al general K.....por haberlo rendido la embriaguez en uno de los bancos de mampostería del Puente de Hierro.

—¡ Bravo General ! exclamó Carlos. Baco lo engendró y la *Federación* lo dió á luz ! No puede negar que es hijo de sus padres.

Siguieron luego comentando la consuetudinaria embriaguez del aludido General de la República, á quien el Gobierno pasa una pensión para que proteja las cantinas, hijas mimadas de esta época, fecundizada por el arroyo de corrupción que viene de arriba.

—Por ese estilo son todos los sicarios de Andueza— dijo Fortique. La flor y nata de las tabernas!.. Estamos en pleno reinado del aguardiente, de la lujuria y del tapete verde. Las cantinas están constantemente llenas de empleados públicos y militares; pues quien no beba *como un arenal*, no merece un destino oficial, ni puede vestir uniforme Una célebre meretriz gritaba de voz en cuello ayer tarde en el Restaurant del Puente de Hierro que el General Batalla la había regalado un anillo de brillantes cuyo valor es de ¡ tres mil fuertes !.....y el Ministro del Interior perdió antier noche en Antímano ¡ cuarenta mil pesos !.....

—¿ Es ésto positivo ? preguntóle Luis.

—Que si es positivo ? ¿ Me lo oyes asegurar y lo dudas ? Al mismo individuo que se los ganó se lo oí decir. ¿ Ignoras que en la Casa Amarilla hay un salón destinado para jugar y que cada parada es una pila de onzas? En Antímano y Macuto las orgías son mayores y, por supuesto, más costosas á la Nación.

Después de otras referencias sobre la corrupción y despilfarro del Gobierno, uno de aquellos jóvenes pregun-

tó á Rodolfo N.....

—Qué tal está la musa?

—Fecunda como la Zona Tórrida *que al sol enamorado circunscribe el vago curso*, respondió el interpelado con aire pedantesco.

—A ver: muéstranos una prueba de su fecundidad.

Sacó Rodolfo un número de *El Noticiero*, periódico que soporta los emplastos poéticos con la impavidez con que soportan las paredes de las esquinas los carteles de teatro, y después de aclararse el pecho, dijo:

—Oigan este acróstico:

A tí, ninfa, querubín, sirena, náyade,

—Échale!.....interrumpió el burlesco Carlos. Por ahí, *zambo viejo!*.... ¡Qué de piropos y cositas tiernas sabe decir este muchacho en un *endecasílabo* de setenta sílabas!....

Unos querían oir los otros *versos*; éste le preguntaba con qué *cabuyita* los había medido; aquél que en dónde aprendió tantas lindezas; y otro le aconsejaba que fuera á escribir poesías á la Patagonia; en fin; cada cual tiró de la manta y el pobre *Delpinito* se vió tan comprometido, como Sancho en la inolvidable escena del corral de la venta.

El Ateneo se volvió un campo de Agramante, pero unos golpes, dados á la puerta de la calle, restablecieron el orden.

—Adelante! gritó uno á quien llamaba.

Entró un repartidor de telegramas.

—Señora Josefa de Burguillos, dijo:

—Misea Josefa!..... un telegrama! gritó Carlos.

—A ver, á ver, se apareció diciendo la señora.

Léemelo, que no tengo aquí los espejuelos.

—"El Callao, tal y tal. Las 9 hs. 20 ms. a. m. Para Josefa de Burguillos. Pasado mañana saldré para esa. Fa-

vor decir Argouet me haga un flux paltó-levita, negro, medidas tengo allá. Úrgeme mucho hallarlo hecho. Saludos compañeros. Su amigo, Luis Ernesto Fortique."

—¡Oh poder de la electricidad! exclamó Fortique, quien se hallaba presente. Y luego, dirigiéndose al repartidor que había pedido á un sirviente un vaso de agua, dijo:

—Mire: dígale usted al Director del Telégrafo que quien puso ese telegrama en El Callao, hace diez y ocho días, está aquí desde antier; que lo manda á saludar y felicitar por el acierto con que desempeña su cargo, y por la buena inversión de los quinientos pesos diarios que para la reparación de las líneas recibe hace diez y nueve meses. Que no lo hago personalmente, por que no tengo ropa para salir, por culpa de su ineptitud y por que Argouet no es adivino.

Todos aquellos jóvenes vaciaron entonces un costal de quejas contra el Telégrafo.

Carlos dijo que hacía tiempo no recibía telegrama de su familia, ni viceversa, á pesar de que diariamente ponían uno. Santiago nos impuso de que un telegrama para su padre había ido á parar al bufete del Presidente, donde lo vió un escribiente amigo suyo, por la única causa, según supone, de decir: "asunto arreglado," y que este asunto era el compromiso que recientemente había contraído con una señorita. Miguel se confesó aburrido porque hace quince días está yendo á la oficina telegráfica para poner un parte y encuentra en una pizarra el invariable: *Oriente sin corriente.*

Todos hablaban; sólo yo callaba, poniendo cuidado á aquella charla para no fatigar mi cerebro con tristes y profunda meditación en momentos en que el estómago ejercía sus funciones digestivas. De esa manera atendía

el consejo de un viejo médico, quien muchas veces me ha recordado que es en alto grado dañino el trabajo simultáneo del cerebro y del estómago.

Mis compañeros notaron mi silencio y se empeñaron en que dijera algo. Á pesar de mis excusas me siguieron incomodando hasta que, para libertarme, ingresó otro jóven á la reunión diciendo:

—Me he retardado presenciando el más inaudito de los atentados. ¡Oh!.... qué cinismo!.... Qué Gobierno tan ridículo y estúpido!

—Desembucha sin preámbulos chico; dijo uno.

—Supónganse ustedes que entro en un botiquín para tomarme un *aperitivo;* á poco rato se aparece un oficial de policía, acompañado de dos más y manifiesta al dueño del establecimiento que estaba preso; en efecto, se lo llevaron. Inquiero la causa de esa prisión y tres señores, respetables, que me habían precedido, me dijeron que no hacía mucho que el mismo oficial había ido á decir al botiquinero que de orden del Gobernador debía poner un cartel con este aviso: SE PROHIBE HABLAR DE POLÍTICA, y que él, en persona, debía ir á la Gobernación á denunciar al que lo hiciese. El dueño del botiquín contestó que pondría el cartel, pero que no se comprometía á denunciar á nadie, porque su dignidad se lo prohibe y porque su oficio no es el de *delator*, sino el de *botiquinero;* que podían poner allí un vigilante; pero que no lo ofendieran proponiéndole el empleo de espía. Por eso le han hecho preso; porque no quiere ser espía!.... Y no es eso solamente: cuando venía, pasé por el Cuartel de Policía á tiempo que entraban, preso también, á mi barbero. Adivinen el por qué.

—¿Por igual motivo? preguntó Carlos.

—Has acertado. ¿Qué les parece ese liberalismo?

A pesar de lo que estamos viendo, esos batracios dicen que para que gocemos, entre otras, de la libertad *absoluta* del pensamiento y de la prensa, es que desean poner en vigencia inmediata la nueva Constitución. ¿Acaso la vigente prohibe hablar de política? Lo que van buscando es el *continuismo* de este ridículo *can-can.* Oh! Esto nunca se había visto. *Se prohibe hablar de política!* es decir: se prohibe tratar los asuntos de la patria; nuestros propios asuntos. ¿Estamos en la Etiopía? Es de creerse, por lo que vemos y por lo que oimos. Se prende al que se ocupa de los negocios de la República y al que no quiera ser espía y se nos trata de engañar hablándonos de *reformas*, dicen que no es liberal la Constitución Suiza, pero nos mandan con el sistema ruso. Ya el pueblo vá á ser tan sandio para creer que quien lo ha mandado discrecionalmente desea que esté regido por buenas instituciones! ¡Qué necios son los que creen tan necio al pueblo!....¿Qué contestarian si éste les preguntára: "¿Si deseáis mi bien, por qué no me habéis gobernado según el ideal de la *libérrima* Constitución que me queréis dar? ¿Por qué me habéis mandado autocráticamente? ¿Por qué me habéis conculcado los pocos derechos que la *Suiza* me concede?

—No hay duda, exclamó Mendoza. Andueza Palacio sería un magnífico Presidente si tuviera la barriga donde tiene la cabeza y la cabeza donde tiene la barriga.

—Pienso, añadió otro, y creo no estar equivocado, que si Baco puede engendrar y las pipas concebir, ese mastodonte de los vicios debe ser hijo de Baco y de una pipa.

—Por lo visto, repuso Carlos, el Gobierno de Andueza Palacio sólo es comparable en lo ridículo á la figura que hace un hombre en pantaloncillo y con paltó–levita.

Continuaron aquellos jóvenes hablando un rato más sobre la inmoralidad del Gobierno y sobre los vicios y cinismo de sus principales miembros.

Los pechos de todos ellos estaban rebozantes de odio, inspirado por los que, para vergüenza y fatalidad de esta patria, han llegado en mala hora á las alturas del Poder.

Las risas y las bromas de estudiantes cesaron y viniendo á la escena la esfervescente indignación juvenil, desatóse contra Andueza Palacio en imprecaciones que hubieran prohijado Tácito ante Tiberio y Calígula, y Juvenal en presencia de Nerón y Domiciano.

—Siempre he oído decir, exclamó Fortique, que el gobierno de los sacerdotes es el peor de todos, y nosotros estamos gobernados por sacerdotes de Baco.

—El diablo nos va á llevar, agregó Mendoza; los que ya hasta á los garitos deshonraban se han hecho dueños de la Casa Amarilla. Qué desgraciado es este *páis*, como dice el viejo Villegas, á quien los curas van á canonizar cuando se muera.

Poco á poco se fueron retirando; unos á dormir la siesta, otros al trabajo y los más á la Universidad.

—¿Tampoco vas ahora? preguntóme uno.

—Nó, le respondí; me siento enfermo. Discúlpame con los maestros.

XV

Al fin, quedé sólo.

No más gozoso se dirige el pajarillo á la puerta de la jaula que inesperadamente mira abierta, que me dirigí yo á la entrada de la habitación donde estaba mi amada.

Ella me esperaba ansiosa. En su semblante divisé la viva alegría que comienza cuando concluye la ansiedad.

Pesares del alma ! ceded el puésto á las expansiones del amor.

Poco á poco fué amaneciendo en mi espíritu; sus sombras, ante la lumbre de los ojos de Panchita, disipábanse como el velo de la noche en presencia de la aurora

Posé mis labios respetuosamente en la pequeña mano de mi dulce bien. ¿Por qué no saltaste de gozo, corazón? ¿Por qué te helaste?

Porque su mano quemaba!

La fiebre habíase apoderado de ella y la fiebre también se apoderó de mi cerebro.

—Qué tiene usted? me preguntó sorprendida. Lo noto diferente. Me encuentra mala? Tengo fiebre; verdad?

Era preciso disimular mi pena para que no se cerciorase de su causa, y luché con ella.

—No, Panchita: es que hallándome muy feliz á tu lado, me pongo á pensar, sin que pueda evitarlo, si será todo un sueño solamente, hasta que me cercioro de tan sublime realidad, y entonces inunda mi pecho la más inmen- a alegría. Ves? Ya estoy contento; ya soy otro.

—¿Y qué le ha dicho el Doctor de mi enfermedad?

—Opina que muy pronto estarás completamente buena.

La pobre niña sonrió con amargura y luego dijo:

—El Doctor es un excelente sujeto y.... y usted algo embustero.

—En lo del Doctor estoy de acuerdo, y en cuanto á lo que dices de mí, te responderé con la frase sacramental de todas las mujeres: *Ese es favor que usted me dispensa.*

—Estoy dispuesta á retirar el calificativo si usted confiesa que Estrada no ha dicho tal cosa.

—Qué cosa?

—Que yo estaré pronto completamente buena.

—Pero si es verdad que lo dijo; créelo, Panchita.

—Pues entonces, mucho temo que el buen Doctor, á pesar de su ciencia, se engañe en esta ocasión; pues como ya he dado algunos pasos en el camino de la dicha, es forzoso que tropiece y caiga.

—¿Por qué razón, señorita?

—Porque no estoy destinada para su reino, amigo mío.

—Por experiencia aseguran los felices que los viajeros que se dirigen á ese reino son caprichosos é impacientes. Les estás dando la razón, Panchita. Dime: ¿qué presentimientos te atormentan? Recobrarás la salud y..... ¿Entiendes el lenguaje de los puntos suspensivos?

¡Qué bella se mostraba mi amada cuando el rubor dejaba en sus mejillas la huella de sus besos!

—Usted tan pronto está triste y pensativo, como de buen humor y ocurrente, me dijo.

—Trátame de *tú*. Los corazones que se aman no saben hacerlo de otro modo.

—Eso es muy cierto; pero mis labios son los que ha-

blan.

—Y tu corazón?

—Ya no tengo.

—Y qué lo hiciste?

—Me lo robaron. ¿Sabe usted quién fué?

—Lo presumo; mas, ¿en cambio no te dieron otro?

—Un pedacito, nada más. No estoy satisfecha, sabe usted?

—Ambiciosa! ¿En dónde hallarías más amor? ¿Encontraste en el cielo quien te amase tanto?

—Que pregunta tan curiosa! No conozco ese país.

—¿No eres de allá? Será que viniste muy pequeña y no te acuerdas de él.

—Muy ocurrente está usted. Me complazco en verle así y no tan serio como otras veces. Confieso que ha nacido con vocación para divertir á las enfermas que tienen también sufrimientos morales; pero, francamente, lo que tengo aquí (dijo tocándose la frente con el índice) no permite que su victoria sea completa.

—¿Y qué es lo que tienes en ese pedacito de cielo?

—La conclusión de mi historia. ¿Quiere usted oírla.?

—¡Válgame Dios! Si será esa fulana historia la entrometida que en lo más deleitable interrumpa nuestros diálogos!

—Ya lo creo, si ustedes se empeñan en no dejármela concluir y yo no puedo prescindir del deseo de que se impongan de todo lo que me ha sucedido.

—¿Y qué crees ganar con eso?

—¿Se figura usted que nada? Cuando menos, lograré que aumente la lástima que les inspiro, y sabrán entonces cómo me encuentro aquí. Hágame el favor de llamar á misea Josefa.

—Vuelvo á suplicarte que me trates de *tú*, y que hablemos de nuestro amor y olvidemos tus desventuras. Nuestras almas se buscaban, se hallaron y se besaron. Deleitémonos con la armonía de ese beso. ¿Para qué recordar los gemidos del pasado?

—Cuando usted tiene.....

—Cuando *tú tienes*....

—Bien, pues, cuando tú tienes satisfacciones ó pesares, ¿no sientes necesidad de confiárselos á un amigo?

—Sí es verdad, pero ya conozco gran parte de tu tristísima historia y por ella deduzco lo restante. Hablemos de nuestro amor; repíteme que me amas y déjame decirte cuán feliz soy oyendo tu voz y mirándome en tus ojos.

—Ah!.... por Dios! no sea usted tan.....

—No *seas*.....

—Me cuesta trabajo acostumbrarme. No *seas*, pues, tan incomplaciente. Y no le diré más *tú*, señor mío, si no me deja concluir mi narración. Con que..... vea qué resuelve.

Con gracia indescriptible é infantil pronunció Panchita su amenaza, y después de cambiar una sonrisa con ella, la dije:

—Haz lo que gustes, pues. Las mujeres tan bellas y adorables como lo eres tú, siempre salen vencedoras. No sé por qué llaman á los hombres *sexo fuerte*; pues si en algo manifiesta la mujer su modestia, es dejándose llamar *débil*. La mirada de una hermosa, si es tierna, nos desarma, y si furibunda, nos acoquina. Un gesto de desprecio de los labios que nos hacen agua la boca, anonada más que un pugilato de Jaime Sánderson, y una súplica hace doblegar nuestra voluntad, por férrea que sea, como el furioso vendaval al débil junco.

—Los hombres tienen su teoría y las mujeres la suya, objetó Panchita, pero creo que la práctioa es una misma.

Luego persistió en su empeño y me hizo llamar á misea Josefa, para que la oyésemos. Ella también se resistió; pero al fin hubo de ceder.

Tomó asiento á nuestro lado y Panchita continuó:

—Ya les he dicho que mi padre despidió los sirvientes, menos un muchacho que venía en ratos en el día para hacer los mandados á la calle. Todo el oficio de la casa lo hacía yo; no me alcanzaba el tiempo para tanto: sentí que mi salud se consumía; el constante y rudo trabajo me hacía sufrir mucho; pero mi mayor suplicio era el verme tratada por mi padre con la crueldad con que no ha sido tratada esclava alguna. Yo hubiera podido, con costuras y bordados, ganar más de lo suficiente para pagar dos sirvientes: se lo propuse á mi padre, pero ni siquiera me contestó, pues él lo que quería era que yo sufriese cocinando, barriendo y fregando. Aún ésto podrá soportarlo una niña, siempre que en recompensa obtenga las caricias paternales y pueda reclinar la cabeza, desvanecida por el humo de la cocina y agobiada por la fatiga, en las rodillas de quien la dió el sér. Pero yo, cuando caía en la cama, desfallecida, pedía todas las noches la bendición á mi padre, quien dormía en la pieza contigua á la mía, y no obtenía respuesta. Repetía mi petición tres ó cuatro veces, alzando la voz, cada vez más; pero inútilmente. Entonces la almohada bebía el torrente de mis lágrimas. Ella sabe cuán amargas eran!

Hubo noches que las pasé en vela y tosiendo constantemente; sinembargo, muy temprano tenía que levantarme para cojer por la ventana el pan del desayuno: esa era la única vez en el día que la abría. Don Cristóbal

Saltrón iba todas las noches, y unas veces mi padre me obligaba con brutales medios, á recibirle, y otras le decía que estaba enferma. Le agradecía tanto cuando así lo hacía! De esta manera trascurrieron más de dos meses, sin otro consuelo para esta infeliz que el que me daban los ensueños en que me veía al borde del sepulcro, y contemplando la venerable imagen de mi madre, abriendo los brazos para estrecharme entre ellos y borrar de mi frente las huellas del dolor.

—¡Por qué no tendrá Dios misericordia del suicida? me preguntaba á menudo.

Mi padre no me hablaba sino para insultarme. Una tarde, mientras le servía la comida me dijo:

—Siéntate y escucha.

Un fuerte temblor se apoderó de todo mi sér. Presentí una borrasca de su cólera.

—Debo advertirte, continuó mi padre, que he dado á Don Cristóbal mi palabra de que dentro de un mes serás su esposa; con que así.....

Tantos sufrimientos habían dado ya á mi alma cierto temple de energía, y no arredrándome ni la idea de la muerte, ¿qué podía temer?

Cuando mi padre, pues, pronunció aquellas palabras, en mi tembloroso sér efectuóse una violenta reacción y con voz firme y resuelta exclamé:

—¡Jamás!!

—Cómo? Qué dices? gritó furioso.

—Qué jamás!! repetí más recio aún. Lo juro por la memoria de mi madre.

No necesitó de más. Tomó un cuchillo y me lo arrojó con furia á la cabeza.....

Cuando Panchita pronunció estas últimas palabras, lanzó un grito, como si la fiera que llamaba *padre* la hu-

biera arrojado otro cuchillo.

Una de sus manos estaba entre las mías y, sin darme cuenta de ello, se la apreté horriblemente en un acceso de furor.

Ah!.... si hubiera podido apretar así la garganta del bárbaro !....

La pedí perdón con palabras y con un beso que deposité en su dolorida mano.

Después continuó :

—El cuchillo me causó esta herida en la cabeza. La sangre me corrió por el rostro, mas no por verla se conmovió mi padre.

—No le llames más *padre*, la dije interrumpiéndola.

—Pero si, á pesar de todo, es mi padre, replicó.

Enjugóse una lágrima y continuó su narración:

—Con tela de araña y aceite yo misma me curé la herida. En la noche se estrenaba una ópera y mi padre fué al teatro, pues con frecuencia lo hace. Todos los domingos pasea en coche y asiste á cuantas diversiones puede. Para satisfacer el deseo de divertirse sacrificó una hija y quiere sacrificar la otra. Qué desgraciado es !....

Estando sola y llorando en mi cama, cruzó una idea por mi mente : la de la fuga. ¿Pero á dónde dirigirme? ¿Quién podría socorrerme ? Mi hermana se halla ausente y no tengo más familia. Dos señoras, muy amigas mías y que me distinguen con verdadero cariño, están, una en Maiquetía, temperando, y la otra en Macuto, donde la conocí cuando fuí con Rosaura el año pasado. Podía contar con la protección de ella ; pero, ¿de qué medios me valdría para trasladarme á los pueblos citados ? Ante la aparente imposibilidad de realizar mi propósito, desistí muchas veces, pero otras me empeñaba en vencer los obstáculos que se presentasen. Debía salir de aquella casa, que era un

horroroso infierno para mí. Sostenía tal lucha, cuando mi padre llamó á la puerta, de regreso del teatro. Era forzoso que me levantase para abrirle, á pesar de la fortísima fiebre que tenía y del dolor que me causaba la herida. Entró y se dirigió á su dormitorio, tropezando bruscamente conmigo. Me habría tumbado, si no hubiese estado apoyada en la puerta. No corrí el cerrojo, pues aquella circunstancia definió mi resolución de fugarme. Volví á mi cuarto por la última vez; me abrigué la cabeza; tomé el costurerito, recuerdo de mi madre, que he traído aquí; me encomendé á Dios; derramé las últimas lágrimas en aquella casa, donde he derramado tantas, y sin hacer ruido me dirigí á la calle.—A Maiquetía ó á Macuto, me dije, y temblando de miedo y de frío, eché á andar lo más á prisa que pude.

No sé cómo he podido resolverme á tánto! El dolor de mi herida, la fiebre que me abrasaba y la resistencia del corazón á sufrir más la tiranía de quien debía ser para mí todo cariño y ternura, solo han podido darme ánimo para realizar mi desesperado proyecto. Me consideraba una hoja desprendida del árbol. ¡Quién sabe lo que será de mí! me decía; pero también pensaba que á donde quiera que me arrastrase mi mala suerte, no sería más degraciada que en mi hogar. Esto lo juzgaba una verdad, muy triste, por cierto, pero innegable.

Anduve á la ventura muchas cuadras hasta que encontré al protector que el cielo me deparaba. El lo bendiga, como también á usted, señora, á quien querré siempre como á una madre.

Calló la pobre niña, y misea Josefa y yo nos quedamos largo rato contemplando en silencio aquella víctima del infortunio.

La aureola de los mártires circundaba su tersa frente,

espejo donde se miraba el ángel de la inocencia, y la mirada de sus ojos, serena y brillante, revelaba que su alma era vencedora en cien combates contra la desesperación.

¡Pobre Panchita! Toda su historia la repetía mi mente, como para que jamás se extinguiese su tristísimo eco.

La desmedida ambición de un padre, idólatra del oro, para quien sus hijas no eran sino muebles de gran valor: la inmolación de Rosaura, que prefirió más tarde arrojarse entre las negras fauces del abismo del adulterio, á permanecer fiel entre los brazos de un estúpido, que habían estrangulado la libertad de su alma, porque en aquel abismo, por cenagoso que fuera, podía respirar la atmósfera del placer, que jamás se encontrará en la alcoba de un mercader de esposas: la despiadada burla de un libertino, de que fué objeto la infeliz adúltera, cuando una nueva conquista le hizo parecer despreciable la víctima de su infamia é insoportables las caricias mendigadas otros días de rodillas: aquellos versos, improvisados sin duda cuando su cabeza estaba rendida por la saciedad y reclinada sobre el pecho de la infiel, y que expresaban muy bien el ruin y bastardo sentimiento que solo puede inspirar la mujer agena al seductor: la ridícula pretensión de un viejo setentón, que quiere casarse con una niña de diez y siete abriles, cuando solamente debía aspirar á desposarse cuanto antes con la muerte: los sufrimientos de mi amada Panchita, celestial mariposa que llamaba *padre* á un inmundo gusano: la crueldad inaudita de éste y su exacto paralelo con la Iglesia del siglo XV, que llamaba *hijos* á los hombres y, sinembargo, los torturaba y los quemaba: el castigo recibido por el marido de Rosaura quien pensó que su dinero bastaría para comprar una esposa que no se merecía, y que le costó además el honor; todos,

todos los lúgubres y tristísimos lineamientos de aquella dolorosa historia habían quedado fielmente grabados en mi mente, ¡ ay ! para su eterno tormento !

Algunas lágrimas rodaron por las pálidas mejillas de Panchita ; algunos besos depositó en su frente la conmovida misea Josefa y yo salí de la estancia llevándome un gran peso en el cerebro.

XVI

Esa tarde ni siquiera fuí á la mesa : quedéme en mi cuarto y me puse á meditar.

—Y bien! me dije: Don Cipriano Céspedes, el salvaje padre de Panchita, ¿podrá ser la obra de un Dios consciente y justo? ¿Porqué crear unos hombres buenos y otros malvados? Si la acción humana y su instinto son resultante del medio material en que los séres viven, ¿por qué no disuelve y transforma la materia de los monstruos como aquél para que dén vida á las plantas y no muerte á la sociedad? Si son consecuencia del alma que los anima, ¿cómo es que de los labios de un Dios se escapa un aliento emponzoñado?...

Quién sabe á dónde hubiera ido á parar en mi meditación y en qué laberinto de ideas me habría metido, si muy á tiempo misea Josefa, colocando una mano sobre mis hombros y acercándose á mi oido no me hubiera dicho :

—Panchita me encarga decirte que no la dejes esperando como anoche. Parece que ya están entendidos mis ahijados. Eh !

—Sí, señora. Panchita también me ama y.....

—Entonces, ¿por qué estás tan abatido y pensativo?

—Meditaba sobre su historia; mi alma paladeaba sus amarguras y mi cerebro pesaba toda la infamia de ese hombre que.... ¡ah! no quiero pensar en eso.

—Concluye, hijo mío. ¿Qué temes?

—Temo que ese padre, indigno de llamarla *hija* y merecedor de un presidio y un grillete, la haya puesto muy cerca de la tumba. Misea Josefa! exclamé echándome en sus brazos: Panchita no será mía!.... Panchita morirá muy pronto!.....

—No hagas caso de infundadas preocupaciones. Dios no será injusto y después de tantos sufrimientos la premiará haciéndola tu esposa. Confía en la clemencia divina.

—La clemencia divina! repetí con un movimiento de cabeza que hizo á misea Josefa fruncir el entrecejo.

Media hora después estaba en el paraíso; es decir: al lado de mi amada.

Hablamos mucho del porvenir, tratando de disfrazarlo con la careta de una risueña quimera y con los oropeles de las más halagadoras ilusiones; pues teníamos miedo de fijar la mirada de nuestra mente en el horroroso pasado, y aún en el presente, que parecía burlarse de nuestros delirios y proyectos.

Cuando á solas tendía la mirada hacia el horizonte del porvenir, veía una negra nube que amenazaba vomitar la tempestad que debía mortalmente azotar nuestras cabezas; pero las almas de los enamorados, cuando se hallan juntos, siempre sueñan.

Yo elegí temas alegres para nuestra conversación, haciéndome violencia, pero con la idea de distraer á mi adorada enferma.

Poco á poco lo conseguí, y aún yo mismo sentí, al cabo, la alegría que sus miradas y sonrisas me infundían.

Me complacía, sobre todo, en interrumpirla con cariñosas reprensiones cuando no me tuteaba, y á veces, exprofeso, ella me largaba el *Usted*, con el fin de gozarse con mi fingida seriedad.

—Antes de decírtelo mis labios, me preguntó; no habías comprendido que yo te amaba? ¿No me habían vendido mis ojos?

—Pero, si ni aún diciéndomelo lo creo, vida mía.

—El índice de su diestra y sus delgados labios formaron una cruz.

—Silencio! caballero; me dijo con aparente enojo: hay bromas que no se usan.

—¿Y estás convencida de que me amas?

—Pues no he de estarlo! Me basta con lo que he notado: cuando te vas, la tristeza se apodera de mí y me creo la más desgraciada de las criaturas: te veo entrar aquí, y ya soy otra: entonces me pongo de buen humor, que creí haberlo perdido para siempre. Sabes una cosa? Yo no creí que el amor tomase los corazones por asalto: me parece que hace mucho tiempo que nos conocemos y tratamos. ¿Te sucede lo mismo?

—Sí; pero, dame otra prueba.

—Allá vá: cuando me preguntaste por primera vez si te amaba, ¿pude disimular siquiera? ¿No leíste en mi alma la verdad? ¿Recuerdas mi azoramiento cuando comprendí que tú creías que amaba á otro? ¿Has olvidado la ingenuidad con que te hablé después? Si no sabes apreciar todo ésto, me parece que no eres digno de que te quieran tanto. Estamos?

—Tercera prueba, agregué maliciosamente y sólo por seguir la broma y complacerme en verla como una rosa.

—No quiero hablar más con gente incrédula; por eso me pongo una mordaza.

En efecto: tapóse la boca con el pañuelo porque conoció que sus labios eran tan tentadores como preciosos.

Luego, retirándolo, dijo como variando de conversación:

—¿Conoces á una señora, tan celosa! que se pone bravísima si sus hijas no la besan á ella solamente?

—Nó: no tengo ese honor.

—Pues mírala.... ah!.... no está ahí. Qué se habrá hecho?

Quiso mostrarme una imagen que estaba casi siempre en el altar de misea Josefa, quien la había llevado á otra pieza para rezarla una novena.

Misea Josefa entró en aquel momento y Panchita la preguntó:

—Y la Virgen del Rosario?

—Presente! dijo entrando el Doctor Estrada.

—Cómo! ¿Es usted la Virgen del Rosario?

—Sí, señorita. *Ego sum:* ó mejor dicho: lo seré. Quiere que se lo pruebe? Si alguien la pregunta hoy quién la asiste, usted responderá: *El Doctor Estrada;* pero cuando ya esté buena, asegurará que quien la curó fué la *Virgen del Rosario;* es decir: me cambiará el nombre. No es verdad?

Panchita protestó; pero misea Josefa y yó sostuvimos al Doctor en su propósito de darle bromas para distraerla y volver la alegría á su espíritu.

Estrada era recomendable para esto, por lo expansivo y jovial.

—Sí, sí, devota señorita de la Virgen del Rosario; toda su gratitud será para ella, que bien la merecería si la hubiese evitado su enfermedad; á mí, cuando más, me ereerá el instrumento de que se ha valido para devolverla la salud.

Volvió Panchita á protestar, asegurando á Estrada que ella siempre reconocería sus méritos y le haría justicia como médico hábil, inteligente y generoso.

Después de otras bromas que el Doctor juzgó suficientes, trajo la conversación al terreno de la seriedad, comenzando de esta manera:

—Bien, bien; me resuelvo á considerar á las presentes como excepciones de la regla; pero siempre que no defiendan á sus congéneres, para quienes nada vale la ciencia. Las drogas y específicos que atesora la Farmacia y las operaciones tan ensayadas y estudiadas por la Cirujía, no valen nada para las mujeres. Un médico examina minuciosamente á un enfermo; conoce su mal, lo somete al tratamiento que la ciencia prescribe, el cual lo aprendió quemándose las pestañas y largando el cabello; logra devolverle la salud y.... qué significa todo esto? *Que la Virgen lo iluminó.* Por supuesto, no debía ser de otra manera. ¡Se le pusieron tántas velas!..... ¡Se le rezó tánto!..... ¡Tántas promesas se le hicieron!.... Por eso, cuando la familia se halla reunida celebrando la salvación del enfermo, dice una mujer por allá:

—*Yo sabía que San Rafael me iba á oir; todos los días le rezaba su novena; es el mejor de los médicos; es el* MÉDICO CELESTIAL. Luego grita otra:—*Un bracito de plata y un becerrito de oro le llevé á Nuestra Señora de la Consolación, y ya saben ustedes lo milagrosa que és.* Después una tercera, más chillona que las demás, agrega:—*¿Y lo que yo he hecho?.. Para que me dijera ocho misas le entregué diez pesos al padre* TORQUEMADA, *y él asegura que todas las misas que dice dan resultado.* En seguida una vieja pone en conocimiento del auditorio que ha hecho la promesa de ir todos los domingos, de rodillas y con una vela encendida, desde la puerta de la iglesia hasta las gradas del altar

mayor; luego enumera los paquetes de vela que encendió y las botellas de aceite consumidas en la lámpara del Santísimo, sosteniendo á pié firme que á eso es que se debe la curación del enfermo. Todo esto sería pasable; pero es el caso, que al presentar el médico su cuenta, se le dice: *Háganos el favor de esperar unos días, porque esta enfermedad nos ha dejado arruinados.* Esos días no tienen fin, y mientras tanto, los santos se fumaron sus velas; la Virgen de la Cosolación la echa de coqueta con sus *milagros* de oro y plata: el Santísimo se bebe sus botellas de aceite, y el cura los diez pesos en vino.....de consagar. Para el médico..... ni aún las gracias! Si se muere el enfermo, allá le van denuestos y maldiciones! Pero lo más ocurrente es que tan convencidas como están de que todos los que sanan es por milagro de la Virgen, ninguna sigue el refrán castellano que dice: *Fíate de la Virgen y no corras.* Y, si es que los santos solo necesitan *instrumentos*, á los cuales *iluminan* para curar á úno, ¿por qué ese afán en buscar médicos *buenos?*

—Nuestra profesión, continuó Estrada, ya algo acalorado, es la profesión más ingrata. Nos matamos estudiando; pasamos los días presenciando las miserias de los hospitales; sufrimos mucho amputando miembros y haciendo autopsias; nos metemos en la cabeza libros enteros; nos desvelamos á la cabecera de los enfermos; repasamos lo estudiado, consultamos, escudriñamos, y para qué? Para que ni se nos pague, ni se nos agradezca el bien que hacemos. Las obras de los pintores y escultores se llevan toda la gloria y todas las ofrendas. Nada dejan para los pobres soldados de la ciencia!....

Quedóse Estrada como abatido por tanta ingratitud é injusticia de que son víctimas los médicos, y luego agregó:

—! Qué bien nos ha definido Guillermo Michelena! "El médico—decía este sabio—tiene tres faces: mientras está asistiendo al enfermo es un *ángel;* después de haberlo curado es un *hombre*, y cuando pasa la cuenta es un *¡demonio!"* Esa es la humanidad!.... y con todo eso, héla ahí, hinchada por la tamaña pretensión de tener *algo divino*.

Esto diciendo, se puso á examinar á Panchita. Clavé la mirada en su semblante para interpretar sus impresiones, y al retirarse salí tras él para que me hablase nuevamente con franqueza sobre el estado de la enferma; pero ya él había comprendido que la fatal verdad me hería profundamente y me engañó. Esa noche dormí satisfecho.

El amoroso diálogo con Panchita que, aunque sin interés alguno para otro, he consignado aquí por lo grato que me fué, y lo que me dijo Estrada ¡ay! desgraciadamente falso, poblaron mi fantasía de bellas ilusiones que dieron pábulo á patéticas escenas de inolvidables ensueños.

XVII

Hasta las diez de la mañana estuve durmiendo. Me había desquitado de las malas noches anteriores.

Cuando abrí los ojos, me asombré de lo tarde que era, sin saber de Panchita.

Vestíme á toda prisa y llevando aún en la mano el vaso con que me enjuagaba la boca, me dirigí al comedor, donde se hallaba misea Josefa.

—Amigo! exclamó al verme. Así duermen los felices. Bienaventurados los que se levantan á las diez de la mañana, porque eso quiere decir que están *en la sabana.*

—Misea Josefa, dije riéndome: parece que tiene usted unas bienaventuranzas rítmicas y de nuevo cuño. Y Pánchita?

—Este es el San Agustín del sermón. Me preguntó si habías salido y, aunque me encargó ocultártela, te diré la verdad: pasó mala noche.

—Solicíteme su permiso para verla.

—Aguarda.

—Pocos minutos después me dijo:

—Entra.

Cuando se está en presencia de la mujer amada se está en la gloria. No hay cielo más hermoso que las pupilas que con amor nos miran. Nada nos deleita más que la atmósfera perfumada por el aliento que se escapa del pecho virginal donde palpita por nosotros un corazón amante. No hay acordes de liras, ni armonías celestiales, ni cánticos de querubines, que tengan más deliciosa resonancia en nuestra alma que el ternísimo acento de la adorada que á cada instante nos repite que nos ama. Y.. que digan los que han recibido sonrisas de tentadores labios, como desbordamiento de una gran pasión, si puede haber felicidad mayor que nos inunde el alma.

Me consta todo eso. Al lado de mi Panchita, no me era dado el pensar que se pudiera ser más dichoso, que lo era yo cuando ella me sonreía y la escuchaba.

Toda nube de tristeza que cruzaba por mi frente al contemplar la palidez de su rostro, recordar su historia, ó notar, si estrechaba su mano, la fiebre que la abrasaba, ella se proponía extinguirla con sus miradas, con sus sonrisas y cariñosas frases.

Teniendo una de sus pequeñas manos oculta entre las mías, y con los ojos fijos en sus mejillas, rompí de pronto el hilo del animado diálogo que sosteníamos, pues

recordé lo que me dijo misea Josefa sobre la mala noche que había pasado y tras de ese recuerdo presentóse la aterradora idea de que la muerte pudiera arrebatarme muy pronto á mi Panchita.

—¿Qué es eso, caballerito? me preguntó sonriendo. ¿Y esa repentina seriedad? Vamos: no parece sino que has recordado que anoche, por estar conmigo, dejaste esperando á tu prometida. Mira: dila á nombre mío que te perdone; que así se lo suplica *su madrina.*

—¿Eres celosa, Panchita?

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Por lo que acabo de decirte? Si es una simple broma, hombre de Dios! Crees que te estoy celando? ¿Cómo voy á tener celos, si te he oido jurar que me amas, y si te amo tánto?.....Nó; nó; por Dios; no lo creas. Desgraciada de mí si dudara de tu amor!

—Yo tampoco te he dirigido mi pregunta en serio. Solo he querido devolverte broma por broma. Sé que tienes fé en mí y que no dudas que á tí solamente amo.

—Oh! sí; tú me lo has dicho y te creo incapaz de engañarme porque te adoro. ¿No es verdad que no se debe dudar de la persona amada? Yo no puedo excusar á los celosos si aman y si reciben promesas de fidelidad. Es un disparate decir que los celos son hijos del amor, verdad?

—Sí, lo son, pero del amor innoble. La pasión sublime, como la que nos une, por ejemplo, es formada por las simpatías físicas y por las simpatías morales. El amor simple es la adoración del cuerpo; la amistad, la adoración del alma. La unión de estos dos sentimientos es lo sublime, á lo cual se acostumbra dar el nombre de *amor*, pero con algún calificativo que lo distinga del simple. Este pueden inspirarlo una Mesalina y una Cleopatra; pero

amistad á la vez, jamás. Las fisonomías bellas ó simpáticas y las almas nobles son las que despiertan esa sublime pasión, cuyos componentes son el amor y la amistad. Si nuestro cuerpo adora otro cuerpo, bien está que lo cele en todo caso, pero si nuestra alma adora otra alma, no la celará nunca, si le ha prometido fidelidad, puesto que la cree sincera y noble.

—Por eso yo no dudo de tí: creo tu alma incapaz de la infamia y de mentirme.

—Me sucede lo mismo. Yo adoro tu cuerpo y adoro tu alma; es decir: te profeso amor y amistad. Si solamente fuese lo primero ese sentimiento no sería digno de tí, ni me haría feliz. Los celos me atormentarían continuamente y con ellos te ofendería y abriría una profunda zanja entre los dos. Quien cela, ó no ama, ó ama insensatemente. Si hombre, está tan sólo hechizado por los encantos corporales de su amada; si, mujer, se halla solamente seducida por la apostura de su novio, ó poseída del deseo de tener amante, según la torpe moda, ó de la sed de tener marido. Cuando se llega á celar á una persona, es porque ya no se hace aprecio de su alma, puesto que se la cree falsa y capaz del perjurio.

—De ahí viene, repuso Panchita, la desgracia de muchos matrimonios. Conozco varios que alarman constantemente á los vecinos; que se dan golpes, se insultan, se tiran cuantos objetos encuentran á la mano; que son, en fin, irreconciliables como los perros y los gatos. Qué ejemplo dan á sus hijos! Estos crecen presenciando esas escenas vergonzosas. Las hijas se ponen de parte del padre y los varones defienden á la madre, y así, la discordia se enseñorea en el hogar, pues los hermanos, divididos en dos bandos, hasta llegan á odiarse, perdiendo la madre el respeto y cariño de unas, y el padre los de los otros. Pero

ellos son los culpables!

—Sí, es verdad; porque se casan sin amarse verdaderamente. Esas son las consecuencias de los matrimonios por cálculo, por moda, por capricho ó por ofuscación de los sentidos. Casi todos juzgan el matrimonio muy á la ligera, y los que creen darle más importancia, dicen que es una *lotería*, como si fuesen unas cuantas pesetas lo que en él se arriesga. El matrimonio es un importantísimo problema, cuya solución es la felicidad ó la desgracia de una familia. La pasión sincera debe ser el principal factor, y á quien la abriga no se le ocurre jamás una idea ofensiva para el sér amado: ni la mujer duda de quien la ha ofrecido ó dado su mano, ni el hombre ofende á la que llama ó llamará su esposa.

—¿Y esa pasión no desaparece ó varía después del matrimonio? Quiero oirte disertar sobre esto. No porque tenga necesidad de ello, sino porque me agrada el tema.

—Como esa pasión, según te he dicho, es una mezcla de amor y amistad, es decir: de adoración al cuerpo y adoración al alma, el primer sentimiento varía, como su fuente misma; pero el segundo aumenta y se ennoblece más, así como se afina más un sentido cuando otro pierde su facultad. Las formas van perdiendo su magia poco á poco; los encantos físicos desaparecen al fin, y el cuerpo, de pasada hermosura, ya no tiene el poder de seducir; pero ese cuerpo sigue siendo la morada de un alma cuyas bellezas no son pasajeras y, de consiguiente, tampoco puede serlo el sentimiento que inspire: por el contrario, se arraiga y crece más, pues con ocasión del trato en la vida íntima, se han podido apreciar los verdaderos quilates de esa alma. Ahora, quien se case con una persona sólo porque su presencia lo encante, sin recono-

cerle prendas morales y sin estar sojuzgado por su alma, indudablemente ha puesto el pié en los umbrales de la desgracia. Fué autómata de un capricho efímero, y una vez extinguido éste por la satisfacción del deseo, la indiferencia ocupa su puésto; no muy tarde es reemplazada por el hastío, que se transforma en odio cuando vienen las quejas, los insultos y los maltratos. Los celos nacen entonces; nó engendrados por el amor, sino por la ausencia de éste y por el orgullo, y al sér que se amaba se cree capaz de todo lo malo, puesto que ningún sentimiento generoso inspiró su alma. Luego se suceden las escenas conyugales de que has hecho alusión y hé ahí una familia que viene á ser una lepra social.

—¿Y los que se celan sin haberse casado aún?

—Lo hacen, como ya te he indicado, porque la amistad no los une á la vez que el amor. ¿Quién duda de un amigo verdadero? Nadie; porque se le cree sincero; porque se tiene fé en su lealtad; porque se le juzga incapaz de una villanía; porque todo ésto es inspirado por su alma y porque con el alma se le quiere. Si solamente tus encantos físicos, hubiesen hablado á mis sentidos, yo podría dudar de tí, Panchita; pero como adoro tu alma y reconozco la belleza de tus dotes morales, me parece un sacrilegio pensar que puedas serme infiel. A tí te sucede lo mismo: ¿verdad lindeza?

—Ah! sí: tengo tanta fé en tí!..... Te adoro porque veo que tienes una alma noble y grande.

—Oh! grande no. Mi alma es tan pequeña, que ha podido holgadamente anidarse en el hoyuelo de tu barba.

—Vaya! exclamó Panchita soltando una carcajada. Desapareció el disertador formal y presentóse el romántico galán.

—Dí más bien que he terminado mi excursión por

las fuentes de muchas calamidades sociales para recrearme nuevamente en la contemplación de esa fuente de poesía que tienes en la barba.

—De poesía? ¿Por qué entonces no me dices en verso todo eso?

—Porque Petrarca murió, llevándose el privilegio de cantar dignamente á las beldades como tú.

—¿Es decir que no piensas dedicarme ni siquiera un acróstico? ¡Qué amante tan insípido eres! No perteneces á la última moda.

—En algo debo distinguirme de los enamorados vulgares que tienen la manía de dar con la pluma pinchazos á las musas, para que con sus chillidos desgarren el tímpano de la pobre humanidad.

—Haces bien; para quererte no es menester que me llames *sirena*, ni *sílfide*, ni *lucero*, y para creer que me amas, no es preciso que me digas en versos *que de mi barba el hoyuelo es un diminuto cielo; que mis hermosos y rasgados ojos hacen á tu alma prosternar de hinojos ;* y *que está tu mente delirante y loca por las sonrisas de mi linda boca*, etc, etc.

—Pues te hago justicia, Panchita mía, reconociendo en tí una de las excepciones de la regla. Generalmente, para las mujeres no hay defecto más imperdonable en un amante que el no saber hacer versos. Muchas hay que se han dejado morder la mano, celebrando la ocurrencia y que, cuando el amante les ha dado traidoramente un beso en las mejillas, han improvisado un fingido gesto de disgusto, que es al fin rematado por una carcajada; sinembargo, cuando se han convencido de que el galán no se arriesga en la fabricación de versos, le han dado con la ventana en las narices.

—¿Y supones tú, que es ese el defecto que la mayor

parte de las muchachas encuentra más imperdonable en un hombre?

—Sabes de otro? Cuál es?

—Los principales son dos: lo que llaman *pichirrez*; es decir: que no se arruine y entrampe, enviándolas un regalo por la mañana, otro al medio día y otro en la noche, y la falta de atrevimiento, el respeto, á lo cual dan el nombre de *timidez*. Para esas, quien no regala bastante no es buen amante. Parece que se complacen mostrando á sus amigas los escaparates llenos de los trofeos de sus conquistas, porque creen que por eso serán envidiadas y admiradas. Es por esto que cuando el carnero está esquilmado, lo mandan á paseo y atrapan otro. La quincalla formada por sus varios galanes, es el mejor espejo donde la coqueta contempla su hermosura. Ellas no comprenden un amante pobre, porque no puede dar *pruebas de amor*; es decir: brazaletes, sortijas, abanicos, etc., etc.

—Por supuesto que pagarán como puedan.

—Sin duda: y como no temen arruinarse por más besos que dén!.... Además, como dije ya, *timidez* llaman ellas el respeto que se debe tener á toda señorita; y este es el segundo defecto. Si á los cinco días; (qué digo á los cinco!) si al siguiente día de haber recibido el *sí*, el amante no pide un beso á su amada, ya está mal parado; si á los diez no lo ha hecho, empieza á recibir desaires, y á los veinte, á más tardar, recibe su patente de fátuo y con ella el pasaporte.

—Parece, Panchita, que has estudiado muy bien el punto en tus amigas.

—Ah! sí: de diez ó doce, no amigas, sino *conocidas*, que he tratado, una solamente ha pensado y procedido de diversa manera. Para todas las demás, un joven respetuo-

so es un necio insufrible, incapaz de hacer bien el amor, é indigno de que ninguna mujer lo acepte por galán.

—¡Qué verdad tan soberana has dicho, Panchita! Es por eso que el velo nupcial cubre casi siempre mejillas marchitas por los labios de unos cuantos enamorados de oficio. Muchas veces, cuando la curiosidad me ha detenido junto á alguna de las ventanas de la Gobernación para presenciar un matrimonio, he oido decir á alguien en voz baja, señalando á otro la novia: *he perdido la cuenta de los besos que la he dado.* Cierta noche, cuatro jóvenes, conocidos míos, me detuvieron al pasar por una esquina para hacerme algunas preguntas. Poco rato después llegó otro, de andar afectado y petulante en extremo: traía la mano derecha metida por entre la abertura del chaleco, como si estuviese contando los latidos del corazón: nos saludó con una de esas largas y dilatadas cortesías que solo se ven en la Casa Amarilla y nos dijo: "Dispensen ustedes que no les ofrezca mi mano; pero no los creo bastante dignos para estrechar la que acaba de acariciar la escultural garganta de una ninfa encantadora."

Risas y desprecio fué todo lo que alcanzaron estas palabras. Uno de aquellos jóvenes exclamó:—"¡Gran puñado son tres moscas!.... Dí, cupido: ¿no notaste si la escultural garganta tiene callos ó surcos producidos por otros dedos? Si no los tiene, forzoso es confesar que mi pellejo es más delicado que la garganta de esa ninfa, porque..... mira, toca esa mano y verás que callosa está!" "Y la mía; y la mía," dijeron dos más. Se abandonó el tema de la política que era el que nos ocupaba y siguióse hablando de amoríos y muchachas. Tuve que permanecer con ellos un rato más, imponiéndome de sus propias alabanzas, de sus aventuras, de sus conquistas y de las culpables y livianas complacencias de niñas cuyos nombres y apelli-

dos salieron á relucir. Este mostró un retrato, iluminándolo con una cerilla, lo besó y se lo aplicó al corazón con cómico ademán. Aquel dió á oler un billetico perfumado, leyó sus últimas palabras y enseñó la firma, preguntando: ¿"La conoces?" Otro sacó de una cartera, llena de flores secas, un largo rizo de pelo rubio, y dejando que la luz del farol le diese de lleno, dijo:—"El oro de El Callao no brilla tánto! Sabéis de quién es?" "Vaya!..... le interrumpieron. ¿Quién no conoce el pelo de Amalia?" ¿"Y quién no tiene una muestra?" agregó quien sacando otro rizo lo puso en parangón con el primero diciendo:—"Me parece que son hermanitos."

—Ah! Dios mío! me interrumpió Panchita. Pobres muchachas! ¡Cómo se exponen á ser desacreditadas y á servir de tema en conversaciones callejeras! Ellas mismas tienen la culpa. Saben que lo pierden todo, aceptando por amantes á jóvenes libertinos, renunciando las consideraciones debidas y satisfaciéndoles sus ofensivos caprichos, y, sinembargo, no tienen más voluntad que la de ellos y se olvidan de la propia dignidad.

—Has dicho que lo pierden todo y has dicho la verdad. Un beso en la boca es un paso dado en un plano inclinado y resbaladizo. Sé de varios jóvenes que tuvieron las mejores intenciones de casarse; pero se les ocurrió la idea de someter á pruebas á sus prometidas, pidiéndolas un beso, por ejemplo, y una vez logrado, adiós respeto! adiós veneración! y adiós proyecto de matrimonio!.... Y esto es natural; porque desde el momento que un hombre recibe un beso de quien piensa hacer su esposa, no puede dejar de creer que otros más la hayan besado anteriormente, y debemos convenir en que no debe ser muy satisfactorio, que digamos, eso de presentarse á la sociedad dando el brazo á una especie de

pila de agua bendita.

—Por eso es, dijo Panchita, que concluyen muchos compromisos sin saberse el por qué, ó presentando por causa algún fútil pretexto.

A este punto había llegado nuestro largo y agradable coloquio, cuando se presentó misea Josefa exclamando:

—¡Échenle!..... Bien se conoce que no tienen huesos esas lenguas. Qué *bacarat* tan bien tallado! ¿Todavía ninguno de los dos está desbancado?

—Nuestra imaginación, valiente buzo, contesté, se ha paseado por las honduras de la filosofía social y ha visto flotar en la superficie de nuestra sociedad algunas fétidas algas que se llaman *costumbres*, muy generalizadas y bastante cancerosas.

—Pues ahora sé lo que no sabía, dijo riendo la buena señora. Los enamorados suelen fi-lo-so-far. Por supuesto, Panchita, que sobre tanta fi-lo-so-fí-a no te harán daño un plato de hervido y unas costillitas asadas. Verdad? Y tú, dijo dirigiéndose á mí, ve á entenderte con aquella filosofía que te aguarda en el comedor.

XVIII

Terminado el almuerzo y una vez solos, misea Josefa sentóse á mi lado, me anunció que la enferma reponía con una siesta la mala noche anterior y comenzó á darme bromas y á celebrar la felicidad de que gozábamos, terminando con estas palabras:

—Supongo que nunca habías imaginado toda la inmensa ventaja de un proceder caballeroso y correcto. Si yo no te conociera tan á fondo y si no hubieras dado á Pan-

chita pruebas muy elocuentes de la nobleza de tu alma, desde tu encuentro con ella, no te estarían permitidos esos diálogos sin testigos que tan feliz te hacen.

—Pero en verdad, no merezco nada menos. Desde un principio la inspiré confianza, porque las primeras palabras que oyó de mis labios fueron la expresión del más profundo respeto. Un libertino habría abusado de su desamparo, y hasta la hubiera juzgado desfavorablemente; yo fuí desde un principio su protector, y jamás el corazón me impuso una veneración más grande por mujer alguna. En cuanto á usted, sé el concepto que la merezco y sé también que el hecho de haber conducido aquí á Panchita habla muy alto en confirmación de ese concepto.

Continuamos hablando sobre esto y otras cosas hasta que, recordando yo mis estudios, quise aprovechar la buena disposición de mi ánimo para asistir á las clases de esa tarde.

A mi regreso encontré á Estrada, quien llevaba idéntica dirección; juntos entramos á la habitación de la enferma y juntos también salimos para repetir mis indagaciones sobre el estado de la enferma.

Por segunda vez quiso engañarme, pero claramente ví que la expresión de su rostro contradecía lo que sus labios sostenían.

Hubiera preferido la verdad, por terrible que fuera, á aquella incertidumbre de aceradas garras.

Maldije la hora en que entre los estudios de derecho y los de medicina opté por aquellos; pues de lo contrario, hubiera podido deducir, por el tratamiento de Estrada, el verdadero estado de Panchita.

En la noche ella me confesó que la siesta que había dormido había sido provocada por la violenta fiebre que la había entrado después de almuerzo, y como tosiera muy

continuadamente, dijo:

—Esta tos me molesta mucho; ya me duele el pecho de tanto toser.

Después de una corta pausa agregó con marcada amargura.

—Todo esto son malos síntomas.

—Recuerdo que nos dijiste que tenías esa tos desde antes de salir de la casa de tu padre, y como no te hiciste remedios desde su principio, se te ha hecho crónica.

—Si es verdad: pero antes no me mortificaba tanto como ahora, ni era tan continuada: es muy mala, convéncete.

Ocurrióseme la idea de mentirla para desvanecer su preocupación, y por eso la dije.

—Sabes una cosa? Yo también me había fijado en el progreso de esa tos y angustiado por ello, pregunté á Estrada si era peligrosa, pero me tranquilizó completamente.

Sus labios, algo pálidos yá, dibujaron una sonrisa con tintes de incredulidad y amargura.

—Parece que no me crees, Panchita, y te has encaprichado en dar á esa tos la importancia que no tiene. ¿No has notado que yo también toso á menudo? Sinembargo, no me preocupo por ello.

—Tu tos, amigo mío, es producida por el catarro que tienes. Con un ponche la harías desaprecer. Encárgaselo á misea Josefa para que lo tomes esta noche y no te serenes. Las noches están frías y en este tiempo son peligrosos los catarros.

En efecto; yo tenía un fuerte catarro, como todos los que dán en los meses de diciembre y enero, y me había afectado el pecho.

En la noche tosí muchas veces fingidamente, con la

idea de ver si de esa manera se preocupaba menos Panchita por su tos.

Ella exigió á misea Josefa que me hiciera un ponche de sábila y leche y me ordenó que me acostase temprano, encargándome además, con cariñosa solicitud, que me abrigase con una ó dos cobijas de piés á cabeza.

Cuando volví á su lado el día siguiente, la encontré desbaratando el abrigo que llevaba en la cabeza la noche que salió de su casa.

—¿Por qué tratas tan mal á ese infeliz abrigo? la pregunté.

—Mal no; al contrario; lo voy á transformar ventajosamente para él. No adivinas mi intención?

—No, por cierto.

—Pues mejor, siempre lo que sorprende vale algo.

—Pero como me has despertado la curiosidad, supongo que harás la obra de caridad de dejarla satisfecha.

—Hombre y curioso? Es extraño! Creí que la curiosidad estaba monopolizada por mi sexo.

—Mas como soy hijo de mujer, tengo una pequeña parte por herencia materna.

—¿Y de paciencia no tienes alguna cantidad?

—No siempre; pero sí una muy grande de complacencia para tí, y si me ordenas que espere la sorpresa, te obedeceré ciegamente; pues has de saber que soy una medalla que, aunque de cobre, es por el anverso tu esclavo y por el reverso.... tu dueño. Digo bien?

—En cuanto al reverso, bien dicho está; en lo demás, paréceme que exageras.

—Y á mí me parece que quieres mostrarte tan desprendida como pretensioso he sido.

De esta manera continuamos nuestro diálogo, to-

mando yo, como siempre, á empeño el distraerla.

Unos días después me presentó una bufanda diciéndome:

—Para hacerte esto fué que desbaraté mi abrigo. ¿No es verdad que te gusta más así que si hubiera sido tejida con estambre nuevo?

—¡Qué inteligente eres! Permite, pues, que pague con un par de besos á cada una de esas preciosas mancs que tal ofrenda me hacen. No tiene mi alma moneda más valiosa.

Cuando sus manos quedaron libres, me dijo riendo:

—En la Universidad enseñarán todo, menos á contar. Un par es una decena? Has dado veinte besos á mis manos!

—Y á fé que les daría mil, si no supiera que el mucho calor marchita los pétalos del jazmín.

—Pues, como les has pagado excesivamente, permite á tu vez que estas manos (formadas con pétalos de malabares) te devuelvan el exceso, colocándote en el cuello la bufanda. Verás ahora cómo se te calmará la tos.

¿Otro, antes que yo, habrá experimentado la indescriptible complacencia de que su amada le abrigase cuidadosamente el cuello, temerosa por la pérdida de su salud?

Si hay alguno, ése solamente podrá comprender lo que sentí; que los demás juzgarán *simpleza*, pero que yo llamo *goce sublime*.

Cuando se adora con el alma, gozamos hasta con la tristeza que revela en su semblante nuestra amada por la enfermedad ó el pesar que nos afecta.

¡Cuántas veces interrumpí la alegría que presidía nuestros dulces coloquios, para quejarme de un fingido

dolor de cabeza, sólo por ver cómo la fisonomía de mi Panchita pasaba súbitamente del regocijo á la angustia!

Ella entonces poníase á meditar: llamaba en su auxilio sus conocimientos sobre la medicina casera, y terminaba generalmente recomendándome el *Agua Divina.*

—Muchas veces me la he puesto, la dije una vez, y no ha surtido efecto. No sé si será que tengo mala mano; ¿quieres ponérmela tú?

Mientras pasaba por mi frente su mano humedecida con la citada agua, me dijo:

—¿Verdad que tengo vocación para ser Hermana de la Caridad? Te gustaría que lo fuera?

—Después de muerto, quizás; por ahora, solo me pareces espléndida para ser mi esposa. ¿Qué te sería más grato: ser ángel de mi hogar ó ser ángel de un hospital?

—Responde tú por mí.

—Pues serás lo primero y no deberás envidiar la gloria de las beneméritas hijas de Vicente de Paúl, pues, aunque grande, no lo es tanto como la incomparable de ser *madre.*

Esta palabra, que se me escapó no sé cómo, hizo bajar la mirada á Panchita, sin duda porque vislumbró el cuadro que en ese instante había trazado mi mente, y en el cual figuraba ella, rodeada de la tierna prole que en mis delirios creí que me estuviese prometida....

¡Cómo se complace á veces la imaginación en ser optimista y dibujar paisajes bellísimos allí donde sólo habrá desiertos y zarzales, para luego ¡ay! hacer la realidad menos sufrible!

Yo quise gozar paladeando el almíbar de las ilusiones.

¡Qué amargo es el agenjo de que se halla rebozante la copa que me ha ofrecido mi destino!

XIX

—¿Sabes que si yo fuera tu médico te daría un regaño de padre y muy señor mío?

Esto dije á Panchita entrando á su cuarto cierto día después de almuerzo.

—¿Por qué, querido amigo? preguntóme.

—Porque no haces bien en leer, y porque has debido esperarme, si deseabas saber lo que dice ese libro.

—Te engañas completamente. Como son oraciones me harán, por el contrario, mucho bien, y tú no me agradecerías que te invitase á rezar. Verdad?

—Respecto á esto, te diré que contigo todo me agradaría, y en cuanto á lo primero, quiero advertirte que toda lectura te hará daño; ya sea la de una novela ó la de.... ¿cómo se titula ese libro?

—*Ancora de Salvación.* ¿Pero supones que nada he de lograr con las oraciones que rece en él, á pesar de la fé que me inspiran?

—Los beneficios que de tu fé pudieran desprenderse quedarían neutralizados por la infracción á lo preceptuado por la ciencia. Bien sabemos que por la sola virtud de la predisposición, favorable ó funesta, se obtienen resultados análogos á ella; pero sí, como en este caso, hay otra causa que los neutralice, nada se habrá ganado. Por esto, vería con agrado que rezaras solamente las oraciones que conserva tu memoria, ó las que pueda improvisar tu alma. No desobedezcas á la ciencia, ateniéndote á tu fé.

—Si lo deseas, te complaceré, díjome con una mezcla de ternura y humildad.

—Gracias, Panchita mía; sí lo deseo, por tu bien y por el mío.

—Yo preferí las oraciones de este libro porque son muy buenas.

—Para el creyente deben ser todos iguales. Las palabras escojidas, las frases sonoras y los períodos correctos nada pueden significar. La fé con que se ore es lo que proporciona tranquilidad al espíritu, y de la tranquilidad del espíritu bien sabemos lo que puede esperarse. Para la oración no hay moldes, amada Panchita. Suelta ese libro, cuya lectura te hace mal y deja que tu alma se prosterne é improvise sus plegarias.

—¿Y tú cómo rezas?

—Con la elocuencia del silencio.

—¿Es decir que no rezas?

—Sí; pero á mi modo.

—No me puedo explicar ese modo.

—El día en que ambos entramos al paraíso; es decir, cuando nos confesamos nuestro amor, me preguntaste si ya había comprendido yó que me amabas; esto prueba que sabes que no solamente hablamos con la boca. Me entiendes ahora?

—Yo temía que mis acciones me hubieran vendido.

—Pues, precisamente; con las acciones es que yo rezo. Antes de ponerme á ensartar una tras otra las cuarenta ó cincuenta oraciones de ese libro, doy cuarenta ó cincuenta limosnas. Quiero así distinguirme de los devotos por apariencia, que rezan mucho y obran mal. Esos deberían creer que lo que más debe agradar á Dios es que se socorra á los pobres, á los cuales deberían considerar, como á todos los hombres, *hijos de él*, á pesar de decir el

Credo que Jesucristo es *su único hijo.* Más que las oraciones, las limosnas que doy tranquilizan mi conciencia y proporcionan á mi alma fruiciones más inefables. Por eso opino que misea Josefa, por ejemplo, que viene entrando, lo haría mejor si diese á los pobres los cinco centavos que invierte en una vela cada vez que va á rezar una novena, cosa que hace dos veces diariamente.

—Ya vuelves con tu tema de siempre, dijo la buena señora que, en efecto, en ese momento entró.

—Pero, querida vieja; ¿no vé usted que las velas no nutren á los santos, mientras que el pan si nutre á los mendigos, y que el equivalente de cada vela son tres hogazas?

—Pero, ¿no sabes, testarudo, que yo también doy limosnas?

—Lo sé, y sé además que si sus imágenes no fumasen tantas velas, los pobres á quienes proteje comerían más; lo cual sería mil veces más loable, pues no hay temor de que esos infelices mueran de apoplegía, ni que sus santos se descríen si no comen velas y beben aceite.

—En fin; no estoy ahora para discusiones; quédate con tus caprichos y tus teorías que yo tengo mucho que hacer.

—Esto diciendo, la amable patrona se dirigió á la puerta, pero Panchita la hizo detener diciéndola:

—Señora: permítame. ¿Quiere usted regalarme este santico?

—Sí, hija mía; cómo no!

—Gracias. Está bendito?

—Sí; y por otro santo.

—¿Por la Papisa Juana, misea Josefa?

Esta última pregunta la hice yo; pues suelo bromearme con la que, como casi todas nuestras matronas, tiene muchos humos de fanática.

El santico que Panchita habíala pedido era una pequeña estampa de San Rafael, que se hallaba entremetida en el *Ancora de Salvación*, perteneciente á misea Josefa.

Una vez que ésta hubo salido, gruñendo por mi última pregunta, Panchita me dijo:

—Bien veo que no participas de muchas de nuestras creencias; sinembargo, quiero hacerte un escapulario de San Rafael, para que te acompañe y te cuide. Lo aceptarás?

—Pues no he de aceptarlo, bien mío!

—Yo le rezaré por tí; sabes?

—Convenido; pero si lo deseas, también le rezaré.

—En ese caso lo harías sólo por complacerme, y lo que no se hace expontáneamente, de nada sirve.

—Es que siendo expontánea la causa; es decir, el deseo de hacer tu voluntad, expontáneo es también el efecto.

—¿Pero no lo harías por fé?

—Si deseas además que tenga fe en la virtud divina del escapulario que me harás, la tendré.

—Eso no me huele bien, repuso ella con un graciosísimo mohín. Adivino tu intención de hablar conmigo sobre esas cosas, evadiendo las discusiones, y te la agradezco.

—¿Sabes cómo definen la fé?

—Es una virtud hija del cielo: nó?

—Pues bien; para mí, tu voluntad es una orden, y tú, mi cielo eres. De consiguiente, mi corazón acojerá con agrado toda creencia que venga de tí, trasmitida por tu voluntad.

—¿Sabes que ignoraba que tuviese vocación para misionera?

—Pues convéncete de que nadie mejor que tú posée

el dón de convertir. Se me ocurre una comparación, que bien puedo soltar, puesto que soy el único hombre que la escuchará, y quiero en tu presencia alardear de modesto.

—Vá con la comparación, pues.

—Los hombres somos como los cerdos.

—Como los cerdos?..... ¡ Virgen Santa !! ¿ Y yo estoy enamorada de un cerdo, y no lo sabía? Tu comparación, amigo mío, hiere también mi orgullo de mujer de buen gusto. ¿Dónde iba yo á pensar que se pareciera á un puerco un joven de veinticinco años, amable, espansivo, generoso, de modales distinguidos y presencia simpática, y en cuyo rostro, con excepción de la nariz, no hay nada feo?

Estas frases de Panchita provocaron hilaridad en mí; tanto porque me hicieron cosquillas en la fibra de la vanidad, que sin duda alguna la tengo muy delicada, puesto que soy de este siglo, como porque fueron pronunciadas con gracia encantadora.

—¿Sabes, la dije, que el amor servirá para todo, menos para fabricar espejuelos?

—No sé si tienes razón, porque no los uso. Pero, volvamos á tu peregrina comparación. Decías que los hombres son como los cerdos. ¿Querrás rectificar ó explicarte mejor?

—Gustosísimo. ¿Has visto cómo se resisten los cerdos á andar cuando el látigo los acosa, y cuán dócilmente siguen á quien los llama con una totuma con maiz? El lema de los puercos es el siguiente: *Por las malas ni al chiquero ; por las buenas, hasta el matadero.*

—Ya voy entendiendo.

—Pues bien; los hombres tenemos un lema parecido. Los que con injurias y amenazas quieren llevarnos

al imperio de la fé, pierden su tiempo; por el amor y con la dulzura, se nos puede conducir á todas partes. Siempre que deseando creer en ciertas cosas, he ocurrido á algún sacerdote para que inculque en mi cerebro lo que esté tan tenazmente ha rechazado, he salido con la bilis movida y con la nieve de la duda más sólida aún. Deseaba oir razonamientos luminosos y deducciones innegables y sólo he escuchado improperios, insultos y amenazas. No se me ha dicho: *Esto es así por ésto y ésto*, sino se me ha llamado *hereje*, *ateo*, *condenado*, *imbécil &c. &c.* Quise bañarme con luz y se me salpicó con baba inmunda: quise palpar preceptos inviolables de la religión y recibí todos los irritantes calificativos del vocabulario del impotente fanatismo. Pretender que úno crea por la fuerza y nó por la razón, es *contraproducentem;* pues una vez que se nos logra exasperar, juzgamos ridículas las creencias que consideramos consoladoras, aunque falsas; y sus sustentadores, á quienes quizás llegamos á respetar, acabarán por inspirarnos odio ó desprecio. Tú, en cambio, Panchita mía, me hablas con cierta ternura; me haces tan feliz, que me encuentro en la mejor disposición para creer en todo lo que tú creas. Semejante al fluido magnético, tu fé puede obrar sobre mí por inducción. Para la conversión no hay más que dos poderes: el poder de la razón y el poder del amor. Mi cerebro aún no se ha sentido subyugado por el primero en los momentos en que ha clamado por el renacimiento de algunas consoladoras creencias de mi infancia; pero mi alma, en cambio, dócil por el fuego de tu amor, cuando se siente incomparablemente feliz, está, como blanda cera, dispuesta á recibir la misma forma que tu alma tiene, con todas las molduras y lineamientos que la fé la ha impreso.

—¿Y no temes, amigo mío, que á la mía le suceda lo

mismo con relación á la tuya? ¿No temes que se me contagie tu duda?

—No; porque la fuente de mis dudas es el cerebro; y para hacerte flaquear en tus creencias, yo no tendría más fuerza que la del raciocinio; la que no emplearé contigo. Sabes que en el hombre predomina el pensamiento, y en la mujer tiene la preponderancia el sentimiento: esto es cuestión de naturaleza. Entre un cerebro y un corazón no debe haber discusión; y el hombre es cerebro y la mujer corazón; por eso yo dudo mucho, y tú, toda sentimiento, dás á mi alma esa ductilidad de la infancia. Mi alma es una recién nacida en la vida del amor.

—Pues entonces voy á mandar á llamar al padre E.. para aprovechar la buena ocasión de convertirte.

—Ni por un pienso! porque entonces me volvería todo sesos en presencia de un hombre todo bilis. Aquí tienes otro Saúlo; tú eres el rayo de luz descendido del cielo. No necesitas sino hablar, como díz que habló la voz misteriosa al que fué después San Pablo, para que me veas dispuesto á todo. Cuando estoy á tu lado, soy un coloso de felicidad y un niño por el sentimiento y entonces estoy dispuesto á creer hasta en el *coco* y en que las brujas salen los sábados; aún más: también en la infabilidad del Papa y en los milagros de los santos.

—Pues eres lo contrario de los demás, que son devotos cuando están temerosos ó en la desgracia y se olvidan y dudan de todo cuando se sienten dichosos. Me dijiste que si yo te hablara como habló Dios á San Pablo, te vería dispuesto á todo. ¿Ratificas este dicho?

—A todo; menos á vestir sotana. Sabes por qué?

—En ese lazo pensé cojerte. ¿Por qué no te echarías los hábitos?

—Porque estoy *requeteenamoradísimo* de cierta seño-

rita y quiero acatar la ley natural, la ley del progreso, la ley social, erigiéndome en padre de una familia. Los curas están en pugna con esas leyes. Reniego de la sotana, porque es la envoltura del egoismo, cuando no de la hipocresía. De la sotana se ha querido hacer el velo de la castidad; pero, ¡cuán fácilmente se ha convertido en las alas del murciélago del perjurio!

—Jesús! amigo mío; de que manera te expresas!

—Pinto con la paleta de la verdad y con sus colores más vivos; pero no exagerados; sinembargo, si te repugnan, hablemos de otra cosa.

—Continúa. No me indignaré por oir lo que no sea contra Dios, ni contra tí. ¿Opinas tú que los sacerdotes deberían ser casados?

—Te contestaré después de tomarte ese *confortable* que te trae esta buena vieja, que *vale un mundo; vale dos...*

—¡Santa Tecla!! dijo misea Josefa, presentando á Panchita un vaso con caratillo de arroz. Estos pichoncitos ayer no más salieron del cascarrón y ya cantan más que todos los arrendajos de Barlovento.

XX

Una vez que Panchita hubo dado cuenta del caratillo y misea Josefa salido del cuarto, aquella me dijo:

—Bueno, pues, prosigamos: ¿te gustaría que los curas se casaran?

—¿No fumas antes un cigarrillo? Sobre el caratillo cae muy bien.

Esto diciendo, la presenté una caja de *La América.*

—Mírame los dientes, mírame los labios y mírame

los dedos—respondióme con gestos adecuados. ¿Están negros, morados y amarillos?

—Al contrario: los veo brillantes, encarnados y blanquísimos.

—Pues eso te prueba que no soy de las mujeres que imitan á los hombres hasta en sus vicios.

—De ello estaba yo muy cierto; por eso te ofrecí el cigarrillo; pues si hubiera creido que tenías ese vicio, me hubiera guardado de hacerlo.

—¿Te chocan mucho las mujeres fumadoras?

—Muchísimo; y á todos los hombres, siempre que no sean cigarreros; aunque algunos lo disimulan para echarla de tolerantes. Para mí es motivo para tirarme de espalda el ver á una niña bonita con una pierna sobre la otra; con un puño sobre el muslo, con un codo sobre el puño, con un cigarrillo entre dos dedos y con la boca y la nariz convertidas en chimeneas.

No sé por qué causó tanta risa esta contestación á Panchita.

—Pues, amigo mío, me dijo, si tuvieras intimidad con todas las caraqueñas, vivirías tirándote de espaldas.

—Lo sé, y estoy por creer que poseo la linterna de Diógenes, puesto que he hallado una caraqueña que no fuma.

—Hay otras más; no muchas; pero.... dejemos en paz á las fumadoras y contesta á mi pregunta: ¿te gustaría que los curas se casaran?

—Sí: un padre de familia sería el mejor sacerdote. Nadie puede creer en la castidad de los curas y, de consiguiente, son juzgados hipócritas (salvo el uno por millar). ¿Qué valor, pues, podremos dar á los sermones y consejos de un hipócrita? Aparte la imbecilidad, el fanatismo y la misma hipocresía, ¿quién se inclinará ante un

clero que cae al fin en el perjurio, porque su primer paso es un juramento contra un imperioso precepto natural? La hipocresía tonsurada: he ahí nuestro clero. La institución del matrimonio es una institución divina por moral; es el arco toral del edificio social; es el manto de la honorabilidad. Es algo más: es una incontrovertible imposición de la conciencia. Las palabras *creceos y multiplicaos* son la síntesis de todo esto y se extienden á todos, y quien acate á Jesucristo como legislador de la moral, debe aceptar sus preceptos, y quien vive en el seno de la sociedad, debe aceptar lo instituido por el Poder Civil. La Naturaleza impuso la reproducción; Jesús y el Estado la refrendaron con el sello de la moralidad. Que un padre de familia, por honorable y virtuoso que sea no pueda ser sacerdote de la religión del Cristo, ¿háse visto absurdo más estupendo? Quien imponga la moral y practique la virtud en su hogar, ¿por qué no ha de poder aconsejar la virtud y predicar la moral en el templo? El sacerdote no debe hacer otra cosa; lo demás son ridiculeces.

—En todo eso te concedo la razón, amigo mío. Verdaderamente, sería magnífico, admirable, ver á un padre de familia, respetable, como varios que conozco, en un confesionario para darnos consejos, ó en el púlpito para señalarnos los vicios que debemos extirpar, los peligros de que debemos huir y las virtudes en cuya práctica nos hemos de ejercitar.

—Mas es el caso que hay tenaz oposición para que tan grandioso espectáculo nos deleite, porque los más han querido, ante todo, hacer del sacerdocio un monopolio, reservado únicamente para los que prefieran el sopor de la holgazanería á las caricias de unos hijos; para los que se sientan tentados por las promesas de un negocio lu-

crativo y desprecien las gratísimas fruiciones que proporciona el calor de la familia; para los que no tengan, en fin, corazón de padre, sino un bólido de hipocresía para andarse escurriendo por entre las puertas secretas de la inmoralidad. Desearía yo saber lo que pasaría por el ánimo de un cura que tuviese la dicha, como la tuve yo, de encontrar en su camino un ángel como tú. También quisiera saber de qué sustancias está formado su corazón, si en el acto no le entran tentaciones de rasgar su sotana, y qué clase de sentimientos podría abrigar su alma, si no se arrodilla ante tí para adorarte.

—¿Te olvidas amigo mío, de que todas las almas y todos los corazones no pueden ser tan generosos como tu corazón y tu alma?

—Pues quien tenga libre el corazón, te vea y no te ame, ni sabe apreciar la virtud y la belleza, ni es capaz de amar á nadie. ¿Sabes que desde que te conozco estoy por creer que hay en mí algo más que materia y que llevo á Dios en mi alma? Me parece que lo siento cuando estoy á tu lado; que lo veo cuando me miras, y que lo oigo cuando escucho tu voz. La Iglesia de la Inquisición quiso convertir la humanidad con fuego de leña; bien se ve que no conocía el fuego del amor.

—¿Es decir que te he convertido? Ay! que contenta estoy! ¡Ojalá no digas eso sólo por galantería ó por darme gusto!

Esto diciendo, mi amada hizo un gracioso gesto para expresar su satisfacción y luego, por tres veces, con el pulgar de su diestra hízome una cruz en la frente agregando:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Haz otra en nombre tuyo.

—¿Te agrada mucho que te hagan cruces en la frente?

—Tanto, que estoy por exigirte que me hagas una en nombre de cada una de las once mil vírgenes?

—Entonces te sacaría sangre.

—Primero se te gastaría ese dedito, tan chiquito, tan suavecito, tan blandito y.....

—Apuesto que me vas á decir que fué formado con pétalos de rosa mosqueta, del modo que hacen los bastones de barájas.

—Si me aseguras que en el cielo se cultivan las rosas mosquetas, no vacilaré en decírtelo.

—Yo no he estado nunca en el cielo. ¿No recuerdas que vine del infierno?

Cuando estas palabras dijo, alusivas al hogar de su padre, Panchita bajó los ojos é inclinó la cabeza, cuyo movimiento fué aprovechado por una de sus hermosas clinejas para venirse hacia adelante y disputar al *Ancora de Salvación* las caricias que le prodigaban tan delicadas manos.

Cuán afortunada fué! Después de hacer Panchita que le lamiese repetidas veces la palma de su izquierda, agitándola como una brocha, púsose á quitarle las *horquillas.*

—¿Querrás, Panchita, poner dentro del escapulario que vas á hacerme esas hebras de pelo que te estás arrancando?

—No, señor mío; eso sería un sacrilegio. ¿De cuándo acá las reliquias son guardapelos?

—Cuando el pelo es de un ídolo, bien puede estar junto á la estampa de un santo. Llamas á eso sacrilegio; sinembargo, cierto estoy de que no vacilarías en poner en lugar del pelo un pedacito de las medias que usó Pío

IX. Verdad? Pero, mira: transijamos. Debes tener algún escapulario; dámelo y haz el de San Rafael para tí. Sin pelo tuyo, no me gustaría.

—Lo que tengo es un rosario que me dió mi madre en su última hora. Me propuse llevarlo hasta la tumba; pero ya que estoy al borde de ella, voy á confiártelo. Nadie mejor que tú sabrá conservarlo y venerarlo.

Dichas estas palabras, besó repetidas veces, regándolo á la vez con sus lágrimas, un rosario que se había quitado, de cuentas negras y *avemarías* de oro. Después agregó:

—Tómalo.

Comprendiendo yo la necesidad de alejar la conversación del tema de la separación eterna, iniciado ya por la pobre niña, la dije:

—No lo acepto aún.

—¿No lo aceptas, amigo mío? Por qué?

—Porque quiero que me lo entregues en cambio de las arras y anillo que á su tiempo te daré.

¡Qué desgraciado anduve al pronunciar tal frase!

Su efecto fué totalmente opuesto al que me había prometido; pues ella bien sabía que la felicidad á que hacía yo alusión no sería jamás alcanzada por nosotros, para–rayos de la desgracia.

Una violenta trepidación en todo su sér me hizo comprender que la implacable muerte había empujado á mi adorada Panchita para que diese un paso más en el camino fatal que conduce al imperio de las impenetrables sombras.

La lividez de sus mejillas aumentó; sus labios intentaron decir algo; pero la mordaza de un sollozo lo impidió; sus ojos, humedecidos, miraron á lo alto, después fijáronse en mí y notando la viva conmoción revelada en mi

semblante, sus párpados, diminutas cortinas de un cielo en miniatura, cayeron, pretendiendo inútilmente contener las lágrimas que, talvez por haber sido condensadas por la forzada abstinencia, sin dejar huella alguna rodaron por el pálido y finísimo terciopelo de sus mejillas.

Una de sus manos sirvió de apoyo á su desfallecida y angelical cabeza, y la otra y las mías se conectaron para que se trasmitiesen de su sér al mío las ondas de dolor que partían del corazón que tanto me amaba, que sufriera tanto y que tan digno fué de ser el predilecto de la dicha y nó una víctima del infortunio, incalificable absurdo que tan poderosamente me ha tentado á pensar en la ceguedad del infinito.

Yo hacía esfuerzos para hablarla, con el fin de distraerla, más no podía vencer mi emoción.

Un acceso de tos la sobrevino, y cada uno de sus impulsos resonaba lúgubremente bajo la comba de mi cráneo, como resuenan bajo las bóvedas del panteón los golpes dados por la piqueta para abrir la sepultura de un sér querido.

—Hazme el favor—me dijo—de mezclar con dos dedos de agua quince gotas de la medicina de aquel frasco de tapa de cristal.

Mientras yo daba cumplimiento á su orden, ella no cesó de toser, y cuando me volví para entregarla el medicamento, el vaso que lo contenía se escapó de mis manos.

¿Qué había visto?

La imagen de la muerte representada por una azucena en botón.

En la preciosa cabeza de Panchita, caída hacia atrás y apoyada en el espaldar del mecedor, parecía que habían sido borrados por el dedo de la terrible parca

todos los lineamientos de la vida.

Entreabiertos sus párpados y sus labios, y extinguido el sonrosado tinte de éstos, dejaban ver solamente la nevada orla de sus negras pupilas y el nacarado esmalte de sus dientes.

Una escupidera de blanca loza que á su izquierda estaba se había teñido de carmín.

Sangre había salido de los pulmones de mi amada, y toda la mía me parecía que se había evaporado de mis venas ó convertido en hielo.

La tomé ambas manos y se las sacudí suavemente, diciéndola en el más alto tono de la angustia:

—Panchita! Panchita mía! qué tienes? ¿Te han hecho daño mis últimas palabras? No he querido entristecerte. Perdóname!....

Miráronme sus ojos y dejaron escapar un par de perlas, y sus labios se plegaron para dibujar una sonrisa, quinta esencia de la tristeza, mezclada con una dosis de pasión elevada á los cien grados. Después me dijo:

—Soy yo, mi buen amigo, quien debe pedirte perdón. Tú no has hecho más que intentar alegrarme con el recuerdo de nuestra ilusión más querida, pero á la vez más imposible. Perdóname que haya turbado con mis lágrimas la amemidad de nuestro diálogo. Pero..... qué he de hacer? No es mía la culpa. Hace días, cuando me hablabas de nuestro soñado matrimonio, la incertidumbre me hacía sonreir; pero ahora, al ver desde el umbral de la otra vida las cenizas y el humo de nuestro hermoso castillo de ilusiones, sufro horriblemente, no tanto por la parte que me corresponde en la burla del destino, como por pensar lo desgraciado que vas á ser por habérsete contagiado mi mala suerte. Si no me hubieras hallado en tu camino, serías feliz. Perdóname, amigo

mio; en cambio de tu felicidad te he dado toda mi alma...

Largo rato luché con la emoción para poder hablar.

—Pero..... Panchita mia: la dije al fin. ¿Cómo es posible que dés acogida á tan injustificables pensamientos? Desecha esos caprichos, incomprensibles y además peligrosos para tu estado, delicado sí; pero no mortal.

Sacudiendo en señal de duda la cabeza, me respondió:

—Yo lo conozco muy bien. Créelo; no estoy engañada: yá es tiempo de que nos vayamos preparando para recibir el terrible fallo de Dios.

—Amada mía! dije separando de su rostro el afortunado pañuelo que bebía su llanto. ¿De cuándo acá esa manía? Olvídala y torna á ser festiva y confiada.

—Festiva lo he sido á veces, porque has tenido poder para trasformar mi corazón con tu presencia; pero nunca he confiado en el porvenir. La felicidad de amarte y ser amada por tí, parece que se me ha concedido solamente para que me sea dolorosa la muerte, único bien que esperaba.....

Ambos guardamos un profundo silencio, y nos parecía que la vida universal se había detenido en su camino.

Si los átomos del aire hablasen, hubiéramos podido escucharlos.

—¿Qué pasaba por Panchita?

Su mirada, envuelta entre las sutiles gasas de sus lágrimas, se paseaba de su falda á mi rostro y viceversa: intentaba hablarme, pero por en medio de dos labios no puede brotar la contenida lava de un inmenso dolor.

Y por mí, qué pasaba?

Pasaban oleadas de tempestades por mi mente y una espada de hielo á través de mi alma.

No podré calcular la duración de aquel sombrío si-

lencio. Una mano, posada sobre mi hombro, hízome volver sobresaltado y derramar el plato de sopa que traía misea Josefa para la enferma.

Cuando aquella salió para reponer la sopa, Panchita me dijo:

—Toma el rosario.

Lo cojí, besándolo varias veces, como también la mano querida que me lo entregaba; en su presencia me lo puse en el cuello y salí, sin poder añadir una palabra.

Después de la comida, que no probé, misea Josefa me dijo:

—¿Qué ocurre entre ustedes? Panchita está muy abatida y tú, nada menos.

—Es por que ella presiente su cercana muerte, y como me lo dijera, quise distraerla y alegrarla hablándola de nuestro matrimonio; pero como tiene la seguridad de que esto no pasa de ser un sueño, ha querido que despertemos de él, para que estemos preparados á recibir la aterradora realidad.

—¡Pobre Panchita!!.... dijo la buena señora aplicándose á los ojos su pañuelo de madrás.

Esta frase y este movimiento me hicieron levantar del asiento, como botado por un resorte poderoso, y con una mano en el corazón y otra en la frente, corrí á encerrarme en mi cuarto.

Me dejé caer en una silla; apoyé los codos en una mesa y en ambas manos la cabeza y.... el libro que sobre esa mesa estaba abierto, revela aún que fué bañado por un torrente de lágrimas!.....

A las ocho volví á la habitación de mi amada.

Sus accesos de tos se sucedían á menudo y la fiebre había subido algunos grados.

Las tres horas que pasé con ella fueron tristísimas y

casi silenciosas.

—Ni una broma, ni una frase alegre, ni una sonrisa cruzáronse nuestros labios.

Una cosa lúgubre había en medio de nosotros. Velábamos un cadáver querido: el cadáver de nuestra esperanza !

XXI

Al levantarme el día siguiente pregunté á misea Josefa por Panchita.

—En este momento se quedó dormida, pues no lo ha hecho en toda la noche, me respondió.

Forzoso era esperar algunas horas para verla. ¿Qué hacer durante tan larga espera?

Cuando queremos ocultar nuestra pena á las miradas indiscretas, ó deseamos huir del dolor que nos abruma, nos lanzamos á la calle para vagar solitarios, abandonados hasta de la propia voluntad.

Por eso vemos á menudo séres paseándose distraidamente, á los cuales tomamos por sonámbulos ó idiotas.

Son dignos de compasión, pues llevan una tempestad dentro del pecho, y, sinembargo, nos burlamos de ellos.

¡Hasta con el dolor ageno se divierten los felices !

¿A cuántos serviría yo de mofa aquella mañana, cuando, sintiendo tales deseos y temiendo que el continuado pensar en mi desdicha turbase la marcha regular de mi cerebro, me dí á vagar por las calles con el propósito de entretenerme, aunque fuera con la lectura de los nombres de las casas mercantiles : nombres que ponen de

relieve dos particulares del carácter venezolano: la idolatría por el oro y la manía de estar estropeando á cada paso las palabras extranjeras.

De ahí esta larga lista de títulos: "La Estrella de Oro," "La Copa de Oro," "El León de Oro," "Las Tijeras de Oro," "El Barril Dorado," "La Casa de Oro," "La Tasita de Oro," "La Bota Dorada," "La Maison Dorée," "Au Printemps," "Magasin Universel," "Au Bon Marché," "La Ville Saint Denis," "Au Petit Picus Saint," "Boulangérie et Patisserie de la Sociètè," "La Glaciere," "L' Excelsior," "La Charcuterie," "Au Petit Louvre," "Au Palais Royal," "Au Petit Gagne," "American Bar," etc. etc.

No se cuenta casa alguna que haya quebrado, teniendo un título extranjero ó algo de oro en él.

El sólo nombre del *Rey del mundo* atrae á sus idólatras, que lo somos todos, y por esto, no será extraño que el día menos pensado se le ocurra á alguien bautizar su ventorrillo así: EL SANCOCHO DE ORO.

Indudablemente haría fortuna.

Los establecimientos bautizados en lengua extraña también tienen preferencia, sobre todo con respecto á las mujeres.

Conozco una señora que vive en San Juan y que ordena á su sirviente que le compre el pan en la *Boulangèrie et Patissèrie de la Sociètè*, á pesar de que en la panadería de la próxima esquina lo hacen inmejorable, sólo por darse el gusto de pronunciar aquella frase francesa y para que el criado la tenga por persona instruida y lo haga constar así ante sus camaradas en las conversaciones del mercado.

A varias señoritas también he oido decir que compraron la pava ó el abanico en *Au Printemps*, en *High Life Parisiens* ó en *Au Petit Gagne*, y tal ó cual joya en *Au*

Palais Royal, y me he fijado en la satisfacción que saboreaban por habérseles presentado la ocasión de probar que son intrépidas para eso de masticar las voces extranjeras.

Pero el principal objeto de este capítulo no es criticar la petulancia que han querido explotar los dueños de los establecimientos mercantiles, bautizados tan acertadamente, sino poner de relieve el despilfarro de la Administración de Andueza Palacio y la bajeza de los falsos amigos que acuden al *olor del bienestar* como los cuervos al olor de la matanza.

Intentaré lograr mis propósitos refiriendo lo que en aquel paseo me ocurrió.

Pocas cuadras había andado, cuando me encontré con un joven á quien llamé mi amigo en otro tiempo; pero que hacía días pasaba por junto á mí haciéndome comprender que yo le inspiraba alto desprecio.

¡Cuál no sería mi asombro al ver que se me acercó sonriendo, y colocando cariñosamente sus manos en mis hombros, me preguntó en tono almibarado:

—¿Qué hay, querido? ¿Cómo te tratan? y continuó dirigiéndome muy tiernas y afables palabras, mientras inútilmente trataba yo de explicarme tal cambio en tal sujeto.

No recuerdo si le contesté y cómo lo hice.

Al darme el abrazo de despedida, me invitó á tomar una copita de brandy en el *American Bar*, el cual me recomendó como excelente. Me extrañó la invitación, no menos qué sus agasajos, y no la acepté.

Continué mi camino, y á poco andar, otro tipo de la misma calaña, con más alegría que un fiel perro cuando vuelve á ver al amo que estaba ausente, exclamó:

—¡Hola! grande y buen amigo! ¿Qué era de tu

vida?

Sin aguardar mi contestación, agregó que me había solicitado con mucho empeño para que le acompañase á dar un paseo en coche. Echóme el brazo, díjome que estaba muy gordo, creo que hasta buen mozo me halló, y terminó su meloso discurso declarando que en casa de Calabria había un exquisito vino soterno, é invitándome para que fuésemos á vaciar varias copitas.

Un gran triunfo alcancé con la evasión de tal invitación.

Lo dejé, retirándome con el deseo de meditar sobre aquellos dos singulares casos.

—He aquí dos problemas, me dije, y deseoso de resolverlos, me dí á pensar en ellos con persistencia.

Todas mis series de pensamientos, consideraciones y conjeturas eran interrumpidas por otros tipos de la misma ralea que con frases por el estilo de las reproducidas ya, con sonrisas no menos joviales y con halagos que en efusión nada envidiaban á los descritos, me expresaban el placer que mi presencia les causaba y lo mucho que había engordado; se lamentaban de mi *ausencia*, tan larga y triste para ellos, y deploraban su *distracción*, cuando yo les aseguraba que muchas veces habían pasado cerca de mí esquivando mi saludo.

Para aumentar mi confusión, cada cual de estos *amables*, antes de despedirse, me hacían, como los otros, galantes invitaciones acompañadas de profusos elogios: éste al Vermouth de Jaime Escofet, aquél á los coktails de Pomaska; quién á la champaña de Chenel y el otro á la cerveza helada de "La Mejor."

Algunos se distinguieron por sus recomendaciones á los lujosos *landeaux* de "La Equitativa," ó á las elegantes *victorias* de la "Cochera Principal" y hubo al-

guien que me dijo que daba gusto ver en el "Club Bolívar" grandes rimeros de onzas de oro; entusiasmándose tánto, que, inspirado y creyéndose poeta, declaró que contemplando los amarillos montones sobre el verde tapete, le parecía ver las altaneras y seculares pirámides de Egipto, no en medio de tostados arenales, sino trasportadas á las verdes y herbosas alfombras de nuestras pampas y doradas por el sol del mediodía.

—¿Qué significa todo esto? preguntéme ya algo indignado por mi torpeza. ¿A son de qué en estos tipos tanta amabilidad, que parece irrisoria? ¿Qué tengo yo que hacer con el brandy de Fulano, ni con el Vermouth de allí, ni con la champaña de más allá, ni con los coches del demonio? Será burla? Estarán locos? Pero, tantos? No es posible que se hayan puesto de acuerdo para representar tan original comedia.

Reflexioné largo rato y al fin me dije resueltamente:

—Esto obedece á algún plán. En todas estas atenciones, en tanta galantería y obsequiosa y aparente amistad no hay burlas, sino cábalas, sin duda. Quizás algún ocioso ha propalado la falsa noticia de que he dado con el premio gordo de alguna lotería; talvez algún tocayo mío, en todos mis nombres, ha heredado considerable suma; es posible que alguna de esas lenguas, que hacen más matrimonios en un día que el Civil y los curas en vísperas de pascuas, haya promulgado mi falso próximo enlace con alguna rica mujer.

Pensando así, creí que ya estaba en la pista y desde estos puntos de vista aventuré muchas conjeturas. Mientras tanto mi confusión aumentaba á la par que el número de mis amigos, ayer renegados, hoy regenerados.

Al fin llegó uno que empezó hablando muy confusamente, pero que terminó cantando claro. Al verme ex-

clamó jovialmente:

—¡Ah *hijué ñauta!* (todavía no sé lo que quiso decirme con esto.) Ya te *conejo!* Se *mamó* el amigo! y continuó dirigiéndome otras originales frases pertenecientes á esa torpe fraseología que denuncia en quien la usa, que bajo la brillante exterioridad que dá el presumido traje de petimetre, se oculta el espíritu de un rústico, así como el desagradable miasma denuncia el agua sucia de jabón bajo la blanca espuma.

Después de una larga serie de frases que no me hicieron entender más de lo que me explicaría un chino en su idioma, terminó preguntándome:

—¿Cuánto te *arrimaron?*

—¿Me *arrimaron* qué, quién, en dónde?

—Dinero, Andueza Palacio, en la Casa Amarilla, repuso.

—Tú sabes que no pido dinero, que Andueza Palacio ni me conoce siquiera, ni valgo nada para él, y en cuanto á la Casa Amarilla, ni junto á ella paso, pues me gusta estar lo más lejos posible de los focos de corrupción y de todo aquello que despida tufo de aguardiente.

—¿Es decir que nada te han dado? volvióme á preguntar aquel mentecato.

—Nada.

—¿Y entonces la carta del Presidente para tí?

—¿Cuál carta? Parece que no hablas en tu juicio ó con seriedad.

—Una carta que está como sobrante en el Correo Urbano y que te fué dirigida por Andueza.

—Extraño lo que me dices, bien sea burlona ó seriamente.

—Pues bien! no más palabras y vamos á la oficina del Correo.

Muy cerca estábamos de ella. Solicité la carta en cuestión y me entregaron una tarjeta del Presidente de la República, por la cual me deseaba un *feliz año*, para corresponder así á la felicitación de estilo que, en unión de mis maestros y condiscípulos de la Universidad, le dirigí el día primero de enero.

—Hé aquí el busilis de la peregrina trasformación de mis *amigos !*

—Muchos, continué, dirigiéndome á mi acompañante, se imaginaron que esta tarjeta era alguna concesión de dinero y manifestáronseme como amigos sinceros. ¡Oh poder del oro! ¡Oh triste condición del corazón humano! Por sólo suponer que se me había dado dinero, los reptiles se han arrastrado ante mí en nombre de la amistad y preparando sus alevosas ponzoñas. Ver semejantes ejemplos de vileza es muy triste, pero cuán útil también! Una Inquisición debería de haber para todo aquel que después de apellidarse nuestro amigo y estrecharnos la mano protestándonos sincera amistad, porque al pasar cerca de nosotros no se haya sentido deslumbrado por nuestro traje, vuelva la cara, arrojándonos el guante de su desprecio; guante que, como la saliva lanzada al aire, le cae en el rostro, no encubierto entonces por la careta del hipócrita, pero sí marcado con el estigma del miserable, y que luego, cuando se imagina que nuestro bolsillo puede ser fuente de placeres para su alma ruin; cuando piensa que nuestra amistad puede ser explotada como una mina de oro, se ajusta la máscara de la hipocresía y con mentidos halagos y pérfida sonrisa, se empeña en que le juzguemos, en el sublime sentimiento de la amistad, rival de Orestes y de Pílades.

Quien me acompañaba, que estaba *debajo del zurrón y escuchaba aquel sermón*, se alejó mohino y cabizbajo.

Frente á mí estaba la Casa color de oro, es decir; la Casa Amarilla, remolino de Manstrong donde han naufragado tantas reputaciones. Al verla, cerré los ojos y me tapé las narices: parecióme que había visto la imagen de la patria ictérica y que había aspirado la insoportable emanación de un cuerpo totalmente corrompido.

Mientras guardaba en mi cartera la felicitación presidencial, pensé que aquel era un *honor dañino*, pues por su causa, muchos me tendrían por un petardista. Indignado, la hice añicos; pero he aquí que entonces caí en que me convendría conservarla para mostrarla á los que yo descubriera que, como los otros, hubiesen creído que he escrito al Presidente pidiéndole dinero, pues muy sabido es que no con otro objeto se le escribe hoy á Andueza Palacio, quien se ha propuesto comprar con el tesoro de la nación el renombre de *liberal* y muchos cómplices para el proyectado *Continuismo.*

Recojí y guardé cuidadosamente todos los pedazos de aquella tarjeta, arrepentido de haber felicitado al *manzanillo* más corpulento que hasta ahora he conocido.

Sobre manera me atormentaba el pensar que los que me conocen me confundirán con esa caterva de pedigüeños á quienes el Presidente de la República dá puñados de monedas en pago de adulaciones: monedas que no le pertenecen y adulaciones que, junto con el licor, lo embriagarán hasta el punto de hundir á esta pobre patria en espantosa ruina, según mis presentimientos.

¿ Qué dirá la historia, exclamé, de este hombre que hasta con sus felicitaciones de Año Nuevo perjudica ?

XXII

Día por día se acentuaba más la gravedad de Panchita.

Ya Estrada no me mentía: todos sus temores me los revelaba con franqueza; pues aunque él conocía nuestro amor, había tenido que ceder ante las encarecidas súplicas que le hice.

Cierta mañana se apareció acompañado de otros dos doctores. Ah! no puedo recordar ese día sin que se reproduzcan en mí las mismas dolorosas sensaciones que entonces sentí.

El sombrío espectro de la desgracia más horrible se alzaba amenazante en mi presencia.

Mi cabeza, que concibió hermosísimos proyectos, quedó como herida del rayo, y mi alma, atrevida viajera por los espacios de la esperanza, y que se imaginaba estar en los umbrales del cielo de la dicha, cayó, rotas sus alas, en el abismo de la más espantosa decepción.

El peligro era inminente, puesto que Estrada llamaba en su auxilio á otros facultativos.

Panchita estaba amenazada por una muerte cercana, y yo ni siquiera tenía el consuelo de los creyentes desgraciados. Yo ni creo en los milagros, ni en la eficacia de los medios de impetrarlos.

Pero, ¿hubiera sido preferible un engaño consolador á la verdad aterradora?

Por lo pronto sí; pero después, sin hallarse el espí-

ritu preparado para recibir el terrible golpe, ¿qué habría sido del equilibrio de mi cerebro y del hilo de mi vida?

¡Cuán caro se paga siempre el consuelo que nos da el error!....

No lo quiero, nó; porque ahora comprendo que si no hubiera sido por mis instantes de duda y si no hubiese abierto á tiempo los ojos para contemplar á alguna distancia aún la aterradora muerte de Panchita, y también de mi corazón, su inesperada presencia me hubiera llevado á la locura.

Pero, viéndolo bien: ¿temo acaso la locura?

¡Ah! Si no fuese porque ella casi siempre pone una pistola en nuestra mano, apoyándola luego en una sien, ó nos dice que la distancia de nuestro suplicio al descanso es la que média entre el borde de un puente y las peñas que lame el río al pasar; si no me causara tanto horror la idea del suicidio, yo desearía que la locura me acogiese en su regazo, desprendiéndome así de lo que más me atormenta: la razón y la memoria, hasta que de allí me arrebatase la muerte para conducirme al frío lecho del verdadero descanso: el sepulcro!

Todo tiene su belleza y sus encantos!

¡A cuántos esa palabra *¡sepulcro!* hará cerrar los ojos y helar la sangre!—Para mí tiene la consoladora y dulce resonancia que para los hebreos tiene este nombre: *Mesías.*

***

La enfermedad de mi adorada Panchita progresaba rápidamente.

En las noches de mayor angustia yo velaba su sueño y combatía con tenacidad el mío.

No quería dormir, porque mis visiones eran espantosas.

¡ Cuántas veces desperté con el corazón oprimido y la razón extraviada !

¡ Cuántas salté de la cama y corrí á aplicar el oido á la puerta de su habitación para convencerme de que no era verdad lo que soñando había creido ver!

Ya no eran nuestros diálogos animados como los primeros. De vez en cuando me esforzaba por distraerla, pero mi pensamiento era esclavo del dolor que me avasallaba.

Una noche, sentada en su favorito mecedor, donde ahora me siento para llorar por ella, me dijo con profética amargura, que no muy tarde nos convenceríamos de que no habíamos nacido para la dicha, y repitióme que era menester que nos fuésemos preparando para recibir el terrible golpe que la fatalidad descargaría sobre nuestras cabezas.

—Por Dios! Panchita mía, no te expreses así, la dije.

De pronto se arrojó en mis brazos gritando :

—¡ Misericordia !! Señor !

Un fortísimo temblor se había sentido en Caracas.

Mi amada no buscó la puerta para huir ó refugiarse bajo su dintel, sino se acojió á mí.

¿Por qué no te abriste ¡oh tierra! en el punto que pisábamos para descender abrazados al fondo de tus entrañas?

¡Qué de lágrimas nos hubieras evitado!

¡De cuántos sufrimientos nos habrías libertado!....

La pobre niña estaba fría y un extremecimiento nervioso sacudía fuertemente todo su sér.

Nuestros corazones estaban cercanos, y el mío aceleró sus palpitaciones como para reanimar el suyo, que casi no latía.

El alma asomóse á mis labios y besó aquella frente, tan hermosa como pura.

Tras del beso cayó una lágrima.

Panchita comprendió lo que aquel beso y aquella lágrima la decían, pues me dirigió una mirada de dulzura indescriptible.

La hice sentar nuevamente; me pidió agua, y el poco que dejó en el vaso lo apuré de un solo trago.

—No bebas eso! gritó abalanzándose hacia mí para evitarlo.

La infeliz conocía su enfermedad, aunque aparentaba ignorancia.

La impresión que la causó el temblor la hizo notabilísimo mal.

Su delicado cuerpo, azotado de continuo por los embates del infortunio, no podía resistir con firmeza las sensaciones fuertes.

Pasó una noche infernal; que fué también desesperante para misea Josefa y para mí.

En la madrugada corrí á la botica para comprar un medicamento que había prescrito Estrada.

Al regreso, cuando crucé una esquina, escuché unos cantos monótonos y desacordes, y favorecido por la dudosa luz de la aurora, ví, distante cuadra y media, un grupo que avanzaba en dirección opuesta á la mía, y del cual salían los gritos.

—He perdido el juicio! pensé.

Me detuve; con ambas manos me oprimí las sienes, como para restablecer el equilibrio de mi dislocada razón; me cercioré de que no dormía, y aunque continuaba oyendo las voces, alcé de nuevo los ojos para ver si había desaparecido lo que estuve á punto de creer fantástica visión.

—Nó; me dije; ni estoy loco, ni sueño. Qué será esto? ¿Por ventura no son una mentira las nocturnas excursiones de las ánimas?

A pique me ví de dar la razón á las timoratas viejas y de retroceder para seguir por otra calle; pero como me urgía llegar cuanto antes á casa y era invencible el deseo de aliviar los padecimientos de Panchita con el medicamento que conducía, seguí avanzando resueltamente y deseché la idea de dar un gran rodeo.

Marchando el grupo y yó en dirección contraria, pronto nos hallamos frente á frente.

¡Era una peregrinación á Maiquetía!!.....

Desvanecidos mis temores, me dí á pensar libremente sobre tan ridícula farsa religiosa.

¿Qué se propondrá esta gente con semejante mascarada?

Todos esos fársantes llevan la careta de la hipocresía y se imaginan que por andar en filas por los caminos, llevando líos y disfraces de peregrinos y gritando versos mal confeccionados por algún desgraciado sacristán, han de ser tenidos por santos y les han de perdonar sus deu-

das y vender al fiado en todas las tiendas.

¡ Desgraciados los que predican tales farsas!

No saben el mal que hacen á la religión de que se llaman sacerdotes.

Todas las personas sensatas, aún las más católicas, las reprueban enérgicamente, y sólo forman parte de ellas aquellos que tienen muy presente que la hipocresía es lucrativa.

Hombres de sotana! No vistais con los miriñaques del ridículo la religión cuya escultura es bella.

Dejadla desnuda; tal como la cinceló el Génio de Nazaret.

De lo contrario, no extrañeis que siga en aumento la prole de la risa de Voltaire.

¿ Quereis un precioso tema para vuestros sermones?

Predicad continuamente sobre la caridad y la justicia.

¿ Deseais hacer ejercicios para que no os haga daño vuestra vida sedentaria?

Visitad los hospitales y dáos todas las tardes un paseo por los apartados barrios de la ciudad; pero, eso sí: llevad algunas monedas en el bolsillo, si tenéis corazón.

¿ Ambicionais el aplauso y amor de la sociedad entera?

Haced algo más que representar: enseñad y trabajad para que no consumais el dinero que cueste alguna gota de sudor á los demás.

Quereis, en fin, hacer simpática vuestra misión y al menos respetada por todos la religión del Cristo?

Pues sed como el Pro. Jesús María Madera, honor de la Iglesia Católica.

***

La *peregrinación* estaba compuesta de una larga fila de hombres y mujeres, vestidos con túnicas blancas y azules, llevando líos de ropa en el extremo de un garrote tendido sobre el hombro y, como ya he dicho, dando gritos con destemplado sonsonete.

A la cabeza de los peregrinos iba un cura, del cual dijo una *hija de la noche* que se había parado en la esquina para verlos pasar:

—Mírenle el arte al primer *fantoche*; y tan amigo como es de echarle á úna la puerta abajo cuando no le abren ligero!

XXIII

Panchita amaneció casi postrada.

Yo pasaba las horas á su lado; silenciosos ambos puesto que estábamos en la antesala del Sepulcro.

Cuando nos dirigíamos la palabra, era para preguntarla yo: "—¿Cómo te sientes?", ó ella para decirme:

—No has dormido nada. Vas á enfermarte también. ¿Por qué no me complaces yendo á acostarte siquiera un rato?

Si entonces me alejaba de ella, era para dar rienda suelta á mi dolor y separar la válvula que contenía el to-

rrente de mis lágrimas.

¿Cómo describir mis amarguras todas?

¿Cómo confiar al papel tantas ideas, sombrías como espectros, que cruzaron por mi mente?

Si apenas pude soportar tanto dolor, ¿cómo calcular su inmensa pesadumbre?

Cuando la sobrevenía un acceso de tos, los cuales se hacían cada día más frecuentes, Panchita me decía:

—Muy pronto moriré. Cuando lo deseaba, Dios no me mandó la muerte; ahora que quiero vivir para tí, la veo á mi lado.... ¿No te decía con razón que yo no había nacido para ser feliz?

Pobre Panchita!.... Cuando recordaba yo quien era el culpable de su desgracia y de que se hallase al borde del sepulcro, lo confieso francamente, mis ojos veían por todas partes manchas de sangre y en mi alma resonaba gratamente algo así como la detonación de un revólver.

Estrada seguía viendo á la enferma acompañado de sus otros dos colegas, y ni una frase consoladora nos dirigían.

La buena misea Josefa trataba de animarme; pero era imposible conseguirlo.

Para quien vé á su amada hundiéndose en la tumba no hay consuelo posible, salvo la locura ó la muerte.

Una mañana, en que me hallaba como loco, y refugiado en mi cuarto, misea Josefa se me acercó para hablarme de resignación y acatamiento á la voluntad divina, y terminó diciendo:

—No te desesperes, hijo mío.

—Pues devuélvala la salud; la contesté bruscamente é indignado.

No me he cansado después de pedirla perdón, y me

atormenta aún el recuerdo de mi injusticia.

Bien sabe mi querida misea Josefa lo mucho que yo sufría y que mi razón no estaba firme.

Sé que me ha perdonado, porque es muy buena y porque yo no soy sino el sér más degraciado de la tierra.

Se alarmó por mi estado desesperado y, sin duda de acuerdo con ella, fué que en la tarde Estrada me obligó á acompañarle en su paseo.

Me resistí muchísimo; pero como al fin comprendí su obstinación en sér complacido y como era él acreedor á un sacrificio, hube de seguirle, con el propósito, sinembargo, de hablarle de mi amada enferma, á fin de cerciorarme más de su verdadero estado y tratar de descubrir el número de días de vida que mi amigo la calculaba. Pero él se abstuvo de ocuparse de semejante tema y cuando yo insistía, se daba sus trazas para no responderme.

De esta manera llegamos al Puente de Hierro: nos reclinamos de una de sus barandas y nos pusimos á contemplar el turbio Guaire, tan pobre y tan travieso.

—¡Cuándo arrojaremos desde aquí á un tirano! exclamó Estrada. ¡Con cuánto placer vería deshacerse la cabeza de Andueza contra esa laja, cual si fuera una granada, caída por madura de la mata, y á las sardinas perseguir afanosas las partículas diseminadas de sus sesos! ¿Cuándo gozaremos tan hermoso espectáculo?

—Cuando no deshonremos los pantalones que llevamos, le contesté.

Seguimos adelante, hablándome mi amigo del proyecto de *Continuismo*, negra nube que presagia la tormenta que se desencadenará sobre Venezuela por la ambición y perversidad de unos y por el error, estupidez ó servilismo de otros.

—La causa de tan inicuo proyecto, me dijo, es que Andueza no tiene las cuentas claras y desea, ó continuar, ó la guerra. Si logra lo primero se afianzará por veinte años, por lo menos, y si viene la guerra, espera fugarse cuando se vea perdido, y luego dirá que los quince ó veinte millones de bolívares que ha sacado del Tesoro Nacional y lo que han cojido sus compinches fueron gastados en la guerra, *para cumplir la voluntad popular*. El creerá que la treta es muy ingeniosa; pero bastará que medite sobre lo horriblemente criminal que es, para que la deseche.

—Ese marrano no medita nada, ni se detiene ante ningún crimen con tal que le dé para beber y comer. El ha hecho de la Presidencia de la República una parranda y cuando la gente de su calaña le coje el gusto á una parranda no tiene más aspiración sino morir en ella.

—Andueza ha sido siempre una contradicción viviente, y no sé qué creer en definitiva: si tirará la parada del *Continuismo* ó si dejará que se cumpla la ley. Sé que para instarlo á que haga lo primero están ahí el godo protestante de Coche y una cuadrilla de vagabundos sin honor y sin conciencia; pero ese marrano, como lo has llamado, es tan haragán!..... que no es capaz de resolverse á nada, nó por virtud, sino por flojera.

—Yo sí creo que asuma la Dictadura y declare la guerra á los sostenedores de la Constitución, sólo que, cuando vea la cosa difícil y apretada, irá á habitar un palacio vecino al establecimiento de Mr. Hennessy, dejando á la patria que se desangre y á sus *amigos* expuestos á recibir por él la parte de castigo que no aguardará por falta de valor y dignidad. Porque no hay que esperar que se suicide, como Balmaceda, á quien pretende aumentar y corregir. El va á *ensayar*, nada más, y al considerar la victoria siquiera dudosa, dirá á sus mentecatos cómplices

que paguen la cuenta que deja aquí pendiente y se fugará vergonzosamente.

—Pues entonces en sus cómplices se hará el escarmiento. Es necesario aterrorizar á los traidores habidos y por haber, para que en lo futuro no encuentren cómplices los usurpadores.

—El 93 se aproxima.

—Es eso lo que nos hace falta. El pueblo, cristo de todas las causas, tiene derecho para ser una vez siquiera Camilo Desmoulins.

—Ha sido el cristo, porque una parte de ese pueblo ha colaborado inconscientemente en todas las malas causas.

—¡Y cómo no, si no lo instruyen!.. La *carne de cañón*, como despreciativamente llaman los *jefes* á esa parte del pueblo, es la ignorancia rancia: no conoce sus derechos; no sabe nunca á dónde vá; rara vez puede distinguir lo justo de lo injusto; la verdad de la mentira, y siempre tiene necesidad de *conductores*, que abusan de su ceguedad, explotan con ellos y adquieren importancia en relación al número que tenga su rebaño humano. Por eso me decía un individuo antier noche: —"El General Monágas puede aspirar á la Presidencia de la República porque cuenta con tres mil hombres *suyos*, suyos en cuerpo y alma." ¡Eso es muy triste para esta pobre tierra! ¡Que todo hombre se crea con derecho á la Presidencia de la República si cuenta con tres mil esclavos!.. Ya ves: no se dice:—Fulano merece la Presidencia porque es liberal de corazón; porque es inteligente y honrado ó por tales ó cuales servicios á la Patria, sino *porque tiene un hato de tantos hombres.* Ahí tenemos un sinnúmero de ambiciosos con la tamaña pretensión de gobernar cerca de tres millones de habitantes por la única razón de poseer tres mil autómatas. ¿Cuál es el

resultado de ésto? La miseria, la inmoralidad, la corrupción, el desbarajuste en que nos hallamos. Y la causa? ¿Sabes tú cuál es la causa de todo eso?

—Quiero oirla de tus labios.

—Pues oye la verdad monda y lironda: Los hombres del cubileteo político no se ocupan sino de robar, de vivir bien, de explotar la ignorancia del pueblo y de saquear su tesoro: por eso le niegan al pueblo la luz; por eso la Instrucción Pública es un mito. De ahí el que los de la *clase baja*, que desconocen sus derechos y no tienen conciencia de su autonomía individual, se dejen guiar, como bueyes, para arar el campo donde han de germinar las ambiciones de sus déspotas. Cualquier vagabundo, de tantos que tenemos aquí, puede, con diez hombres armados, reunir quinientos, mil, dos mil, y más; hacerse obedecer ciegamente por ellos y atentar contra la libertad y derecho de los otros. Es necesario, amigo mío, instruir al pueblo cuanto antes, ó estamos perdidos para siempre.

—Si llegaras á ser Presidente, cosa nada difícil, ¿qué sistema observarías para instruirlo?

—Aunque se me viniera el mundo encima, en la seguridad de que tal *terremoto* ni me aplastaría, ni duraría más de ocho días, haría lo siguiente: primero: retirar á todos los parásitos que viven del Tesoro Público las pensiones gratuitas, y segundo, trasformar las iglesias en colegios y sostener buenos institutores con los sueldos que indebidamente se dan á los curas.

—¡Cómo!.....¿Harías esto último?

—¡Válgame Dios, que si lo haría! Para los pueblos que carecen de escuelas, los templos son objetos de lujo. Y los sacerdotes, hoy por hoy, qué son? Tiranos de la conciencia. ¿Y sus palabras? Alcanfor para el espíritu, que lo enerva, que lo abate. ¿Cuánto dinero cuesta la

Catedral? Cuánto Santa Teresa? Cuánto la Pastora, Altagracia, San José y cada uno de los otros templos? Calcula esos valores, averigua la enorme suma que sale de nuestro Tesoro para los curas, y dáte á pensar sobre lo ventajosa que sería la circulación de tantos estancados millones, para sostener con sus rentas muchos colegios, en los cuales fuesen instruidos, alimentados y vestidos gratuitamente todos esos chicuelos que vemos por las calles jugando á la metra ó á la *chapa* y vendiendo periódicos ó billetes de lotería.

—En verdad que eso sería ventajosísimo; mas con todo, el mismo pueblo cuyo bienestar persigues, no consentiría en tal operación, porque está acostumbrado á ver esos templos como *casas de Dios* y porque los cree indispensables para el culto público y á éste un deber de la humanidad.

—Sé que una parte del pueblo, instigada por el clero, y acompañada de él, desataría sobre mí una avalancha de improperios y excomuniones, en el caso de asomar yo tales ideas, *siendo quien soy;* pero siendo *Presidente de la República*, todo el mundo diría *amén.*

—Creo que no faltaría quien protestara.

—Es posible; pero allá, en un rincón del último cuarto de la casa, donde sólo podría ser oido por los ratones y cucarachas.

—Concedo más valor á los curas y fanáticos, amigo mío.

—¿Y en dónde lo tenían cuando Guzmán Blanco demolió la iglesia de San Pablo *para levantar un teatro*, al cual debía dar su propio nombre? ¿Qué lo habían hecho cuando se extrajo de la tierra la primera piedra, consagrada por el Arzobispo para la reedificación de dicho templo, decretada por Alcántara? ¿Podrás decirme en qué casa

de campo estaba temperando el valor de los curas y fanáticos cuando el mismo Guzmán convirtió á San Lázaro en cuartel y destruyó á San Jacinto (donde todo criminal que entraba era perdonado, aunque fuera el matador de su madre) para hacer un Mercado Público, y cuando hizo lo mismo con San Felipe para levantar una Basílica que debía llevar los nombres de su esposa, á quien no podía erigir estatuas?

—Me has tapado la boca, como dicen, amigo Estrada.

—Sigue oyendo: donde estaba la iglesia de San Pablo, hoy la gente se divierte con funciones teatrales, y ninguno de los muchos que allí se arrodillaron, se confesaron, oyeron misa y comulgaron, se acuerda ya de que allí estuvo una *casa de Dios.* En cuanto al terreno que ocupaba San Jacinto, que, como ya te dije, bastaba que un criminal lo pisara para que la ley no le persiguiera más y la sociedad le acojiese en su seno, (ignoro la *razón)* ese terreno, digo, dá asco hoy: precisamente en el mismo sitio donde oficiaba el sacerdote, ofician ahora los burros de las verduleras de Chacao, que por cierto comen una yerba muy fresca y nutritiva. Ocupémonos ahora de "Santa Teresa," donde todos los domingos se dice una cómoda *misa de diez y media* para las muchachas elegantes, es decir: para las que se levantan tarde y gastan dos horas vistiéndose. ¿Qué es en realidad esta lujosa Basílica? La más horrible humillación; la burla más sangrienta que de Guzmán Blanco recibió el clero. Guzmán dió á comprender que la había edificado, nó por fervor religioso, ni para halagar el fervor religioso del pueblo, sino talvez para terminar con su esposa alguna rencilla doméstica, llamándola, por un lado Santa ANA y por el otro Santa TERESA. Pero las ocurrencias del *Ilustre* no

pararon aquí. Tú bien sabes que en la cúpula principal de la Basílica hizo pintar una *Virgen*, en todo idéntica á Ana Teresa de Guzmán Blanco, hasta en el defecto de los ojos. Al rededor de la *Virgen* estaban los apóstoles. San Pedro era el mismo *Ilustre:* un retrato del viejo Guzmán sirvió de modelo para pintar á San Pablo. Todo el que veía á San Diego exclamaba:—*¡Ese es Urbaneja!*; y en fin, los otros apóstoles eran los retratos de los principales guzmancistas. ¿Recuerdas todo eso?

—¡Pues no he de recordarlo! Ayer no más lo presenciamos.

—Luego entonces, vuelvo á preguntar: ¿dónde está el valor, el celo religioso de los curas y fanáticos? Vedlos tan pacientes y tolerantes para con Guzmán; sinembargo, si yo pidiera que los templos fueran convertidos en colegios para educar al pueblo, tratarían de lucirse conmigo, no obstante que de todo lo expuesto se deduce, que los que aceptaron humildemente aquellas burlas á la religión, no tienen derecho para chistar, mucho ménos cuando lo que se pide es una cosa justa y apremiantemente necesaria.

—Bien; eso por lo que respecta al clero y á los fanáticos; pero es el caso que ese mismo pueblo, que tanto quieres favorecer, se opondría á tan loables propósitos, porque la tradición es una roca y el pueblo una ostra aferrada á ella.

—Sí, pero á ese pueblo se le haría ver que los templos sólo existen para las muchachas que á ellos van con el único fin de lucir el traje nuevo de raso, el abanico de plumas y marfil ó la pava á la *dernier;* para las viejas que desean el título de santurronas, á fin de poder salpicar á la humanidad con la baba de sus lenguas, y para aquellos enamorados de oficio que por teléfono se dan citas con

sus amadas para tal ó cual misa, ó que van á elegir las que más les gusten, y luego esperarlas al salir y seguirlas hasta sus casas, cuyas aceras quedan descalabradas en pocos días. Los religiosos de corazón casi nunca van á la iglesia, aunque sean ricos, y los pobres, jamás pueden ir. Aquellos tienen altares en sus casas, ante los cuales satisfacen las necesidades de sus almas, y en cuanto á los pobres, en cualquier parte se arrodillan para rezar antes de dormirse, las oraciones que sepan, si se lo permite la fatiga ó el pensar que talvez no tendrán pan para el día siguiente. Trasformados esos templos en colegios, nuestro pueblo se instruiría, pues él es de por sí inteligente y amigo de la luz, y.... ¡cuán feliz sería esta Patria si el pueblo tuviese un rayo de luz en su cerebro!

—Persisto en creer que esa trasformación que deseas es una hermosa utopía. La gente no podrá prescindir de los templos, pues aparte de lo grato que le es ver sus torres, sus cúpulas y sus artísticas molduras, cree necesitarlos para los bautizos, para rezar las oraciones á los difuntos, para las misas que á éstos mandan á decir sus deudos, para las confesiones, etc. etc.

—Te diré: eso es una mera cuestión de costumbre. Así como las mujeres prescindieron ya del polizón, los pueblos también podrán prescindir de los templos. ¿Dónde iban á pensar hace pocos meses las muchachas á la moda que llegaría un día en que reconocerían la inutilidad y ridiculez del polizón?

—El paralelo merece una excomunión, querido Doctor, dije sonriendo.

—Como quien dice: *una maldición de gallinaso.* El paralelo es exacto, amigo mío. Los templos son para los pueblos lo que los polizones para las mujeres: bultos, bultos, y nada más que bultos. Dices que la gente los

reclamaría para los bautizos; pero esos se podrían hacer en las casas de los curas: no se necesita una catedral para dos padrinos y una cargadora. ¿Para rezar las oraciones á los difuntos? Esas oraciones están demás, y fueron inventadas para lucrar: los mismos curas nos autorizan á creerlo así, puesto que si no se les paga anticipadamente, ningún cura hace un entierro. ¿Para las misas por las almas de los muertos? Ya esas misas están cayendo en desuso, pues muchas personas han notado que los curas endilgan la *misa de obligación* á tres ó cuatro muertos, y por semejante ocurrencia quitan á sus deudos tres ó cuatro fuertes En confirmación de esto, te diré que no hace mucho que una señora, muy religiosa antes, y algo decepcionada ya, me refería que habiendo mandado á decir en San Francisco una misa de difuntos, y notando que á su lado estaban otras mujeres sollozando, entró en sospechas y al fin descubrió que el mismo cura les había dicho que la misa era de ellas: fijóse entonces en otras dos familias, compungidas también, hizo la misma averiguación y obtuvo igual resultado. En cuanto á la confesión, que es la invención de la Inquisición que más vida ha tenido, ya de ella sólo se acuerdan las beatas que tienen particular interés de hablar en secreto con los curas. Siendo todo eso verdad, como lo es, yo pregunto: ¿qué bienes les vienen al pueblo con esos templos?

—El placer que experimenta oyendo los toques de campana.

—Ah!.... sí; es verdad que la gente gusta mucho de los repiques y toques de *ave-maría*, de esos ladridos que el perro fanatismo dirige al astro del progreso! Esto, en verdad, puede ser un serio inconveniente para que se realicen mis buenos deseos.

—Talvez se conformaría con oir, en cambio, los toques de campana con que en los colegios públicos se llamase á los hijos del pueblo á comer y á las clases.

—¡Hombre sí! Tienes razón. Mi idea puede triunfar.

—No cantes victoria todavía. Cuidado si hasta las personas que tienes por sensatas se tiran de espalda cuando le hables de tales cosas.

—Pero me aplaudirán, sin duda, después que les haya hecho las tres preguntas que vas ahora á contestarme á nombre de ellas.

—Puedes dirigirlas.

—¿A qué deben atender principalmente los pueblos?

—Claro está: á sus más apremiantes necesidades.

—¿Y qué es lo que más necesitamos?

—Instrucción.

—¿Y esa instrucción la dan los curas y se recibe en los templos?

—En verdad que nó.

—Pues entonces, tengamos colegios en lugar de templos y preceptores en vez de sacerdotes, para que nuestros compatriotas, nacidos en la pobreza, de carneros que son, pasen á ser ciudadanos libres; para que no sirvan inconscientemente las malas causas, de las cuales son ellos las principales víctimas. Ya verás; si Andueza declara la guerra, morirán millares de esos infelices, mientras que los grandes culpables se salvarán, apelando á la fuga.

—En todo cuanto dices tienes razón: tu idea es noble, levantada y filantrópica; pero los curas te comerán vivo.

—Te engañas; antes de comerme me asarán en una hoguera inquisitorial. No debo esperar otra cosa de ellos,

porque sé lo mucho que les conviene que el pueblo no salga del embrutecimiento en que se halla; pero como el embrutecimiento del pueblo es la causa principal del infortunio de la patria y de las muchas calamidades que sobre ella lloverán, yo estoy en el deber de desear que termine ó disminuya; por eso quiero que nos deshagamos de lo supérfluo para adquirir lo necesario, y, en mi concepto, entre las cosas supérfluas están los templos. El culto público es como la limosna que se dá para que los demás la aplaudan. Los religiosos que observan tales prácticas, llevan siempre caretas. Oye este magnífico pensamiento de Lucrecio, que se me ha quedado impreso en la memoria: "*La religión no consiste en mirar incesantemente á la piedra velada, ni en aproximarse á los altares, ni en prosternarse humillado hasta el suelo, ni en levantar las manos ante las mansiones de los dioses, ni en verter en el templo mucha sangre de animales, ni en acumular votos sobre votos, sino en* CONTEMPLARLO TODO CON LA CONCIENCIA TRANQUILA."

—Sublime pensamiento es ese, en verdad.

—Y justifica mis deseos.

—Sí, pero en el propósito de conservar los templos, los curas alegarán que aquí hay escuelas; que con esas bastan y que los templos no son supérfluos. Seguramente se les daría la razón.

—Pero yo, que no estoy en Pekín, replicaría que esas escuelas no sirven, que para hacerlas servir se necesita otra organización y nuevos fondos, y que por esto es que reclamo los millones que cuestan los templos y los que indebidamente consume el clero. Se necesitan colegios donde los pobres hijos del pueblo, durante la infancia, sean educados y mantenidos por cuenta del Estado; donde reciban una educación formal, para que sean ciu-

dadanos útiles á la Patria y no maniquíes de los que por casualidad nacieron de padres ricos ó han crecido en otra atmósfera. El perfecto conocimiento en el individuo de su derecho inmanente, le dá valor cívico é independencia de carácter, y es eso lo que falta á la *gente de tropa* para que no se preste á servir dócil é inconscientemente la causa de los tiranos. En cuanto á demostrar con ejemplos que los templos son supérfluos, nada más fácil. Esos séres que *viven* en las iglesias, que oyen todas las misas, que comulgan todos los días, que se confiesan á cada instante; que adornan las imágenes y encieden las velas en todas las fiestas, y que no regresan á sus casas sin llevar un frasco de agua bendita; qué adelantan? qué son? para qué sirven? Ese afán de andar buscando absolución prueba que sus conciencias están repletas de remordimientos; ese interés de aparecer en público como santos, es hijo de la necesidad de tener caretas, y ya sabemos lo justamente temidas que son las personas santurronas, cuyas lenguas son regaderas con que la calumnia vierte su virus sobre la humanidad.

—En todo tienes razón, amigo mío. Tus ideas son hijas de tu amor al pueblo y de la insistencia con que persigues su bienestar; lo reconozco; pero, por desgracia, se perderán en el vacío, pues no serán muchos los que te harán justicia. Así como los timoratos que se embarcan en buques de vela prefieren que haya *calma chicha*, aunque el barco nada avance, y tienen gran temor al viento en popa, por creer que pueden naufragar, la mayoría de nuestros compatriotas son partidarios del *quietismo*. Llegarán hasta á convenir que los actuales regímenes social, político y religioso son pésimos; pero, aunque se les presente la hermosa perspectiva de otros mejores, no querrán abandonarlos.

—Pues entonces..... que siga la danza! y que nadie se queje cuando le llegue el turno de sufrir las consecuencias. En la Casa Amarilla está Andueza con una tamaña ambición que no le cabe en la panza: allí está una parte del pueblo embrutecida, creyendo que la autoridad de aquel borracho es *emanada de Dios, como toda autoridad*, según se lo dice la religión, y dispuesta, de consiguiente, á inclinar la frente y servir de máquina automática para matar á los ciudadanos que se opongan á la usurpación que nos amenaza, y ahí está también toda la República, sobre la cual caerá un diluvio de calamidades y miserias que no sé si bastará para obligarla á abrir los ojos y hacerla comprender el fundamento de mis ideas y la urgencia de un cambio de frente.

XXIV

—Extasíate en ese cuadro!....

Esta exclamación fué lanzada repentinamente por Estrada á la vez que hacía alto y extendía la diestra hacia adelante. Seguí con la mirada la dirección indicada, y he aquí lo que ví: Andueza Palacio, rodeado de unos cuántos de sus *inseparables*, con una copa en la mano, daba gritos que parecían salir de una caverna.

El teatro de tal escena era el botiquín de Nicanor, situado más abajo del Puente de Hierro.

—Brindo por el partido liberal amarillo! exclamó el capataz de los borrachos nacionales.

Una desconcertada gritería sucedió al brindis, y luego empezaron las copas á chocar; algunas de ellas rompiéronse, otras se derramaron y todas fueron vaciadas y

vueltas á llenar, para ser de nuevo apuradas hasta las heces, después de otra mayor gritería.

¡ Cuánta desvergüenza !, agregó Estrada. Eso es lo que ese vagabundo llama *democracia :* beberse copa tras copa en un botiquín público en compañía de sus favoritos, borrachos de profesión. ¡ Oh pudor !. . . Mira esa torpe y ridícula parodia de Luis Felipe, el *Rey Ciudadano*, quien estrechaba la mano á los jornaleros, cuando era visto por muchos, para que le permitieran saquear las arcas nacionales y esquilmar al pueblo. En la Rotunda gimen inocentes periodistas, otros han sido expulsados y de la manera más cínica y atentatoria se ha expatriado á un notable y digno ciudadano. Sinembargo; ese hombre que allí vemos quiere ser considerado como el prototipo de los liberales, por la única razón de tener todos los vicios de la canalla. No puede pasar media hora sin beber una copa de licor; por eso se apea del coche para entrar en los botiquines, creyendo á la vez que somos tan imbéciles para confundir tanta impudencia con las manifestaciones democráticas. ¡ El Presidente de Venezuela bebiendo en las cantinas públicas !. . . . ¿ Háse visto nunca tamaña desvergüenza? ¡ Ah, Venezuela !. . . Tú no sabes el mal que te has hecho y no alcanzas á vislumbrar la inmensa calamidad que te espera !. . . ¡ Ya verás cómo destrozará tu Constitución y tus Leyes quien ha roto tantas copas y barajas en las tabernas !

—¿No dudas ya que ese hombre no retrocederá en el camino por el cual conduce á esta pobre Patria á la ruina?

—Ya creo que de ese borracho debe esperarse todo lo malo.

Nos detuvimos al pié de la cepa de bambúes que está en frente del citado botiquín, para presenciar aquella escena que dejaba entrever el doloroso porvenir de nuestra

Patria.

Una copa de brandy se derramó sobre la pechera de la camisa de Andueza, nó porque la boca de éste se resistiera á darla entrada, sino porque ya su brazo se alzaba con trabajo y temblorosamente.

Los serviles aduladores que le rodeaban sacaron sus pañuelos y lo pasaron repetidas veces sobre aquel abultado pecho, inmejorable para servir de sepultura á los puñales de la libertad.

Villegas Pulido y Palacio Renjifo se disgustaron, y dirigiéronse palabras ofensivas, á causa del empeño con que se disputaron el *honor* de limpiar la pechera al Presidente. Este se hizo cargo de reconciliarlos. Un nuevo litro de brandy apareció en la escena!.....

Poco después..... Andueza Palacio salió por la puerta del fondo; oyóse á intervalos algo así como el bronco ronquido de una caverna; sentimos un malestar en el estómago, y nos alejamos presurosos y escupiendo.....

Continuamos andando, silenciosos. A pesar de la preocupación, que á veces me asaltaba, por el estado de Panchita, no pude sustraerme á muy tristes reflexiones sobre lo que Estrada me había hablado; sobre la báquica escena que habíamos presenciado, y sobre lo que podía esperar este desgraciado país de un Presidente de tan ruines y villanas condiciones.

Estrada también meditaba, pareciendo presa de violento nervosismo.

Apretaba los puños, golpeaba fuertemente el suelo con el bastón, gesticulaba de un modo amenazante, y dejaba oir de trecho en trecho sonidos guturales ó frases como las siguientes: "Infames ambiciosos y corrompidos." "No saben sino beber y jugar." "¡Qué vergüenza para Venezuela!" "Nosotros mismos tenemos la culpa!" "Somos unos carneros!"....

***

Al día siguiente la ciencia se cruzó de brazos, confesándose impotente para impedir que el despiadado dragón de la muerte devorase á un ángel.

¡Qué pequeño es tu cerebro, humanidad!

¡Es apenas del tamaño de una nuez y en su interior sólo hay lugar para el orgullo!

Los negros nubarrones del *no ser* van á ocultar para siempre á un sol de hermosura y de virtud en la mañana de la vida, y tú te conformas con decir que *así está escrito!*

Escrito también debería de estar que fueras menos imbécil!

A las cuatro de la madrugada me había retirado á mi habitación, por exigencias repetidas de mi amada. Con lágrimas en los ojos me suplicó que atendiese á mi salud y que no permitiese que bajase á la tumba con la mortificación de verme enfermo por velar constantemente á su lado.

Tenderme en mi lecho era todo lo que en su obsequio podía hacer: dormir me era imposible.

A las ocho me levanté y púseme á dar paseos por la estancia con la inquietud de todo desesperado.

Misea Josefa llegó á mí y me participó que Panchita la había encargado decirme que deseaba hablarme.

—Te voy á exigir un gran favor, díjome mi amada.

—Ordéname lo que gustes.

—Me complacerás?

—¡Cómo no he de complacerte, vida mía!

—Yo conozco que mi muerte está muy próxima....

Aquí se detuvo porque los sollozos sufocaban su voz.

Después de una larga pausa, que yo tampoco pude interrumpir, agregó:

—Quiero ver á mi padre.... Por injusto que haya sido conmigo, no le tengo odio; le amo todavía....Quiero que sepa que le perdono antes de morir y recibir su bendición. Tú irás á buscarle; verdad? Le dirás que su hija se halla moribunda; que le ama aún y que desea morir en sus brazos.... Vé, amigo mío.... te lo suplico..... no le odies..... no le hagas daño..... es mi padre....

Nada la contesté: me fué imposible hablar, pues tenía un nudo en la garganta que hasta de la respiración me privaba.

Salí á toda prisa y me dirigí á la casa de Don Cipriano Céspedes, de cuya dirección me había impuesto Panchita en otra ocasión.

XXV

Mientras andaba, todos los detalles de la historia de Panchita, como "abejas irritadas," se agolparon á mi memoria. Hacía esfuerzos por alejarlos, puesto que á la casa de aquel mónstruo me llevaba una misión de paz, y llamaba en mi auxilio las últimas palabras de mi amada.

Yo no conocía á aquel hombre. ¿Qué efecto me causaría su presencia? ¿Podría resistir los impulsos de

la cólera cuando viese su abominable figura?

Esto pensaba hallándome ya en la sala de su casa, donde me dijo una vieja sirviente que esperase.

Estaba en la casa donde tánto había sufrido mi amada.

¡Quién sabe cuántas veces, me decía, fué empujada contra esos muebles que estoy mirando!

Me parece ver en esa alfombra las manchas de los esputos de sangre que la infeliz arrojara después de cada caída en su vía de amargura!

Por esa ventana recibía todas las mañanas el pan del desayuno. En alguna de ellas recibió también el germen de la enfermedad que muy pronto la hundirá en la tumba, y á mí en el antro del dolor, ¡ay! mucho más espantoso todavía!

Como no quisiera pensar en tales cosas, que me predispondrían muy mal para recibir á don Cipriano, me puse á acariciar los cobertores del sofá, que suponía tejidos por las preciosas manos de mi Panchita, llevándolos varias veces á mis labios. Igual cosa hice con la carpeta de la mesa redonda, formada por muchísimas rosas de seda, pequeñas y de diversos colores.

Luego pasé revista á los lujosos ornamentos de aquella sala.

El boato, aunque riñendo con el buen gusto, había reunido allí tantos objetos de gran valor que, más que sala de recibo, parecía aquello el departamento de alguna Exposición de artículos de lujo.

Al entrar, un campesino *lanudo* hubiera quedado allí inmóvil por el asombro; pero todo el que se haya formado una idea, por pálida que sea, del buen gusto, equilibrio entre la sencillez y la riqueza, se sonreirá despreciativamente ante aquella ostentación con que, al parecer, se

quiere humillar á los visitantes; pero que sólo nos incita á que formemos tristísimo concepto del dueño de la casa.

De ese tenor hay muchas salas en Caracas, en las cuales entramos azorados; nó porque nos fascine tanta opulencia, sino porque nos parece que podemos tropezar con los muchos muebles que apenas nos dejan estrechísimo paso.

Tal azoramiento, por ser equvocamente interpretado, regocija mucho á los fastuosos visitados.

No solamente esto tuvo en mientes Don Cipriano Céspedes al montar su casa á la oriental. Otra cosa peor propúsose también: despertar en los corazones de sus hijas la vehemente pasión por el lujo de que es él miserable esclavo.

El suponía que, creciendo rodeadas de tanta opulencia, sus hijas no amarían sino al dinero, y que por ser ricas sacrificarían todo generoso impulso de sus almas.

Fácilmente traducíase el propósito del indigno padre que, á pesar de su pobreza, invirtió una suma considerable en valiosas colgaduras y alfombras; en cuadros, espejos, muebles, arañas; en un elegante piano y en varias mesas que, por el sinnúmero de adornos que tienen, parecen de bazares.

A todo pasé revista detenidamente.

Cuando me fijé en un álbum de retratos que estaba sobre la mesa del centro, una idea cruzó por mi mente: la idea del robo, pero luminosa.

Allí debía estar el retrato de mi Panchita; lo busqué con afán, pasando con rapidez las hojas una tras otra; lo encontré al fin y..... ¡maldición!..... Ya iba á apoderarme de él, cuando se abrió una puerta para dar paso á Don Cipriano Céspedes.

Estaba frente á frente del hombre que más odiaba;

del hombre cuya miserable figura me la había señalado el demonio de la venganza para dar á mi corazón la fiereza del chacal y poblar mi cerebro de las visiones de la demencia.

Retirar la mirada de la preciosa imagen que había hallado en el álbum, para fijarla en aquel basilisco, era espantoso.

Sentí los sacudimientos del furor y me pareció tener en las entrañas una caldera de hirviente hiel. Quise arrojarme hacia él y sepultar mis crispados dedos en su cuello; pero vino en mi auxilio el recuerdo de las últimas y suplicantes frases de Panchita.

No le odies, repetía el eco de su voz querida. *No le hagas daño.... Es mi padre....*

Don Cipriano se acercó á mí; me alargó la diestra; pero no pude vencer la repulsión que me impedía estrechársela.

Preferible hubiera sido para mí meter la mano en un bracero, como Scévola, á tocar la del verdugo de mi Panchita.

Es este hombre pequeño, como de cincuenta y cinco años; con patillas cuya excesiva negrura delata el consumo de la orijá; de complexión robusta y sanguínea, mirada torva y frente ancha y plegada.

Vestía con elegancia, y del pañuelo que llevaba en la mano izquierda, trascendía un fuerte perfume de violetas.

El comprendió por mi desaire que quien le visitaba no le tenía buena voluntad, y sin tomar asiento me preguntó bruscamente:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—Supongo que es con el señor Cipriano Céspedes con quien hablo.

—Sí, señor. Qué me quiere?

Nuestro diálogo empezaba reñido con la cortesía y dejando entrever cual sería su fin.

—Acatando la voluntad de una moribunda, le dije, vengo á invitar á usted á seguirme.

—Cómo! Qué dice usted? ¿De qué moribunda me habla?

—De Panchita, la desgraciada hija de usted.

—Y..... ¿Usted se atreve á pisar esta casa? Usted, su seductor; usted, su raptor, está en mi presencia?.. Salga, infame, de aquí, si no quiere que le eche á patadas!!..

Hice un esfuerzo sobrehumano y logré contenerme, para no matar aquel perro con hidrofobia que tenía delante.

—Señor Céspedes: oígame usted con calma. Yo no he venido aquí para ser vejado. Yo no soy seductor de Panchita; sino su protector. Ella es tan pura como desgraciada, y no debe usted escupir el alma que ha desgarrado. Por ventura, ¿no está satisfecho su fiero instinto con haber martirizado el cuerpo de un ángel?

No era posible contenerme más. ¿Cómo iba á escojer palabras para responder á aquel salvaje?

Para tratar con mónstruos no hay diplomacia conocida.

El hizo un movimiento para acometerme, pero lo contuve con mi actitud resuelta y con una mirada amenazadora.

—Su hija está moribunda, agregué en otro tono, y baja á la tumba conducida por los brazos de la desgracia y la virtud.

—¿Virtuosa!....gritó; virtuosa!....la perdida que abandona su hogar para entregarse á un hombre?.....

La que está moribunda será la concubina de usted; mi hija murió hace días!...Salga usted en el acto, si no quiere experimentar cómo hecho los perros de mi casa.

Me empeñaba en cerrar el oído á las infernales palabras de aquel demonio, para escuchar la resonancia en mi alma del celestial acento del ángel moribundo: *No le odies....No le hagas daño....Es mi padre.....*

Gracias al recuerdo de estas frases y de la manera como me fueron dirigidas, recobré bastante imperio sobre mí para encadenar mi furor y dirigir á aquel hombre algunas súplicas.

Traté de conmover su corazón, describiéndole el doloroso estado de Panchita y su vehemente deseo de morir en sus brazos. Le referí también nuestro casual encuentro; pero ni se conmovió, ni me creyó.

—Complazca á su hija moribunda, insistí.

—Yo no soy el padre de ninguna meretriz.

—Pero es el verdugo de su hija!.... repliqué fuera de mí. ¡Malditos sean los mónstruos filicidas como usted!.....

Alzó una silla y me la arrojó con furia. Fuerte golpe recibí en la cabeza y en el brazo izquierdo, con el cual quise detenerla. Luego tomó otra y la levantó con igual intención; pero..... no pude más. Saqué el revólver que siempre me acompaña, desde que hay en Caracas una cantina para cada cinco habitantes, y le apunté á la cabeza.....

—Está usted preso, dijo quien me arrebataba el revólver.

Era un agente de policía que poco antes había visto apostado en la próxima esquina, asechando á un periodista oculto en una casa.

La vieja sirviente fué á buscarlo cuando oyó los gri-

tos con que su amo me mandaba salir.

Un cuarto de hora después me hallaba en el Cuartel de Policía.

XXVI

Job, á pesar de su memorable paciencia, maldijo la hora en que fué concebido, y yo, en el colmo de mi desesperación, maldije el instante en que este mísero planeta dió el primer paso en su extensa órbita.

¿Qué mayor desgracia podría sobrevenirme que el fallecimiento de Panchita, sin que me fuese dado recojer su último suspiro y su postrera mirada?

Ella, que tanto deseaba morir en los brazos de su infame padre, ¿no tendría ni aún el consuelo de oir hasta en los umbrales del *no ser* mis juramentos de amor y lealtad?

¿Qué pensará; qué será de ella cuando note mi tardanza?

Mi ausencia y la angustia que la cause, acortarán sus días!

Llegará á imaginar que su padre me ha matado ó viceversa!

¿Qué hacer en tan terrible trance?

Todos estos pensamientos, capaces de volver loco á cualquiera, me torturaban horriblemente, y tentaciones me dieron de arrojarme sobre los centinelas y obligarlos á que descargasen sus armas contra mi pecho.

Por qué no lo hice? Porque aún esperaba ver otra vez á mi amada Panchita.

¡Oh, esperanza! ¡Quién tuviera la lira de Leopar-

di para cantarte!

¡Tú no me abandonaste en aquel dolorosísimo suplicio, y por tí siento aún palpitar entre mis labios el último suspiro de mi amada, y en mis oídos y en mi alma resonar las postreras palabras de su eterna despedida!

Sin tí ¿qué hubiera sido de mi razón cuando gravitó sobre ella la abrumadora meditación de aquellas horas, por su amargura inolvidables?

Mis pensamientos eran negros y mis ideas punzaban como espinas.

Allí me creí trasformado en fiera y pude paladear la sed de destrucción de los leones del desierto y de los tigres de Bengala.

Y cómo no?

Yo era el protector de una desgraciada; era el adorador de un ángel y me encontraba prisionero; en tanto, Don Cipriano Céspedes, aquel hombre más que fiera, porque las fieras aman á sus hijos y él vendía y mataba á las infelices que le debían el sér, estaba tranquilo en su hogar ó se divertía en los paseos ó en los *Clubs.*

Sí; en los *Clubs;* en esos garitos de *sangre azul*, que han merecido distinciones y privilegios de inviolabilidad, aquí, en una República, donde no existen títulos de nobleza para nadie.

Se persiguen y se gravan las casas de juego en baja escala, y se respetan y hasta se protejen aquellas frecuentadas por personajes políticos y miembros de la clase afortunada. Pues bien: estas son más perjudiciales que aquellas, porque el cliente de garito puede comprometer el bienestar de su familia; puede hundirla en la ruina; pero el jugador de los *Clubs* es una bomba neumática que extrae de las arcas nacionales un raudal de oro para aplacar la sed insaciable de su vicio.

Quien pierde en los garitos ha perdido el sudor de su frente, y quien pierde en los *Clubs* ha perdido la sangre del pueblo.

Andueza Palacio, Casañas, Batalla, Mijares, Villegas Pulido, Palacio Renjifo, Sarría y tantos célebres jugadores, son causantes del hambre que han padecido más familias que las que deben su desgracia á los vicios de sus padres, porque aquellos explotadores políticos se desquitan de sus pérdidas con las exacciones que imponen al pueblo, y se burlan de la mala suerte, pues está á merced de ellos el Erario Nacional.

El pueblo trabaja para que sus mandatarios jueguen y se embriaguen en los *Clubs*, donde la juventud se inficiona y donde todos los que allí concurren comprenden la necesidad de introducir las manos en las arcas públicas para llevar la vida licenciosa y estúpida que llevan los hoy señores del Poder.

Estas consideraciones no son intempestivas: se desprenden del juicio que me he formado de Don Cipriano Céspedes, á quien no definió Panchita debidamente, por escrúpulos filiales.

He sido bien informado sobre la vida que hacía ese hombre, y he comprendido que á ella deben sus hijas su desgracia.

Céspedes llevaba la vida del jugador en gran escala. Cuando no estaba en los *Clubs*, se hallaba en el salón de la Casa Amarilla destinado por Andueza para el juego.

Varias veces fué arruinado y protejido, alternativamente: tres ó cuatro contratos le fueron concedidos; pero las considerables ganancias que le reportaron desaparecieron bien pronto sobre el tapete verde.

Estando falto de dinero y sin esperanzas de conseguir nuevos contratos ó concesiones en efectivo, resolvió

casar á sus hijas con capitalistas á quienes poder ocurrir en sus apuros de jugador. De ahí la infelicidad de ellas.

¡Y ese hombre estaba en libertad, mientras que yo, el protector, el adorador de su desdichada hija, estaba encerrado en una prisión!.....

¡Oh justicia! ¿Cuándo posarás tus plantas en la tierra? Cada hora desprendida de la inmensa ampolleta del tiempo era una gota de hiel caída sobre mi corazón. Cuando una gruesa capa lo cubría, me dije:

—Si matar es siempre un crimen, el crimen es á veces seductor.

En aquellos momentos de desesperación, de locura, ¿qué hubiera sido para mí más grato que hundir hasta el pomo un puñal en el pecho del sacrificador de mi amada?

De todas las visiones de mi extraviada mente, la que más la recreaba era aquella que representaba á Don Cipriano Céspedes revolcándose en su sangre y pugnando por arrancarse el acero enterrado en sus entrañas.

En mi prisión comprendí cuán verdadero es que la mayor parte de los criminales merece más compasión que castigo. La Naturaleza es la madre del crimen y la sociedad la nodriza.

Si las leyes sociales fuesen perfectas, los criminales parecerían hermosos, por lo raros.

La parte más angosta de la ley social es la que corresponde á la mujer.

¿Si los hijos de Don Cipriano Céspedes hubieran sido varones, los habría sacrificado?

¿Habría tenido la idea de especular con ellos?

¿Los hubiera reducido á la condición de esclavos?

Nó; pues á la primera insinuación despótica, hubieran sacudido el yugo paterno, sin exponerse á los embates de la suerte. Pero unas pobres niñas, ¿dónde halla-

rían refugio seguro?

Bastaría que saliesen de bajo el techo que es para ellas más espantoso que la pesada losa de una tumba, para que la injusta sociedad las infamase, llamándolas prostitutas.

Y cuando la mujer no apura la copa del martirio siendo hija, la apura siendo esposa.

¡En verdad que es bastante triste su condición!....

Y eso que, según el Cristianismo, está redimida.

XXVII

Yo no puedo creer que haya tormento más horrendo que aquel con que fueron probados el temple de mi alma y la firmeza de mi cerebro.

Tampoco puedo pensar que exista imaginación alguna de bastante vuelo para alcanzar á medir toda su gigantesca extensión.

Yo, que en alas del amor me había remontado hasta penetrar en el cielo de la dicha, veíame ahora sepultado en un asquerosísimo antro de podredumbre y vicio.

Mis carceleros me parecían demonios y en los semblantes de mis compañeros de prisión veía los rasgos del crimen.

El espectáculo que tenía ante mí, me horrorizaba.

El pensar que indebidamente estaba pisando aquel escenario, que pisaban también tétricos actores del crimen y asquerosos representantes del vicio, sublevaba mi espíritu, y á veces, sintiendo en mi pecho la erupción de efervescentes pasiones, yo mismo me consideraba una bestia.

Allí ví á un viejo, cuya sangre quería brotar por los poros y por los ojos; con el cabello enlodado y una rotura en la frente; la camisa y el chaleco sin botones; el pantalón dejando ver las rodillas; el paltó-levita con una abertura en la espalda y una de sus faldas pendiente de pocos hilos; sus zapatos no eran hermanos y, aunque como protectores nada de bueno tenían, no eran muy crueles como prisiones, pues permitían é los piés respirar el aire libre. Aquel viejo era el tipo real del consuetudinario beodo, recojido la noche anterior sobre una acera.

Cuando lo divisé, estaba acurrucado en un rincón y golpeando con la cabeza las paredes que formaban el ángulo.

De vez en cuando abría los inyectados ojos para pasear por su redor una mirada estúpida, y entonces dejaba oir un ronco gruñido ó algunas incompletas insolencias.

Lo estuve contemplando hasta que se le acercó una muchacha que acababa de entrar.

Calculé que esta muchacha tuviese doce años. Andrajosa, descalza, con medias de sucio en los piés y vetas de lo mismo en el rostro y en los descubiertos seno y brazos, y con el cabello revelando que jamás había recibido las caricias del peine, muy claramente decía, en el lenguaje de su miserable apariencia, que era la hija de aquel borracho.

Iba á llevar á su padre el almuerzo, y este consistía en una mezcolanza de todos los desperdicios que aquella infeliz habia podido recojer en algunas posadas, donde fregaba los platos.

Los huesos descarnados, el arroz, las caraotas (negras y blancas) los fideos, los tallarines de diversas formas, los garbanzos, la carne frita, los pedazos de pan de

maiz y de trigo, estaban reunidos en un perol.

Mientras el viejo roía los huesos y se engullía aquella especie de mazamorra, la muchacha, después de verme detenidamente largo rato, se acercó á mí y pidióme una limosna.

Entablé conversación con ella y me impuso de lo que dejo dicho, agregando, con lágrimas en los ojos, que "no tenía vida," porque su padre "se la pasaba preso," pues no quería sino "estar bebiendo todo el santo día."

Bastó que llevase la mano al bolsillo para sacar la moneda que entregué á aquella desdichada, para que me viese rodeado de unos cuantos pedigüeños, á quienes tuve que gritar y amenazar, para poder salir del rincón á donde me habían hecho replegar.

Desaparecieron los *inocentes é injustamente* presos, y aparecieron los ladrones, los beodos y los asesinos.

Un ladrón que, mientras me pedía dinero, díjome que lo habían prendido porque lo encontraron "sobre la pared de su casa," después de habérselo negado, refunfuñó esta frase: "Algún día pasará por mi banda." Otro que me juró que había matado á una mujer "en defensa propia," me amenazó de esta manera: "yo me los he pegado más gordos" Un tercero, arrestado por borracho, mientras me pedía me dijo: "Dicen que me encontraron anoche durmiendo sobre un puente, pero sería porque me rindió el sueño al pasar por allí, pues estuve velando hasta muy tarde á la cabecera de un amigo que está muy grave. Yo, señor (créamelo usted) hace mucho tiempo que hice una promesa á la Coromoto de no probar ni pizca de licor." Mas después de ver desvanecida su esperanza de quitarme algo, murmuró: "Se muere úno de frío y no encuentra quien le dé para pegarse un palito."

Todos me amenazaron ó murmuraron algo, menos

una persona que celebró lo que los demás llamaban *pichirrez.*

Era una mujer de la vida airada, presa por haberle quitado la carabina á un policía, después de tumbarlo de un "cabezaso volado, por ser amigo de que úna le sirva de *baldivié.*"

Bien pronto comprendí que en su aprobación sólo había egoísmo, pues á la vez que intentaba retorcerme los bigotes me dijo:

—Con un compañero tan *peritanfláutico* (*) como éste, bien puede úna estar presa todo el tiempo que quieran.

En todo humano corazón tiene resonancia la lisonja, mas nó cuando el bolsillo teme pagarla, y sale de los ahumados y morisqueteros labios de una ramera, cuyas amarillentas mejillas contrastan con su nariz, sospechosamente encarnada.

El dinero que me quedaba en el bolsillo no estaba destinado para ella; así lo comprendió, pués se alejó murmurando denuestos contra mí.

Más por espíritu de observación que por otra cosa, salí de la pieza, donde con otros me habían puesto, y atravecé el largo y asqueroso corral donde estaban confundidos los hombres, los muchachos y las mujeres, con muchas bestias, perros y cerdos de los oficiales de policía.

Las pestilenciales emanaciones de los chiqueros y las producidas por los desórdenes de los prisioneros, causan dolores de cabeza y trastornos en el estómago.

Allí no se puede estar muchos días sin enfermarse. Esto lo saben los Jefes de aquel cuartel; pero ellos creen que cumplen su deber aumentando la desgracia de los prisioneros que se les confía.

(*) Quería decir *apuesto, gallardo.*

Estos—si no tienen parientes que le lleven otra cosa—sólo comen caraotas ó frijoles sin sal y una *sopa de arroz;* llamada así por unos cuantos granos que de dicho cereal sobrenadan en un poco de agua hervida con manteca.

Esta *comida* se la dán ciertos especuladores que allí tienen sus *ranchos,* en cambio del dinero que recojen entre todo el que llega; pues yo me engañé, al creer que recibían raciones.

"*La ociosidad es madre de los vicios,*" reza sabiamente cierto apotegma y, sinembargo, entre nosotros se castiga el vicio con la ociosidad.

¿Por qué no se obliga á los presos criminales á trabajar, como en otras naciones?

Obligándolos, ellos se habitúan al trabajo; del hábito se desprende el amor, y el amor al trabajo corrige á los culpables y los dignifica.

Pasead una mirada por nuestras cárceles, gobernantes, y vereis muchas miserias que deben desaparecer. (Hablo con los gobernantes del porvenir, pues los actuales..... ¿cómo van á ver nuestras miserias, si no vén siquiera el sol?)

Imponed el trabajo á los criminales á quienes quereis castigar y corregir. No los echeis en brazos de la ociosidad, pues cuando los pongais en libertad, volverán á robar y á matar.

Al regreso de mi excursión por aquel largo y nauseabundo corral, cuya fiel descripción, si fuese hecha por Zolá, obligaría al lector á aplicarse el pañuelo á la nariz y á tomar bicarbonato de soda, ví, en uno de los pesebres no ocupados por las bestias, un indio, de semblante tan cadavérico, que daba compasión al verlo.

Un sucio pañuelo de Madrás cubría su cabeza, dejando ver algunos mechones de largo y bañado pelo; su tra-

je, sucísimo también, estaba además roto en muchas partes; nada tenía en los piés, y con las manos en los sobacos y acurrucado sobre la paja del pesebre, lanzaba lastimeros quejidos.

Acerquéme á él y le pregunté quién era, que tenía y por qué estaba allí.

A todo me contestó, interrumpiéndose de vez en cuando por los fortísimos calofríos de la fiebre; pues comprendió que yo me interesaba por él.

He aquí el extracto de su narración:

Había servido como soldado cuatro años en uno de los cuarteles de esta ciudad. Por una lijera falta que cometió, le dieron cien palos que le tuvieron los miembros envarados durante muchos días. Cuando pudo moverse, lo pusieron en libertad, porque, afortunadamente para él entonces soltaban diez soldados por cada cincuenta reclutas que entraban, para luego decir el Gobierno que se estaban legalmente reemplazando las tropas, cuando su único propósito era el de aumentarlas para apoyar el proyectado *continuismo.*

Cuando se vió en la calle, sin un centavo y sin saber á dónde dirigirse, fué tentado por el deseo de volver al cuartel; pero como estaba imposibilitado para el servicio, á causa de la bárbara paliza que recibió, desistió de aquel deseo.

Cuatro años hacía que ni veía, ni tenía noticia alguna de su madre y hermanas, residentes en Guatire.

Quería volar, para estrecharlas entre sus brazos, si vivían aún; pero ¿cómo hacerlo estando tan enfermo y miserable?

Resolvió ir al Hospital "Vargas" para ver si lograba mejorarse; pero después de permanecer allí muchos días, resolvió escaparse.

—Allí se lleva una *vida de perro*, me dijo. Todos los enfermos están allí como botados. Yo tenía á mi derecha un tísico que no me dejaba *pegar los ojos*, y á mi izquierda un galicoso, sin naríz, con las orejas comidas y casi ciego; yo no podía comer si lo veía. Todos los enfermos están juntos, de manera que úno llega con una enfermedad y puede salir con dos ó tres. Temí que se me contagiara la tísis y el gálico de aquellos vecinos y por eso me escapé. Además, allí no atienden á los enfermos, sobre todo si no son rezanderos, y los alimentos son como los del cuartel.

Después que aquel desgraciado indio se vió fuera del Hospital, tampoco supo á dónde debía dirigirse.

Se dió á vagar por las calles de la ciudad, pidiendo limosnas. El que más le daba, le daba un centavo y para avanzar un paso sufría horribles dolores.

Víctima de un muy generalizado error, exigió á un transeunte que le diese las señas de la casa más cercana de algún cura.

Afortunadamente no tuvo que andar mucho, pues hay una ó dos en cada cuadra.

La apariencia de la casa le hizo sonreir de gozo, pues revela que su dueño es riquísimo, y creyó que como sacerdote al fin, le socorrería pródigamente.

Su gozo aumentó cuando, desde el umbral del portón, contempló un hermoso patio poblado de matas de diversas clases.

Una gran pajarera está al frente y otras pequeñas jaulas con canarios y cardenales, alternando con cestas de parásitas, penden del techo del corredor, entre pilar y pilar.

Grandes tiestos con vistosas matas, y cuadros de gran valor adornan el mismo corredor.

Yo he tenido ocasión de entrar á esta casa, donde el lujo campea de extremo á extremo.

El enfermo soldado encontró al cura sentado en una butaca de damasco, en medio de dos artísticos tiestos de *fortuna* y con un libro en la mano.

—¿Qué se le ofrece? le preguntó con acre acento. El pobre se le acercó; díjole que había sido despedido del cuartel por enfermo, que no poseía ni un centavo, que no tenía familia aquí, sino en Guatire, y que le rogaba, *por amor de Dios*, que le socorriese para marchar á dicho pueblo.

—¡*Vuelva el sábado!!*....

He ahí todo lo que el infeliz obtuvo por lo pronto de aquel sacerdote.

¡Qué volviera el sábado y aquel día era lunes!!....

—Estaría rezando—dije al ex-soldado—y no quiso interrumpir sus oraciones. Usted ha debido volver más tarde.

Esto lo pensé, porque me resistía á creer que un MINISTRO DE DIOS, rico, muy rico, tuviese un corazón de piedra, que no se enterneciera cuando por su Dios le pedía una limosna un pobre enfermo; pero cuál no sería mi asombro cuando éste me dijo:

—Nó, señor. Como yo me le acerqué mucho, y sé leer algo, ví que el libro que leía era.....

Quedóse mi interlocutor pensativo largo rato, dándose á intervalos golpecitos en la frente, hasta que agregó:

—¡*La Calavera de Gustavo!!*

—¿No será, le dije, *Gustavo el Calavera?*

—¡*Eeeelena!*....exclamó.

Con esa vulgar exclamación quería confirmar mi dicho.

Después impúsome de que, cuando se retiraba, un

perrito galgo se le fué detrás, oliéndole las pantorrillas.

En el zaguán se fijó en el collar que tenía, todo enchapado en plata, y después de hacerse algunas reflexiones, luchar con poderosas tentaciones y vencer muchos escrúpulos, terminó por sacar una *chanveta*, resuelto á cortar y llevarse aquel collar. Pero comenzó su operación con mano tan temblorosa, que hirió en el cuello al animalito. Al ahullido que éste lanzó, acudió el cura, quien sorprendió al *¡sacrílego ladrón!*....

Llamar á un criado, alcanzarlo éste, buscar un policía y encontrarse preso el infeliz soldado, fué cuestión de pocos minutos.

XXVIII

Cuando aquel desgraciado terminó su narración, llevé enternecido la mano al bolsillo: extraje de él todo el dinero que contenía, púselo en su trémula diestra y me alejé sin contestar nada á estas frases, repetidas con instancia y conmoción:

—Dígame su nombre, caballero.... Quiero tenerlo presente.....

Llegué al cuarto donde se me había puesto, y sentado en un muy sucio banco de madera me puse á meditar sobre agenas miserias, olvidado de las mías.

La vida del soldado y la vida del cura: he ahí el tema de mi meditación.

La vida del soldado, serie de miserias.

La vida del cura, fuente de idem.

Ambas reclaman una reforma necesaria y radical.

San Pablo autorizó á los que *sirven al altar para*

vivir del altar; pero ¿quién los ha autorizado para vivir del Tesoro del Estado?

Bien está que exploten las doradas vetas de aquella mina y aún que recojan las *virutas* que á la candidez quitan los *cepillos* colocados en las puertas de todos los templos; mas es un deber de conciencia renunciar las prebendas que cobran del Tesoro Nacional, formado por las contribuciones de *todos* los que en la nación habitan; ya sean católicos, *perros judíos, malditos proteztantes ó condenados ateos.*

¿En dónde está el decantado *menosprecio de los bienes terrenales* con que los curas quieren anonadar las justas aspiraciones de los demás, á fin de que las egoístas de ellos puedan enseñorearse y absorverlo todo?

En verdad que no sé dónde hallais tanta seriedad para predicar la humildad, tonsurados habitantes de palacios.

La práctica de vuestra caridad se reduce á decir á los pobres: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia....*

No contentos con explotar á vuestros *fieles*, vivís también de los *infieles*, cobrando al Estado lo que el Estado no debe pagaros más; porque las contribuciones de *todos* son para atender á las necesidades y propender al bien de *todos*, según la voluntad de *todos.*

Vosotros podríais labrar la tierra, tallar madera y hacer zapatos y sombreros, pues teneis mucho tiempo desocupado, ¿por qué preferís leer novelas de Paul de Kock, acariciar perritos galgos y recrearos con el canto de prisioneros pajaritos?

¿Por qué no trabajais? Porque el Estado y el *oficio* os dán para vivir con lujo.

Es natural que no seáis buenos, puesto que es el pro-

pósito de especular lo que os lleva al Seminario y luego á la Sacristía. (*)

Apartáos y vereis cómo desinteresadamente afluyen padres de familia á ocupar vuestros puéstos para predicar la verdadera moral, ensalzar la virtud y aconsejar á los culpables que buscan fuerzas para alejarse de la senda del mal, ó quieran reparar debidamente el daño causado al prójimo.

Sí; para cumplir tan sublime misión, afluirán venerables padres de familia, que no podrán ser tildados de especuladores é hipócritas.

Si no os apartais voluntariamente, es necesario que se os aparte.

El primer paso debe darlo el Estado, privándoos de las injustísimas prebendas que os entrega.

Allí están los guardianes del orden público, que sí las merecen, casi muriéndose de hambre.

El ejército debe desaparecer y la policía aumentarse

Que los mandatarios se ganen el corazón del pueblo y no tengan cómo sostener sus despóticos caprichos.

La actual vida del soldado es dolorosísima.

Nos jactamos porque la esclavitud ha desaparecido entre nosotros; pero, ¿qué es el soldado venezolano sino un esclavo?

Por tiempo indeterminado se vé obligado á servir, recibiendo *dos reales* de ración y soportando insultos, planazos, palizas y otros bárbaros castigos.

¿Cuántos no han recibido un machetazo por haber llevado la pedida *candela* en una cucharilla, que quemó las delicadas manos del jefe, en vez de llevarle un tizón?

¿Cuántos no han perdido la vida porque faltaban dos

(*) No olvido que en toda regla hay excepciones.

dedos á la media botella de ron que se les mandó comprar?

El jefe que mata ó hiere á los soldados es.... ¡ *un buen jefe* ! Nada más !

Los pobres soldados no tienen derecho para formar familia, y el que la tenga, es mil veces más desgraciado; porque inútilmente suspirará por las dulzuras de su hogar y morirá mortificado horriblemente, recordando los mimos maternales, las caricias de su esposa y el alegre acento de sus hijos.

Si se necesita sangre para hacer mezcla y alzar algún castillo feudal, la de éllos es la primera que se vierte, y con sus cadáveres forman los tiranos los cimientos de sus tronos.

¿Por qué esos desdichados no están bien remunerados para que sirvan voluntariamente, teniendo sus horas de servicio y sus horas destinadas al descanso en el hogar? Por qué? Por que se grava más el Tesoro?

Pues que cesen los inmerecidos sueldos de los curas y protéjase, como es de justicia, á los guardianes del orden público.

Auméntese la policía y ciérrense los cuarteles, en cuyos edificios quedarían muy bien unas escuelas de artes y oficios para los delincuentes.

Apártese la mano del clero de las arcas nacionales y ábrase la puerta del hogar para los *parias* á quienes llamamos *soldados.*

Estando bien remunerados, los defensores del orden público serían *empleados* y no *esclavos.* Cuando quisieran podían renunciar sus destinos, en la seguridad de que no faltaría quien voluntariamente se ofreciese á reemplazarlos, y para castigarlos por sus faltas, no habría que apelar á los *planazos*, á las *palizas*, á los *cepos de campaña* y á otros no

menos bárbaros castigos cuarteleros; pues la destitución sería suficiente y harto temida.

Pero nó; nada de esto se hace.

El Estado mima y subvenciona á los curas y veja y mata á los soldados. Por qué?

Porque aquellos tienen una raspadura en la cabeza y éstos sombras en el cerebro. Pero si el Estado dice á los curas: *no más subvenciones*, la mayor parte se dejará crecer el pelo en el lugar que les cubre el solideo, y si invierte esas subvenciones en bien de los soldados, de la servidumbre pasarán al hogar, donde serán señores.

Justicia! gobernantes, para esos infelices. Acordáos de que os llamáis *liberales* y no *clericales*.

Y vosotros, *ministros del Señor*, sabed que un sacerdote sin conciencia sólo inspira desprecio; que el renunciar las prebendas inmerecidas es un deber de conciencia; que no debeis vivir de las contribuciones de los *infieles*, por escrúpulos de conciencia, y que la miseria de muchos depende de vuestra riqueza; cosa que repugna á la conciencia.

Los sacerdotes sin subvenciones, padres de familia é hijos del trabajo; la metamorfósis de los cuarteles en talleres para los delincuentes, y los párias-soldados ascendidos á la categoría de empleados voluntarios; hé ahí unas magníficas reformas reclamadas por la época.

XXIX

No podré describir la tortura que padecí en los tres días que duró mi prisión, porque ni siquiera deseo recordarla.

Los tristes recuerdos son para las almas heridas una reproducción de los dolores sufridos, y la mía mana sangre aún.

Estrada fué á visitarme; le referí lo ocurrido y se comprometió á buscar, en unión de misea Josefa, alguna falsa explicación para tranquilizar un tanto á Panchita, cuya angustia era, según me dijo él, mortal.

También trató de animarme asegurándome que pronto obtendría mi libertad, valiéndose de personas influyentes en el Gobierno.

Yo le agradecía mucho sus palabras de consuelo; pero, cuán infructuosas eran!

El segundo día de mi prisión volvió mi buen amigo. Cuando le ví entrar, quedéme frío; creí que me traía la noticia del fallecimiento de mi amada.

—Qué tienes? me preguntó.

—Habla tú; dímelo todo.

—Pero estás nervioso y lívido! Qué te imaginas?

—Panchita ha muerto; verdad?

—Nó, nó, querido amigo; hemos podido tranquilizarla é infundirla esperanzas de verte pronto.

Esto me lo decía para engañarme con la mejor intención; pero yo bien sabía que la angustia de Panchita

aumentaba á cada segundo que trascurría sin verme, mientras que disminuía la ya cortísima distancia que la separaba del sepulcro.

La noche del tercer día estaba más desesperado aún, maldiciendo el imperio de la injusticia en la tierra y preguntándome si habría un sér más desgraciado que yo.

Estaba sentado en el extremo de un banco, con los codos en las rodillas y apretándome la cabeza con las manos para impedir que estallase.

En el otro extremo tomó asiento un hombre y después de un rato de silencio me dijo:

—¿Ha visto usted, señor, injusticia mayor que la que emplean conmigo?

Las almas desgraciadas se atraen, y el mayor consuelo para todo desdichado es, sin duda, encontrar otro que lo sea aún más.

Antes de ser yo tan incomparablemente infortunado, cuando caminaba á la ventura por las calles, pensando en mi triste situación y desesperado de mejorarla, si encontraba algún mendigo, después de socorrerlo me detenía á contemplarlo largo rato, y la presencia de aquel sér más infeliz que yo, me consolaba notablemente, y proseguía luego mi camino, satisfecho de mi suerte.

Las palabras de aquel hombre, despertaron interés en mí; pues precisamente cuando pensaba que la injusticia de que era víctima no podía tener rival por lo cruel, parecía que me invitaba á ponerla en parangón con la que él sufría.

Le pregunté quién era, y me hizo la siguiente expontánea narración.

—Yo era agente de policía y ayer en la mañana se me ordenó que me fuera en el mismo tren en que salió el Presidente para Macuto. Anoche me pusieron de guardia

á la entrada de una casa de juego de dicho pueblo: como á las cinco de la mañana salieron dos jugadores y oí este diálogo :"—Entienda usted que este Doctor Andueza es un hombre bien sereno: esta noche le he ganado setenta mil pesos y está como si tal cosa.—¿Setenta mil pesos le ganas?—Me parece que hay un pico no despreciable.—Y entonces, Casañas y Batalla cuánto perderán?—De Casañas tengo un vale de diez mil pesos que cobraré mañana en el Ministerio de Hacienda: él tenía treinta mil en el bolsillo y quedó *limpio de bola;* en cuanto á Batalla, figúrate cómo estará cuando ni ganas de reir tiene esta noche, y eso que el *pagano* es el pueblo!!" Como á las siete referí á otro policía lo que había oído ; al medio día recibí la orden de regresar á Caracas, y esta tarde, cuando llegué, se me comunicó que estaba depuesto y arrestado. Después de mucho preguntar, fuí informado por un amigo que la causa de mi prisión no es otra que la indiscreción que cometí al ponerme á revelar *secretos delicados.* También me aseguró que mañana me pasarán á la Rotunda. Vea usted, joven, qué tamaña injusticia. Se castiga como un gran delito referir á otro lo que casualmente se ha oido, y se derrocha impunemente el tesoro de la Nación. Mi madre está enferma y postrada en una cama hace tiempo; no cuenta con otro auxilio que el que yo podría darla. Ahora morirá de mengua y de hambre!.... ¡Ay, Dios mío! ¿Qué te ha hecho mi pobre madre? ¿En qué te he ofendido yo?

Continuó mi compañero de prisión lamentándose de su mala suerte y fulminando anatemas contra los que arrojan en una noche sobre el tapete verde setenta mil pesos, que no les pertenecen, y encierran en un calabozo á un pobre ciudadano por el solo *delito* de saberlo.

Pedí al infelíz prisionero la dirección de la casa que

habitaba su madre, la que murió pocos días después, nó de hambre, ni de mengua, como él lo había temido, gracias á la pequeña protección que Estrada y yo pudimos dispensarla, pero sí de la pena, justamente grande, de saber que su único hijo se hallaba en un calabozo. Hice lo posible por consolarle diciéndole:

—Creo que pronto saldré de esta prisión, y si así fuere, á la madre de usted nada faltará. Le prometo auxiliarla suficientemente y tengo un amigo, famoso médico, que la devolverá muy pronto la salud.

El entonces, enternecido, y con las lágrimas asomadas á los ojos, me tomó una mano; me la estrechó con efusión y, á no impedírselo yó, me la hubiera besado, repetidas veces.

No es más tenaz la lucha entablada entre el enamorado, delirante y loco de emoción, cuyos labios están tostados por la sed de posarse en la aprisionada mano de la mujer amada, aunque despreciativa, y el afán de ésta por esquivar lo que tanto la repugna y haría el efecto del contacto de un hierro candente.

Así expresan esos hombres su gratitud, elocuentemente por cierto; quedando el prodigar monedas á manos llenas para aquellos que, cuando llegan al poder, juzgan noble el hurtar al pueblo su tesoro para saldar sus cuentas de favores en otros días recibidos.

Después de haber desistido de su intento, el ex policía me dijo:

También me hará usted el servicio de decir la verdad á mi querida madre, á fin de que sepa que su hijo no está preso por criminal. El corazón me dice que no la volveré á ver y estrechar en mis brazos, por que, no pudiendo quitarme la memoria, ni enmudecerme, ni sabiendo apreciar debidamente la palabra de un hombre hon-

rado, puesto que ellos no lo son, esos infames gobernantes harán de mi calabozo una tumba.

—Y usted piensa, le objeté, que esos hombres serán eternos en el poder? ¿No cree usted que el pueblo los conoce bien y ha dictado yá la sentencia que merecen? ¿Se imagina usted que se ha de editar el segundo tomo de la veintena autocrática de Guzmán Blanco?

—¡Quiera el cielo que estén bien fundados sus presentimientos! Pero yo creo que esos hombres son tan ambiciosos como Guzmán y sus esbirros, y aunque no tengan talento y valor para ser tiranos, pedirán al aguardiente inspiración y audacia. En cuanto á nuestro pueblo, me parece que todavía gatea. Cuando la inicua expulsión del Doctor Rojas Paúl, todos los policías que fuimos apostados en las esquinas por donde debía pasar, estábamos resueltos á ponernos de parte del pueblo, si en lugar de cruzarse de brazos hubiera protestado contra tan infame atentado.

—Muy seriamente me hacen pensar sus palabras; mas no desesperemos. El pueblo toma nota de esas barbaridades y cuando llegue el día oportuno de arreglar las cuentas, ya verá usted cómo se escarmientan los tiranos en las personas de nuestros actuales opresores. Con la expulsión del Doctor Rojas Paúl, Andueza Palacio ha querido tomar el pulso al pueblo; pero el pueblo lo ha engañado, fingiéndose el enfermo. Guzmán Blanco pudo sustraerse al condigno castigo, y como nos hace falta un terrible ejemplar, el Jefe de esa beoda camarilla se ha prestado á ser el candidato. Si quieren un NOVEINTITRÉS, lo tendrán con el nombre de NOVEINTIDÓS. Nos adelantaremos un año, en gracia á la superioridad de la panza de la predestinada víctima sobre la de Luis XVI. Y.... veremos si hay después quien amamante planes libertici-

das y se despose con la criminal ambición.

—Me parece, señor,—dijo el ex-policía poniéndose verticalmente el índice en la frente—que he oído decir que en la perdición de Luis XVI, á quien acaba usted de nombrar, contribuyó mucho su esposa.

—Así fué: la austriaca María Antonieta era muy orgullosa y ambiciosa, aconsejó mal á su esposo y concluyó por hacerle perder la cabeza y perder la propia.

—Pues como que tienen algún parecimiento la esposa de este Presidente y aquella reina.

—Por qué lo dice usted?

—Porque—lo sé de buena tinta—esta señora ha aconsejado el *Continuismo* á su marido.

—Cómo así? Refiérame eso, si no hay impedimento.

—Con mucho gusto. En una reunión de familia, que hace pocas noches hubo en la Casa Amarilla, el Presidente dijo:—"Ya me faltan muy pocos meses para entregar estos *peroles*." (Ya sabe usted que este señor, aunque instruido, según aseguran, se expresa tan vulgarmente como cualquier carretero, aún en sus documentos oficiales). Pues bien: cuando su esposa oyó tales palabras, le interrumpió con estas:—"¿Y quién te ha dicho que no puedes quedarte diez y ocho años más? ¿Guzmán no lo hizo? Pues lo que hizo Guzmán lo puedes tú hacer."

—Eso dijo....?

—Como que hay un Dios en el cielo.

—Bien; ya está reproducido el primer acto de la bíblica comedia del Paraíso: en el segundo, saldrán desnudos como entraron, avergonzados de su criminal figura, regando el suelo con sus lágrimas y.... ¡cuidado si con su sangre también!....

Después de cruzarnos algunas frases más, quedé

abstraído en profunda meditación sobre este tema y luego sobre la crítica y angustiosa situación de mi amada.

—¿Habrá muerto? me preguntaba á menudo, y un temblor general se apoderaba de mi sér.

De esta manera, en tan tremenda angustia, pasé toda la noche.

XXX

Como cariñosa mensajera de la esperanza recibí la primera claridad del día, porque quien sufre ve con placer disiparse las sombras que rodean su cuerpo, creyendo, aunque momentáneamente, que así también se disiparán las tinieblas que le amortajan el alma.

Los felices, ó menos desgraciados que yo, empezaron á luchar con la modorra, provocando la reacción de sus músculos y el movimiento de sus miembros.

Aquí se oía el crugir de una coyuntura al estirarse; allí el pujido de quien al levantarse se cimbraba hacia atrás, y más allá los bostezos con que otro despedía á Morfeo.

A mí sólo me crugía el cerebro.

Los presos dieron principio á la recíproca narración de sus ensueños, celebrándoselos mútuamente.

Cada ensueño era un prisma á través del cual se veía el estado del ánimo de quien lo había tenido, adivinándose sus sentimientos y deseos.

Uno, preso por ladrón, dijo riéndose á carcajada:

—Yo soñé que mi vale Vicente y yo le habíamos

puesto la mano al *molondrón* (*) del isleño Mora. Y ya sabe que estaba cuajado. Había más *americanotas amarillas* !..... ¡Ah caramba!.... Ya sabe usted que el zambo se había dado una organizada de padre y muy señor mío.

Otro, recojido en las calles en completo estado de embriaguez, dijo:

—Sueño bueno el mío. Supónganse que yo y que pasaba por frente á la Casa Amarilla y se me ocurre mirar hacia arriba en momentos en que Andueza estaba junto á un balcón, rodeado de una partida de los de la cofradía del *chimichurri*, y con una copa y un litro de Hennesy cinco estrellas, doble extra.

Como á mí me gusta mucho contemplar el hermoso color del topacio (pues aquí donde ustedes me ven soy medio poeta) me recosté de la baranda de la plaza y me puse á ver aquel chorrito de líquido topacio salir de la botella y caer en la copa. Entonces Andueza se fijó en mí y con su vocerón de trueno dijo á sus camaradas extendiendo la mano hacia mí:—"Muchachones! allí está un liberal amarillo echando la baba: no podemos permitir que se descríe. Con éste ya son *veinte mil* UNO. Invitémosle á pegarse un palo por la gloria de nuestro partido." —Sí; sí; gritaron los otros; que suba; que suba ese liberal amarillo." El Doctor entonces me carpeteó con su gorro para que subiese. Como eso de ponerme á subir escaleras era un compromiso muy serio para mí, grité: "¡Doctor! Yo he hecho una promesa al dios Baco de no subir escaleras sino á los empujones. Si usted quiere, me pongo bajo el balcón para que me vacíe el litrico entero, y le aseguro que no dejaré perder ni una gota."—Nó; nó;

(*) Quería decir: *tesoro enterrado.*

dijo el buen Doctor; tú debes subir, hermano: á ver, que vayan dos edecanes á buscar á aquel liberal amarillo. Y dicho y hecho: dos edecanes me subieron casi en peso y no me soltaron hasta no estar en el gabinete de trabajo del Presidente. ¡Qué cuadro tan hermoso!!.. Entiendan ustedes que ese gordiflón se dá buena vida, á juzgar por lo que he visto en sueños; que así debe ser, porque viene muy de acuerdo con lo que me ha contado uno que fué sirviente en la Casa Amarilla y que ha presenciado muchas parrandas presidenciales. Figúrense ustedes que ví sobre una mesa, haciendo las veces de pisapapeles, unos veinte litros de brandiy, llenos, y debajo como treinta vacíos: esa era la tarea de ese dia. Cuando me vieron, todos los bienaventurados que allí estaban me salieron al encuentro. El Doctor estaba con su gorro, en mangas de camisa, sudando la gota viva y con la batuta en la mano: es decir, con la botella. Se adelantó hacia mí con los cachetes inflados; me echó el brazo y me entregó una copa con cuatro dedos del cinco estrellas.—¿Por qué brindo? pregunté.—Por la Reintegración Liberal, me respondió un guzmancista rancio (Manuel Antonio Matos, si no me equivoco.) Por el Partido Liberal Amarillo, corrigió Sedestrong, no sabiendo sobre qué pié cargar el cuerpo.

—Por la vigencia inmediata, agregó Casañas frunciendo su cara de perro bull-dog.—Por el exterminio de las Mayorías Zamoranas y del viejo Don Ovidio, exclamó Batalla sonriendo como mico.—Por las ninfas del "Mamón," repuso Villegas Pulido.—Por mi contrato de cloacas, opinó Manuel Modesto Gallego.—Nó; nó, gritó el Doctor Andueza agitando la batuta: que brinde con preferencia por el inventor del alambique: después brindará por todo lo demás. En esto entró un edecán di-

ciendo:—Respetado Doctor: aquí está un paquete de telegramas *en consulta.* Tomó el Doctor el paquete, lo abrió, encendió una vela (y cuenten que eran las doce del día) y rompió los veinte ó veinticinco telegramas que contenía, sin leer ninguno, diciendo:—Que vayan á la porra esos godos: los que no pertenezcan al partido liberal amarillo no tienen derecho para poner telegramas. Mira, edecán, que le pregunten á Valarino si ya trasmitieron á todas las oficinas los editoriales de anoche de *El Pueblo*, de *El Tribuno* y de *La Opinión Nacional*, y que cuidado si trasmite ningún telegrama de esos godos hidrófobos á quienes voy á exterminar: sí; á quienes voy á exterminar: lo juro por Martel y Mr Hennessy. Que me sepa á agua el brandy y la champaña si no los exterminio.—No se incomode; no se incomode, Doctorcito, dijo un vejete que no acababa de sacar el pañuelo de entre los faldones del paltó-levita. Para pasar el mal humor el Doctor se bebió cuatro copitas seguidas.—Vamos; vamos á brindar en verso por el inventor del alambique, como lo ordena el Doctor. A ver, Doctor; para que este liberal amarillo se inspire, póngale su gorro; ese milagroso gorro que ha empollado tantas robustas ideas. Esto lo decía un señor, muy calvo y muy feo, por cierto, (Manuel María Bermúdez, sin nombrar persona) á tiempo que abarcándome por la cintura pretendia encaramarme sobre una silla para que brindara. Se le oyó el pugido al *boquinete;* peló la cuerda y.... ¡cataplún!.... ambos rodamos por el suelo. El se levantó llorando porque con un vidrio de una copa rota se cortó un labio; pero yo, como me aporrée mucho, pues caí debajo y encontré tan suavecita la alfombra, resolví quedarme allí y dormir tranquilamente, hasta ahora que me levanto en gracia de Dios.

Todos los presos celebraron el ensueño del borracho, pero uno objetó:

—El sueño es muy bueno; pero no está del todo exacto al natural.

—Por qué no? preguntó el soñador. Ya les he dicho que un amigo mío que fué sirviente de Andueza me ha referido ocurrencias semejantes. Morfeo no ha hecho más que hacer una divertidísima comedia con toda esas escenas para hacerme pasar una noche de perlas.

—Pero hay un puntico que no es exacto.

—¿Cuál es ese puntico?

—Tú has dicho que Andueza, para pasar el mal humor se bebió cuatro copitas seguidas, y á mí me consta que Andueza no bebe en copas cuando está en su casa.

—¿Y en qué? ¿A pico de botella?

—Nó. Adivinen ustedes cómo bebe.

—En totuma?

—Tampoco. El tiene un tubo de plata con más de una vara de largo y algo curvo. Pues bien: ese tubo lo mete en el litro de brandy y se pega á chupar como un becerro mamantón.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Guá! ¿Y por qué estoy yo aquí sino por haber imitado al Doctor? Yo era su camarero y una vez lo sorprendí arrellanado en un butacón, con el litro por delante en una mesita, con un extremo del tubo de plata dentro del litro, con el otro en la boca, con los ojos cerrados y chupando que era un contento. Al día siguiente quise disfrutar el placer de beber así; aproveché, pues, el momento en que el Doctor estaba encantado oyendo silbar su célebre paraulata. Ya saben ustedes qué paraulata es esa.

—Sí; interrumpió otro preso. He oído decir que

Andueza no tiene más oficio que beber brandy, dormir y oir cantar su paraulata, y que cuando celebran Gabinete en la Casa Amarilla nunca resuelven nada y los Ministros se retiran bravísimos porque á cada momento Andueza interrumpe la discusión para decirles: *Oigan, oigan esa paraulata qué buena!* También me refirieron que el último disgusto de Andueza y de Casañas fué porque éste le estaba imponiendo de un plan interesantísimo y aquél le interrumpía diciéndole: *Escuche, compadre; escuche ese primor de paraulata.* Casañas no le hacía caso y continuaba; pero Andueza volvíale á interrumpir: *Espérese, compadre, déjeme oir mi paraulata. Eso vale mucho!* Así lo tuvo hasta que Casañas se marchó furioso, y estuvieron bravos hasta que se contentaron, no hace mucho, con unos cuantos palos de brandy.

—Todo eso es verdad, asintió el ex-camarero de Andueza. Y sigo mi historia: me acomodé, pues, como había visto al Doctor: arrellanado en un butacón, con el litro por delante, con una punta del tubo de plata dentro de él y con la otra en mi boca, y.... allá te van chupidos, míster Hennessy. Pero..... ¡malhaya sea!..... Cuando ya me estaba quedando *dórmido*, se presentó el barrigón y.... *pá*.... *pá*.... *pá*.... me endilgó con sus *patazas* tres descargas por retaguardia (que algún día me pagará) y me mandó zampar á esta pocilga, que no policía, como la llaman.

—Para un buen gusto un buen susto, camarada, dijo riendo el *liberal amarillo* del sueño. Entienda usted que el indio Raimundo tiene ingenio! Mire y que haber inventado ese modo de beber!.... ¿Y se bebe muy sabroso así, chupandito, hermano?

—¡Que si se bebe!.... ¡Caramba!.... si eso es lo mismo que verle las barbas al Padre Eterno! Si este país

fuera un país de borrachos, entonces si merecería la Presidencia el padrote Andueza. ¡Ah hombre para beber, *manito*!....

—Pues si pega el *Continuismo*, se hará digno de la Presidencia, porque al paso que vamos, pronto todo bicho de uñas será borracho. El Destripador de botellas se ha propuesto enviciar á la juventud y á los viejos y á las mujeres y á los curas y á todito el mundo. ¡Conque el *tercio* no bebe sino por cañería!....

—Por eso te decía que tu sueño no era del todo exato al natural. Por lo demás, es muy bueno, y sobre todo, muy sabroso.

—Si es muy sabroso, dijo un tercer bebedor. Te envidio, hermano, por haber gozado tanto, añadió dando palmaditas en el hombro del soñador.

—No me envidies, hombre! que ahora caigo en que he perdido una mascada de tabaco negro que boté cuando creí que iba á brindar, y que ahora no encuentro. ¡Una mascada más buena!.... Valía más que Andueza y sus veinte mil amarillos.

Continuaron mis compañeros de prisión refiriéndose otros ensueños más, de los cuales sólo recuerdo el de un muchacho de doce años, poco más ó menos.

—Yo tuve, dijo, el sueño más sabroso que pueda darse.

—Cuál fué ese? preguntáronle.

—Soñé que todos nosotros éramos diablos.

—Y ese es un sueño sabroso? preguntó uno.

—¡Cómo no! contestó el muchacho, si Andueza y demás borrachines de la Casa Amarilla estaban á nuestra disposición y nosotros nos divertíamos haciéndolos saltar de paila en paila y tirándolos unos á otros para apararlos en unos tenedores encendidos, y grandes, como esos de

botar basura.

Los policías, en tanto, como los pájaros al amanecer, saltaban; cantaban ó chillaban. Así pasan todo el día.

Parece que se complacen en mortificar con su buen humor á los que lo tienen color de hiel.

En són de juego se amagan con las carabinas, cuyas bocas vuelven á menudo hacia los prisioneros, para amedrentarlos, so-pretexto de apuntar á sus compañeros.

Varias veces ví algunas bocas de fuego vueltas hacia mí; pero, lejos de atemorizarme, anhelé que saliese el tiro y me partiese el corazón, que tan molesto me era.

No tan deseoso estaba de la muerte el muchacho que refirió el último ensueño, quien al ver á un policía apuntándole con su fusil, le gritó indignado:

—No sea usted bruto! ¿No vé que me puede matar?

—Cuidado, pues, contestó el policía, si lo hago *panquear* de verdad verdad, para que no sea tan chillón.

Al oir esta amenaza, un amigo del jovencito, mayor que él, terció en la cuestión diciendo al policía:

—Usted es muy cobarde y sinvergüenza. Se vale de la ocasión de ver á úno preso y desarmado para amenazarlo. Yá veremos si en otro tiempo y en otro sitio es tan guapo como aquí.

—Silencio usted también! replicó el provocador.

—Vaya usted al infierno! exclamó el defensor del muchacho.

Entonces aquél, seguido de otros compañeros, se abalanzaron sobre ambos presos, pero otros amigos de éstos se interpusieron, dando voces y alzando los puños.

Yo también me puse al lado de los débiles, y la actitud resuelta de todos contuvo á los acometedores.

En breves instantes cruzáronse un centenar de ame-

nazas é interjecciones de parte y parte.

—¡ Silencio!! ¡Silencio ! ! gritaron muchas veces los policías; pero por toda respuesta recibían de las bocas de aquellos jóvenes la brillante saliva de Cambronne.

Atraído por el alboroto, acudió uno de los jefes del cuartel, preguntando :

—¿ Qué zaperoco es éste ?

Unos de los policías contestó.

—Que estos *patiquines* se figuran que están en la im prenta y que tienen derecho de gritar aquí.

—Embustero ! Infame !—interrumpióle uno de los jóvenes—Estos animales—continuó dirigiéndose al jefe —se la pasan amenazándonos con sus carabinas, y no estamos dispuestos á soportar amenazas de nadie.

El indolente jefe encojióse de hombros, se chupó los dientes, metióse las manos en los bolsillos del pantalón y giró sobre sus talones, diciendo despreciativamente:

—Una cosa es con guitarra y otra cosa es con maracas. Estos orejas-blancas están muy acostumbrados á manosear el plomo que hace letras y le tienen mucho miedo al plomo que hace troneras.

Esto lo decía por que aquellos jóvenes eran los cajistas de una de las imprentas violadas y cerradas por el autocrático Gobierno de Andueza Palacio.

XXXI

Retiráronse los policías y nosotros también. Entonces entablé conversación con uno de aquellos jóvenes, de simpática presencia y con no más de veinticinco años.

—Las últimas palabras de aquel oficial, le dije, me hacen creer que ustedes son impresores. ¿Puedo saber por qué están presos?

—Usted no se ha engañado. Nosotros somos empleados de la imprenta *** y hace cinco días que nos hicieron presos en momentos en que trabajábamos muy tranquilos; rompieron las cajas, botaron los tipos, lleváronse cuantos papeles hallaron y sellaron la imprenta.

—¿Y por qué causa?

—Por la de tirarse en dicha imprenta un periódico independiente.

—Según eso, estos mandatarios han coartado hasta la libertad de industria. ¡¡Y se llaman liberales!!

—Y desean continuar!....

—Pero bien: ¿qué cargo se les hace á ustedes? ¿De qué manera disculpan el atentado?

—Qué cargos nos van á hacer, ni qué disculpa van á buscar. ¿Usted no sabe cómo hacen estos borrachines todas sus cosas? Ellos no se cuidan de llenar fórmulas, ni de nada. Aquí nos tiene usted presos por el sólo *delito* de trabajar en nuestro oficio para ganar nuestro pan. Allí están nuestras madres y nuestras hermanas inconsolables, expuestas á pasar hambre ó á enfermarse si traba-

jan con exceso, porque á nosotros nos tendrán quien sabe cuánto tiempo presos ! y cuando salgamos de aquí tendremos que ponernos á aprender otro oficio; pues el de impresor es peligroso bajo el gobierno del aguardiente.

—¡ Qué bárbaros ! ¡ Qué vagabundos!

—Y eso es nada: es que es un delito hasta venderle empanadas á los cajistas. Aquel muchacho á quien apuntó el policía con el fusil, estaba en la imprenta vendiéndonos empanadas y arepitas cuando fueron á buscarnos, y lo echaron también por delante, después de comerle todo lo que le quedaba, sin pagarle ni un centavo.

—¿ Y no se ha quejado á los jefes ? ¿ No ha reclamado nada ?

—Como no ! Pero le han contestado que esas son tonterías y que ellos no se ocupan de eso. El Gobernador Batalla estuvo aquí y le dijimos que ese muchacho no era empleado de la imprenta y contestó:—"Pues para que otro día no se meta donde no le conviene." Después salió por ahí con su sonrisita de máscara, diciendo: —"Nada: vamos á acabar con toda imprenta que no sea nuestra. El Gobierno se agarra de las uñas que pueda."

—¿ Eso dijo el Gobernador ?

—Sí, señor, el Gobernador eso dijo.

—¡ Qué vandalaje !

—Nada: sino que lo que andan buscando es no tener quien los incomode en sus orgías. Necesitan beber, jugar y robar á todas sus anchas, y como los periódicos independientes les dicen la verdad, no se conforman con encarcelar á sus redactores, porque saben que aparecen otros, sino que cargan también con los pobres cajistas y cierran y destrozan las imprentas. Y eso que ese barrigón de Andueza dijo que quería prensa libre.

—Ese siempre dice una cosa y hace otra. Es el

"tipo del felón cínico."

—A menos que él entienda por *prensa libre* una prensa que no funcione. Se encarcela á los periodistas y á los impresores para que las prensas queden libres: es decir, sin empleo....

Aquí fué interrumpido mi interlocutor por otro de sus colegas, quien dijo:

—Y aún todo eso fueran flores de cantueso—como decía Sancho—si no viniera después el *Continuismo.*

—Lo cree usted?—le pregunté con el fin de conocer la opinión de aquel joven.

—Por lo menos lo intentarán, porque de los borrachos todo se puede esperar.

—Pero ellos saben que el pueblo no los quiere; que una intentona de usurpación costaría mucha sangre y que al fín serían vencidos.

—Ellos no piensan nada de eso, ni saben tal cosa. Les cuesta trabajo encontrar las puertas de sus casas, y ván á estar consultando la opinión del pueblo, ni reparando en la sangre que pudiera derramarse! Usted verá como tiran la parada del *Continuismo,* por *cabezona* que la vean. Si pegan, bién; y si nó pegan, se ván á vivir á la *Rue La perouse,* cuando vean la cosa peliaguda. En este caso se ván sin entregar cuenta alguna, que es lo que ellos quieren, porque en la Tesorería Nacional entraron el diablo y su hermano. Hicieron su cueva y ahora quieren imitar al lagartijo, removiendo la entrada con la cola, para que no sepan donde viven.

—A pesar de todo, repliqué, ellos retrocederán cuando se convenzan de su impopularidad.

—Nó, señor mío: no se haga ilusiones: ¿Usted no sabe lo que es un borracho cuando dice: *de aquí no paso; aquí me quedo*? Si un borracho se le acuesta en el zaguán

de su casa, usted no lo echa de allí ni que llame en su ayuda á San Cristóbal, á pesar de ser el santo que tiene más fuerza. Si usted lo insulta, no le contesta y se queda: si lo empuja, gruñe y se queda: si le dá una patada por el lado del hígado, se voltea, le presenta el lado del bazo, y se queda. Esa misma función vamos á tener aquí con Andueza; usted lo verá y se acordará de mí.

—¿Es esa su convicción? ¿No teme usted engañarse?

—¡Qué voy á engañarme!.... Borracho es borracho, señor mío, y á los borrachos nunca les faltan camaradas que los acompañen ciegamente en todo; y como se trata de no abandonar la Casa Amarilla, hoy convertida en taberna....figúrese usted á lo que estarán dispuestos esos cabezas de péndulo de reloj.

—Convengo en que ellos se hayan hecho ilusiones, porque creen que el Congreso se les venderá; pero como esto no será así, abandonarán sus propósitos cuando vean la actitud digna de aquel Alto Cuerpo.

—Bah! no faltarán algunos que se vendan y los otros, no podrán reunirse, y si se reunen, los zampan en la Rotunda á vista de todo el pueblo, que no podrá defender á sus representantes por culpa de ellos mismos.

—¿Cómo por culpa de ellos mismos?

—Guá! porque ellos no han permitido al pueblo el derecho de tener y llevar armas, mientras que le han dado un ejército al que dirige el pandero, para que haga lo que le dé su perra gana, sin que el pueblo pueda ni chistar, porque, aunque tenga la razón, vá para la cárcel como dice el refrán.

—Ya voy viendo más claro lo que harán estos hombres, dije á mi interlocutor. Tiene usted razón: un borracho armado es terco y atrevido cuando se halla entre

gente indefensa.

—Y nada fuera si estuviera solamente armado; es que tiene también en sus manos el *aceite que afloja todo tornillo:* el dinero; y con él le aflojará los tornillos de la cabeza á más de cuatro para que le ayuden eficazmente en toda faena; hasta en la de hacer de Venezuela el más hermoso cementerio "que vieron los tiempos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros." De eso también son culpables los Legisladores, porque han debido poner el Tesoro Nacional lo más lejos posible de las garras del Presidente, y no permitirle que tenga esa maldita *cajita* con que compra los esclavos que necesita. Nosotros no estaremos bien gobernados mientras nuestros Presidentes puedan disponer á su antojo del ejército y del Tesoro. ¿Para qué esas fuerzas armadas? ¿Somos acaso una nación beligerante? Que se distribuyan las armas nacionales entre todos los ciudadanos y que se nos reconozca el derecho de tenerlas y llevarlas, y tendremos, como consecuencia lógica, magistraturas ejemplares. El pueblo es el soberano, luego el pueblo debe ser el armado. A los mandatarios toca obedecer, luego los mandatarios no deben tener médios para resistir. ¿Por qué esos pretorianos á sus órdenes? ¿Por qué han esclavizado una parte de la ciudadanía, el ejército, para tenerla levantada, como amenazadora espada, sobre la otra parte? ¿Que á toda la ciudadanía armada nadie querría ni podría gobernarla? Eso dirán los que prefieran enervar el corazón del pueblo con la opresión, para jugar con él, á ganárselo por el amor para guiarlo por la vía del progreso. Que el pueblo imponga y que el Gobierno tema; de esas premisas se desprende esta anhelada conclusión: *El gobierno del pueblo por el pueblo.* Lo contrario solo ha dado por resultado el despotismo. El que quiera sostenerse, que se ha-

ga amar, pues el que aspira á ser temido, comienza por ser odiado, luego verdugo y concluye por ser víctima. Tanto la ambición como el furor, al despertar, deben hallarse frente á frente del fantasma del miedo. Si Andueza Palacio no pudiera hacer del Tesoro Público lo que le dé la gana, y si el pueblo estuviera armado, no sobrevendrían sobre esta tierra todas las calamidades que irremisiblemente lloverán sobre élla. El Congreso debe ocuparse cuanto antes de tan imperiosas reformas, para que más tarde no se repita lo que en breve presenciaremos.

—Para que el Congreso se ocupe de eso, dijo otro cajista, es necesario que la atmósfera de las Cámaras sea puro corneciervo.

—Para qué? le preguntó mi interlocutor.

—Para que se les espante el sueño á los Padres Conscriptos.

—O que fijen otra hora para las sesiones, que no sea la de la siesta, agregó un tercero.

Deseando continuar hablando con el primero sobre aquel tema, le dije, interrumpiendo á los otros:

—Mucho me agradan sus ideas: ¿por qué no las expone y sustenta por la prensa?

—Esas ideas no son mías; usted sabe que en las imprentas se lée y oye muchas cosas buenas, y yo soy fonógrafo de lo bueno que leo y oigo. En cuanto á pisar el palenque de la prensa, como dicen; no lo hacen los que tienen una pluma más *relumbrosa* que la *Santa Catalina* (*) de Pepe Ampáram y lo voy á hacer yó !....

Cada cual hace lo que pueda. Todos debemos denunciar los atentados, quejarnos de las injusticias y reclamar lo que nos pertenece.

(*) Así llama el General Ampáram su lanza.

—Pero allí están los literatos con la pluma detrás de la oreja, esperando que algnien diga algo por la prensa para caerle encima y burlarse de él.

—Y qué importa? Eso harán los necios, y los necios, por literatos que sean, deben ser despreciados. Si usted no sabe escribir para el público y lo hace, por lo menos dará brío á algunos que sí lo harán brillantemente; pero que por cortedad no se han lanzado á hacerlo. Nuestro. Eduardo Blanco vino á saber que tenía talento á la edad de treinta años, cuando escribió no sé qué cosa, obligado por no sé qué circunstancias, y yá vé usted la talla que ha alcanzado. Aquí hay muchos que podrían empuñar la pluma del periodista; mas no lo hacen, á pesar de que necesitamos una robusta falange que defienda nuestros fueros. La prensa no es solamente para los clásicos; todo patriota puede quejarse por su órgano y apostrofar á los tiranos. La idea, la intención, valen más que la forma y que el estilo. Quien se ponga á anotar las faltas gramaticales de un artículo de periódico, es un necio.

—Sinembargo, no falta quien de tal cosa se ocupe.

—Pero esos jamás toman la pluma para decir: "el pueblo necesita tal cosa; tal acto del Gobierno es un atentado," etc, porque no son de los que se exponen á sufrir un *carcelazo.* Al estilo de unos falta pureza, y al corazón de los otros valor cívico.

A este punto había llegado nuestra conversación, cuando un coche se detuvo á la puerta.

Eran las diez de la mañana.

—Debe ser un preso de categoría, dijo el cajista, y yo pensé que se nos iba á pasar á la cárcel, sin seguírsenos el proceso legal, cosa nada extraña en tales tiempos. Un instante después presentóse Estrada diciéndome:

—Estás en libertad ; vente conmigo.

Miré al oficial de guardia, quien me autorizó con un gesto para que siguiese á mi amigo.

XXXII

Estrada me hizo entrar en el coche detenido á la puerta y dió orden al cochero que partiésemos á escape.

Ni una sola palabra pronunciamos en el trayecto que recorrimos.

Temía interrogar á mi amigo, porque presentía que nada satisfactorio podría decirme, y él parecía celebrar mi reserva que le ahorraba la mortificación de mentir ó la mayor aún de decirme la verdad.

Tan buen amigo ; tan generoso corazón era solidario en mi dolor y había comprendido la inmensidad del amor que me unía á Panchita ; por eso quería evitarme la tortura de una fatal revelación.

Sólo habiendo un corazón que no same, como me amó Panchita, otro que nos profese verdadera amistad, como la queme profesa Estrada, y poseyendo el cariño de una mujer tan generosa como misea Josefa, nos podremos abstener, en medio de nuestra desesperación, de impetrar del cielo, para el planeta entero, una limosna de fuego como la que envió á Sodoma y á Gomorra.

Son aquellos séres los únicos que, sin obedecer á los deberes de la sangre, me han hecho comprender que la humanidad vale algo ; que en su corazón germinan sentimientos generosos ; que existe el germen de la perfección, y que entre las zarzas brotan flores.

El anhelado bien de la libertad lo debía á Estrada,

quien, según sus promesas, había hecho soberanos esfuerzos hasta salir victorioso en la empresa con que ha empeñado mi gratitud para siempre.

Detúvose el coche; salté hacia á fuera, sin abrir la portezuela, y me dirigí á la habitación de la enferma á todo correr.

En la puerta me detuvo misea Josefa. Su rostro era el espejo de un colosal dolor; de sus ojos brotaban abundantes lágrimas y sus palabras convertíanse en sollozos.

No pude dar un paso más.

Panchita ha muerto, pensé, y me apoyé de espaldas contra la pared, porque mi cuerpo vacilaba, cual si una bala acabara de sepultárseme en medio de la frente.

—Entra:—me dijo al fin misea Josefa—te espera.

—Ah!.... vive!....exclamé, y me lancé hacia dentro.

—Panchita!....Panchita de mi alma!....—grité colocándola una mano en la frente.

La pobre niña me miró. Aquella mirada no era brillante, como las que despedían sus hermosos ojos: tierna sí; pero velada por las sombras de la muerte.

—Gracias á Dios! me dijo. Moriré viéndote: ese era el otro consuelo que esperaba....Repíteme que me amas, porque dentro de pocos minutos me habrás perdido.... para siempre!....

—Sí te adoro, Panchita; jamás te olvidaré.

—Gracias, amigo mío; eres muy bueno; pero.... ¡Ah!.... cuando te oigo decir que me amas, si pienso en mí, siento una felicidad egoísta que me inunda el pecho; mas si pienso que por amarme vás á ser desgraciado todo el resto de tu vida, entonces me creo el más desgraciado de los séres.

—No te expreses así, amada mía: me haces mucho

daño. Soy desgraciado por perderte, no por amarte.

—Pero si no me hubieras hallado en tu camino, serías feliz. Perdóname, amado mío: yo no tengo la culpa. ¿No es verdad que me perdonas? Mira: yo te amo mucho; yo quisiera vivir para tí....¡Dios mío!....¡Dios de mi alma!....hazle feliz, aunque deje de amarme!...

Estas desesperadas frases de Panchita causáronme una impresión profunda é indescriptible.

En vano intentaba interrumpirla y consolarla. Mis labios temblaban nerviosamente; mi lengua estaba muda; la lava del dolor obstruía mi garganta, y las protestas del corazón que no podían salir por ella, convertidas en lágrimas brotaban por los ojos.

Penosamente levantó una de sus manos y la pasó por mi cabeza: luego, apoyándola en mi frente, me hizo alzar el rostro, que tenía inclinado para ocultar á sus ojos el torrente de mi llanto y mi colosal dolor.

Nuestras miradas se encontraron, y largo rato sostuviéronse inmóviles. De pronto una violenta convulsión sacudió su cuerpo, y sus hermosos ojos, las bendecidas estrellas de mi alma, ocultáronse entre sus párpados.

Creyendo que el dedo de la muerte los había cerrado para siempre, grité desesperado:

—Panchita! Panchita! mírame otra vez. Panchita! háblame, vida mía!....

Como obedeciendo á un gran esfuerzo, se entreabrieron sus párpados, y con voz muy apagada me dijo:

—Acércate más.

Aproximé mi oído á su boca para recojer con avidez estas frases:

—Junto á la almohada está el costurerito de mi madre..... dáselo á misea Josefa, que ha hecho sus veces y ha sido tan buena como ella.... Dentro está el pañue-

lito con que me vendé la herida de la cabeza.... es para tí.... consérvalo y no olvides á quien tanto ha deseado hacerte feliz..... muero amándote mucho.... perdona á mi padre.... no me olvides.... adiós!.....

Quedó muda; alcé la cabeza; ví su rostro lívido y sus ojos cerrados, y poniéndola ambas manos en las sienes grité desesperado:

—¡ Panchita !.... ¡ Panchita mía !.....

Apenas se entreabrieron otra vez sus ojos para dirigirme una mirada que parecía de ultratumba y sus labios articularon estas palabras, casi un murmullo:

—Perdona á mi padre y.... no me olvides.....

Su cuerpo estremecióse y lanzó el postrer suspiro, que recojí en mis labios, dándola en cambio toda mi alma en un beso.

¡ Ya mi amada no existía !!.....

Como herido por un rayo vacilé; lancé un rugido de dolor; una terrible imprecación espiró en mi garganta; me llevé ambas manos á la frente; aparté la mirada de aquellos despojos de la muerte, de aquel amado cuerpo, y la pasé extraviada por la estancia.....

—¡¡ Cielos !!.... exclamé retrocediendo. ¡ Qué miro !!.... ¡ Su verdugo !!.... ¡ Monstruoso filicida !!.... ¡¡ Maldito seas !!.....

Un hombre que estaba sentado á los piés de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, dió un salto acompañado de un grito horrible y salió corriendo.

Era el padre de Panchita, á quien misea Josefa logró conmover y llevar allí.

.....

.....

Todos los domingos por la mañana me dirijo al ma-

nicomio de Catia, y por la tarde al Cementerio del Sur.

Voy á velar por el demente don Cipriano Céspedes, y á llorar después sobre la tumba de mi amada Panchita.

Concluída esta historia, vuelvo la vista por doquiera y sólo miro..... ESCOMBROS!.....

Los escombros de mi esperanza; los escombros de mi castillo de ilusiones; los escombros de la moral pública, y del magnífico edificio de la Rehabilitación Venezolana.. ¡irritantes escombros!....

¿Qué he de hacer?

Ya el deber me ha hablado.

La reconstrucción del edificio demolido por Andueza Palacio ha comenzado ya.

Tomaré parte en la gloriosa faena.

¡Ojalá mi cadáver sea una de las piedras de la base!

Caracas: 15 de mayo de 1892.

***

Tres días después de haber marcado el Congreso Nacional la frente del Doctor Raimundo Andueza Palacio con el indeleble é ignominioso estigma de TRAIDOR Á LA PATRIA, diciendo al mismo tiempo á los pueblos: *Levantaos! no más cadenas!* mi querido amigo Daniel fué á visitarme á media noche y me dijo:

—Acaban de ofrecerme un caballo y se me ha presentado una buena ocasión para marcharme ahora mismo al campamento de la Revolución Legalista. Después de Estrada, quien me acompañará, no tengo más amigo que tú. A tí, pues, debo confiar esta historia, recientemente escrita. Me harás el favor de publicarla si, por fortuna para mí, mi muerte aumentase el enorme peso que gravitará sobre la conciencia de ese usurpador que entrega el nombre de sus mayores á la excecración de la presente y futuras generaciones; que va á formar charcas de sangre allí donde la patria luce sus alfombras de verdura; que va á ser culpable de la horfandad de muchas inocentes criaturas, de la desesperación de muchas viudas y de la muerte de dolor y mengua de un sin número de ancianas y desvalidas madres, y que recibirá, no muy tarde por cierto, el terrible castigo que de un pueblo digno y vejado debe recibir el sanguinario déspota que lo hiere y esquilma para dar pasto á sus insaciables vicios.

Dichas estas palabras, el noble Daniel me entregó un cuaderno manuscrito, que es la presente historia; abrazóme con efusión y marchóse agregando:

—Me volverás á ver entre tus brazos con los laureles del triunfo, ó en el escenario de la Historia con la palma del martirio.

La sangre de Daniel era sangre de héroes y de libres. Vedla, si nó, sobre la frente de Andueza Palacio.

En una de esas sangrientas batallas con que quiso el Usurpador conquistar para su nombre la celebridad infernalmente grande de Guzmán Blanco, una bayoneta traspasó el valeroso corazón de mi amigo.

No te lloro, Daniel; nó.

Mis lágrimas no caerán sobre tu tumba. Todas se convertirán en maldiciones, é incorporadas á la deshecha tempestad de las iras de un pueblo entero, azotarán justicieramente la bamboleante cabeza, con cerdas erizadas como las del lomo del jabalí, indigna hasta de servir de escoba para barrer el pavimento de la Casa Amarilla, y en la cual los vapores del licor hicieron la noche para que huyeran las ideas liberales y aparecieran, como siniestros buhos, los sangrientos planes liberticidas.

Maldición sobre tí, Andueza Palacio, moderno Centauro, mitad Baco, mitad tigre.

Contempla tu obra, y si no te horrorizas, si no sientes una espada de fuego que te traspasa el corazón, si no estalla tu cabeza en mil pedazos, forzoso es creer, en obsequio del linaje humano, qué tu madre no fué una mujer, ni tu padre un hombre.

Entonces, hasta difícil sería precisar qué fieras te engendraron y en qué antro te hallaron los caritativos esposos que te llamaron *hijo*, ¡ay! para vergüenza eterna de sus nombres.

Responde á las madres que te preguntan por sus hijos, muertos en las carnicerías de tu ambición. Mira á esos huerfanitos que tiritan desnudos y están hambrientos y moribundos, porque tú necesitaste la sangre de sus padres para aplacar la sed de tu alma neroniana. Si aún te ama tu esposa, dila que se imagine el inmenso dolor de la viudez y que te describa luego el conmovedor estado de tántas viudas que lloran, gritan, vociferan, te maldicen mil veces, rasgan sus vestidos, se arrancan los cabellos y piden al cielo—por desgracia inúltimente!—que te anonade con sus rayos.

El salto que diste de la taberna al Capitolio ha costado la ruina de la Patria; de esta Patria infeliz, cuyo suelo no ha bebido ni siquiera una gota de tu sudor ó de tu sangre, porque las filtraciones de tus poros no son sino alcohol que se evapora al contacto del aire, y tu sangre se ha convertido en hielo en los momentos de conflicto.

Tú has debido tener presente todo esto, antes de soñar con la sombría celebridad de los usurpadores.

Tú, incapaz de decir á alguno de tus esclavos que te traspasase el pecho con su espada, no has debido imitar á Nerón, descubriendo las entrañas de la Patria.

Si no habrías de tener fuerzas para levantar una pistola á la altura de tu frente y saltarte la tapa de los sesos; si no debías deleitar al mundo con el magnífico espectáculo de otro usurpador suicida; si no ibas á aumentar esas trascendentales lecciones de la Historia que tan torpemente despreciaste, ¿para qué, dí, seguiste las huellas de Balmaceda?

Para luego huir cobardemente, dejando á la Patria desangrándose por todas sus arterias; á tus insensatos cómplices abandonados y expuestos á recibir del indig-

nado pueblo los golpes que no te alcancen, y ante el mundo entero en muy mal predicamento el nombre venezolano, que no sabes llevar, porque después de haber hecho derramar tanta sangre, no has querido verter una sola gota de la tuya, y cuando la embriaguez te permitió divisar el peligro, huiste vergonzosamente, llorando al par de tu esposa y de tu hija.

Sí; lloraste como una mujer; pero ni aún tus lágrimas reclaman compasión para tí. Te degradan, te envilecen, si puede degradarse y envilecerse más quien tanto lo está.

Aquellas no fueron lágrimas de arrepentimiento, puesto que no intentaste reparar el mal causado; sino lágrimas de despecho al contemplar el contraste entre la monstruosidad de tu ambición y la pequeñez de tu espíritu.

¡ Hasta de tus lágrimas nos avergonzamos !!

La Historia dirá que Venezuela tuvo por Presidente una mujer con pretensiones de hombre; un pobre diablo con pretensiones de César !

En verdad que no es fácil explicarse cómo puedes arrastrar esa vida universalmente maldita é incomparablemente ridícula.

Ante la sombra de Balmaceda sentimos algo así como respeto hacia el hombre que supo con tenacidad, valor y dignidad defender una causa y una idea; idea y causa á las cuales ofrendó, llegado el caso, hasta su propia sangre, para borrar con ella todas las desfavorables conjeturas sobre la sinceridad de sus convicciones.

Pero ante tu estúpida figura, ¡ oh Andueza Palacio ! no podemos estar serios mucho tiempo, á pesar de que las heridas de la patria están manando sangre. Eres la personificación del ridículo! Después de hacernos rabiar, nos haces reir.

Sobre la tumba de Balmaceda la historia se detendrá con la frente plegada, con la mirada torva y severa; pero con cierta gravedad honrosa para el suicida de la Legación Argentina.

Pero al redor de tu tumba ¡oh arsenal de todos los vicios! la sátira, el ridículo, el epigrama y la ironía bailarán una especie de danza macabra.

Porque cabalgabas sobre el *delirium tremens*, que es tu caballo de batalla, creíste que, atada á la cola de semejante corcel, podrías arrastrar á Venezuela, cual otra Brunequilda, por entre los lodazales del deshonor y la vileza. Pero la patria de los héroes de La Mocotí y Bejuma: de La Vela y Puerto Cabello: de Ciudad Bolívar y La Villa: de San Mateo y Cumaná: de El Amarillo y Boquerón, ha roto las ligaduras que en mala hora la pusiste; se ha restañado la sangre de sus heridas con los laureles que ha segado; ha recojido el cetro de la libertad que para ella conquistaron nuestros mayores, y se ha levantado altiva y con majestad de soberana.

En tanto tú, "figura pavorosa", te fugaste llorando cuando te convenciste de que no es tan fácil como creías, representar sobre el escenario de la vida real el papel de usurpador y temerario.

—*De la Casa Amarilla me sacarán* AVENTADO! exclamabas en tus cómicos alardes de valor y. . . . ¡saliste llorando, pobre diablo!. . . .

A fuer de compatriota, debes esperar de mí un consejo, y como desgraciado que eres, algunas palabras de consuelo.

Oye, pues, el único consejo que debo darte; las únicas palabras de consuelo que puedo dirigirte:

Ordena á tu esposa y á tu hija que vengan á curar las heridas de los muchos desgraciados por tu culpa, y á enjugar las

lágrimas de tantas desesperadas viudas; de tantos hambrientos huérfanos y de tantas desvalidas madres que te preguntan por sus esposos, por sus padres y por sus hijos, y, después que esto les hayas ordenado.....SUICÍDATE!.....

- - - -

toda usurpación con su habitual indiferencia.

Sinembargo, éstos, los *amigos incondicionales de la paz*, protestan contra la magnífica protesta de los Legalistas: la apelación á las armas.

Porque ellos ignoran que lo que tanto predican, *la amistad incondicional por la paz*, no es otra cosa que el servilismo. Porque, aunque venezolanos, protestan también contra la gloriosa y larga guerra de nuestra Emancipación y á pesar de llamarse *liberales*, reniegan de Buchivacoa, Santa Inés y Curbatí, campos inmortales de donde surgió, como virgen magestuosa y protectora, la CARTA DEL 64. Porque, en fin, para ellos "*es preferible sufrir veinte años de usurpación á veinte y cuatro horas de guerra.*"

Esto dijo uno de los que anatematizan á los vengadores de la Constitución, á los soldados del Derecho, olvidándose de que tiene más de cuatro dedos de frente y que en otras ocasiones ha increpado la ambición de Guzmán Blanco y se ha avergonzado de ser venezolano, porque durante diez y ocho años los venezolanos estuvimos ante aquel tirano como ahora desearía él que estuviésemos ante Andueza Palacio: protestados de rodillas.

Temiendo que algún inglés escuchara tal frase, desearía que mi voz pudiese ser oida en las riberas del Pomarón y allende el Atlántico, para que sepan los buitres de nuestra Guayana que no todos los venezolanos decimos lo mismo.

No! Acompañados por la razón, la mayor parte de los libres por la espada de Bolívar aceptamos toda lucha, ora sea para segar laureles como los de Carabobo y Santa Inés, ó yá para recojer la palma del martirio de Sagunto y Zaragoza.

Cosa incomprensible! Los *amigos incondicionales de la paz*, si he de juzgarlos á todos como el que ya he aludido,

reconocían que el derecho asistía al Congreso y que Andueza Palacio pretendía humillarlo y envilecerlo; sinembargo, lejos de defenderlo, reprobaron su desesperada y dignísima protesta, y dejaron al Usurpador que forjara los grillos que quiso ponernos y afilara el puñal con que ha picado las arterias de la Patria.

Ellos decían que "el medio de acabar con la tiranía es la paz, que sólo se la debe combatir con la palabra ó con la pluma."

¡Excelente lucha entre un Gobierno armado de bayonetas y remigntons y un pueblo atenido únicamente á sus plumas y á sus palabras!

Voy á acudir á Víctor Hugo para que tome parte en la defensa de los soldados de la Legalidad; no porque yo tenga interés en que sean excesivamente honrados los *amigos incondicionales de la paz*, sino para que en lo porvenir no tenga resonancia su calificativo sonoro, pero vergonzoso.

Oigamos lo que dijo Víctor Hugo con su poderosa voz, que retumbará en el infinito de los tiempos. Leamos lo que escribió con su pluma, inmensa como un cometa y deslumbradora como un sol:

"La revolución es un peage."

"La guerra no es una vergüenza; la espada no es un puñal, sino cuando ella asesina al derecho, al progreso, á la razón, á la civilización, á la verdad."

"Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede encolerizarse; de aquí el apelar á las armas."

"Mostrarse siempre pacífico, es una cosa que no depende tan sólo de un río; no eleveis á su paso una barrera, no arrojeis una roca: el obstáculo hace espumar el agua y pone en esfervescencia á la humanidad. De aquí los disturbios que estallan á veces, pero después de estos

disturbios se reconoce que se ha recorrido una buena parte del camino."

"La Francia se desangra, pero la libertad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida sus propias heridas."

Los *amigos incondicionales de la paz* dicen que no reprobarían la guerra (sin duda porque no la creen probable) si los ingleses sostuvieran sus pretensiones sobre nuestra Guayana, con la insolencia y obcecación con que Andueza Palacio sostuvo las suyas, respecto al *Continuismo*, ante el Congreso Nacional, "porque esa sería una guerra internacional y no entre hermanos." Por eso copio estas otras frases del mismo ilustre pensador:

"¿Por qué hablar de guerra civil? La guerra civil? ¿Qué quiere decir ésto? ¿Es que existe alguna guerra extranjera? ¿Es que toda guerra entre hombres no es la guerra entre hermanos? La guerra no se califica sino por su objeto. No hay guerra extranjera ni guerra civil; no hay más que la guerra justa y la guerra injusta."

"Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho renegaría la espada de Washington de la pica de Camilo Desmoulins?"

"Leonidas contra el extranjero, Timoleón contra el tirano, ¿cuál es más grande? El uno es el defensor; el otro el libertador."

"La monarquía es el extranjero. El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica. Arrojar al tirano es, en ambos casos, recobrar su propio territorio. Llega una hora suprema en que no basta protestar; después de la filosofía es menester la acción; la viva fuerza acaba lo que la idea había bosquejado: *Prometeo encadenado* principia, Aristogitón concluye. La Enciclopedia ilustra las almas, el diez de

agosto las electriza. Después de Esquilo, Trasíbulo; después de Diderot, Dantón."

Ya que son tan idólatras de la paz, cosa nada reprobable si no fuera por el *incondicionalismo*, y ya que creen, con razón, que á la prosperidad se marcha por en medio de la paz, que oigan del mismo Víctor Hugo cómo se construye la paz:

"Una multitud se trasforma fácilmente en obediencia. Es preciso remover, incitar y aún hostigar á los hombres por el beneficio mismo de su propia liberación; herirles la vista con los rayos luminosos de la verdad; arrojarles la luz á puñados terribles. Es preciso aterrarlos un poco con el violento espectáculo de su propia salvación; este deslumbramiento los despierta de su habitual letargo. De aquí la necesidad de los toques á rebato y de las guerras. Tales guerras construyen la paz."

Después de la reciente guerra, no serán, por cierto, los cómplices de Andueza Palacio los que desmientan á Víctor Hugo en estos últimos puntos, firmando en lo sucesivo insensatas *manifestaciones*, cuyo padrón salga de la Casa Amarilla, ó vendiendo tan baratas sus espadas.

Quedan, pues, brillantemente rebatidos por el ilustre pensador francés los injustos cargos de los *amigos incondicionales de la paz*, contra los esforzados Paladines de la Ley que derramaron su sangre y expusieron sus vidas, para reconquistar nuestros derechos, conculcados por el más vil de los usurpadores viles.

Esos beneméritos, por quienes la patria se enorgullece, no creyeron, como sus detractores, preferible el sueño de la servidumbre á la grandiosa tempestad que con sus rayos de fuego y sus centellas de plomo ha purificado la atmósfera infestada por el aliento pestilencial de nuestros tiranos.

Ellos prefirieron ver por doquiera charcas de sangre y montones de cadáveres, antes que soportar que el mil veces maldito Usurpador marcase nuestras espaldas con el hierro candente que figura una copa y un látigo entrelazados.

Releed los pensamientos que he copiado, *amigos inbondicionales de la paz*, y decidme luego si podeis desmentir al Genio del Siglo XIX; si aún os quedan sombras en el cerebro para arrojarlas sobre la benemérita conducta de los restauradores del Derecho, y si os encontrais con fuerzas suficientes para combatir y derribar un despotismo sin más balas que vuestras palabras y sin más aceros que el de vuestras plùmas.

Inmortalizáos realizando lo que consideró una utopía el sublime pensador francés, ó dad gracias conmigo, y rendid el justo homenaje de admiración á los que en los campos de batalla reconquistaron nuestros fueros y salvaron la dignidad de la Chile del norte, venciendo heróicamente á la ridícula parodia de Balmaceda.

Bendición á los que, como mi inolvidable amigo Daniel, cayeron en la tumba de los héroes, envueltos en la bandera de los libres, y gloria eterna para los que lograron poner el pié sobre la frente de Andueza Palacio, el BALMACEDA LLORÓN.

Caracas: octubre de 1892.

FIN

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92